ALBA NIETO



Así que esto es Amor

ALBA NIETO

Así que esto es Amor

Primera edición: mayo 2025
Segunda edición: septiembre 2025
© de la obra: Alba Nieto
© de las ilustraciones de la cubierta exterior: Shirogussi
© de las ilustraciones de la cubierta interior: Bel Urbano
© de las ilustraciones del interior: Bel Urbano
© guardas: Shirogussi
© separador: freepick
© foto de autora: Antolín Murcia
© de la presente edición: Pato Ediciones, 2025
Corrección y maquetación: Marta Rodríguez Parra
ISBN: 978-84-129240-5-3
Depósito Legal: GR 679-2025

Esta novela ha seguido procesos creativos humanos.
Está libre de Inteligencia Artificial.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

A los que están asustados y dolidos, a los que creen que no les quedan fuerzas para seguir luchando. Vosotros también merecéis tener un final feliz.

1

TODO ERA POSIBLE al inicio de un baile.

Richard Maddox conocía bien aquella verdad. Las damas y los caballeros listos para bailar se reunían en aquel brillante salón que pertenecía a su hogar. Una mansión y unos terrenos propiedad de la familia que algún día serían suyos, de su esposa y de sus hijos.

Aquel era el verdadero propósito de aquel baile: que el joven Maddox, igual que todos los presentes, encontrara alguien con quien emparejarse para que la vida siguiera su curso. Nadie ocultaba ni negaba ese motivo. Todos los invitados se vestían con sus mejores galas y compartían sus mejores sonrisas como los pájaros acicalan sus plumas y cantan en primavera. La temporada había comenzado.

Con los músicos preparados y los invitados presentados, la parte más esencial del baile podría empezar en cualquier momento.

Había damas sentadas y otras de pie hablando con los hombres, todas ellas esperando que alguien las sacara a bailar. Los caballeros reunían el valor para dar el paso mientras ellas ladeaban la mirada o se cubrían el rostro con el abanico para esconder su reacción.

Maddox tenía más suerte que la mayoría de invitados, pues él ya tenía reservado el primer baile. Era una promesa que había hecho ya a una de las damas presentes, una cuyo vestido distinguido y rostro radiante la hacían destacar como una flor más abierta y florecida que las demás.

Cuando Maddox se dirigió hacia Dawn Merryweather, la encontró conversando con un capitán. Este asentía y bajaba la cabeza mientras la dama le explicaba que no podía dedicarle el primer baile. Maddox se acercó a la pareja y tomó la mano de Dawn con una estudiada reverencia.

—Señorita Merryweather, ¿me haría el honor de acompañarme?

La joven se despidió del capitán después de prometerle algún baile en el transcurso de la noche. Hecho esto, miró a Maddox y le dedicó una sonrisa más sincera y menos cortés que la que había dado a la mayoría de hombres presentes.

Las primeras notas de la alemanda comenzaron a sonar cuando las manos de Maddox y Dawn se entrelazaron, sus brazos y sus pies

comenzaron a moverse al ritmo animado de los instrumentos.

—Son unos músicos talentosos —comentó Dawn en un instante en que sus cuerpos estuvieron lo bastante cerca como para conversar —. ¿Los ha elegido su padre?

—Sabe bien que mi estimado padre no tiene un excesivo interés por la música —respondió Maddox—, ni tampoco un gran oído.

—Por supuesto —sonrió ella—. Debería haberlo imaginado.

—Todo esto es trabajo mío, las damas que acuden a mi mansión a bailar no merecen menos.

Eso incluía a la propia Dawn. En realidad, Maddox no tenía que preocuparse más que por ella. La forma en que muchos caballeros habían estado buscando casi con desesperación una pareja de baile mientras Maddox ya tenía a Dawn resumía a la perfección su situación.

Qué hermosa era, qué excelente bailarina y qué bella pareja hacían ellos dos. Aquellos no eran los pensamientos de Maddox, sino los cuchicheos que se escuchaban por el salón de baile mientras ellos compartían su danza. Las mujeres mayores, que ya no tenían que preocuparse por su propio matrimonio, se dedicaban a murmurar sobre los posibles enlaces, y Maddox sabía bien lo que opinaban de él.

Dejó que los rumores corrieran y se centró en bailar. Miraba a Dawn cada vez que sus rostros estaban cerca y sus cuerpos se entrelazaban, asegurándose de que ella estuviera disfrutando tanto como él.

Así lo hicieron hasta que la música se apagó, el baile se disolvió y cada uno de los participantes regresó a su puesto. Maddox le tendió el brazo a Dawn y la llevó a través de la sala hacia el caballero que iba a ser su próxima pareja.

Ella ya tenía un baile reservado, ¿y él? Había muchas damas deseosas de bailar con un joven de fortuna y buena fama como Maddox. Varias de ellas ya compartían con él miradas y parpadeos llenos de coqueteo. En otro lugar, él habría aceptado ya alguna de esas propuestas silenciosas.

Sin embargo, esa noche él era el anfitrión y tenía un deber que cumplir.

Miró alrededor sin fijarse en las damas más hermosas que tenían a más de un pretendiente detrás. Buscó a las apartadas, aquellas que no se sentían lo bastante bellas para llamar la atención, o las que llevaban demasiados años solteras y parecía que sus posibilidades en el amor se desvanecían. Examinó el salón en busca de aquellas que no habían tenido pareja en el primer baile y que seguramente también se perderían la segunda ronda.

De entre todas ellas, hubo una que llamó su atención. No se hallaba de pie, tratando de llamar la atención pero siendo tan ignorada que se confundía con las paredes. Al contrario: Estaba en una de las sillas, con la cabeza baja y sin hablar con nadie. Llevaba un vestido delicado, blanco salvo por algunos pequeños detalles bordados en dorado. Y era joven, eso fue todo lo que pudo distinguir Maddox al contemplarla desde lejos. Sobre si su rostro era feo o bello, no pudo decirlo. En esos momentos estaba en parte tapado por el abanico que sostenía en su mano.

Aquello lo explicaba todo, pensó Maddox. Había visto a tantas damas en tantas reuniones sociales que ya creía conocer todas las actitudes que podían tener. Se encontraba, sin duda, ante una belleza tímida. La muchacha no era consciente de lo hermoso que era su rostro y por aprensión lo ocultaba detrás del abanico.

Necesitaba a un caballero que la hiciera consciente de su propia belleza. Y, ¿quién podría ser más apropiado para ello que propio Maddox, el anfitrión de la fiesta?

Maddox se dirigió a ella. No era apropiado que un hombre se acercase a una dama que no le habían presentado, mucho menos con las intenciones que él tenía en mente. Sin embargo, se trataba de una situación especial en la que una invitada de veras necesitaba de su anfitrión. Así lo justificó en su cabeza mientras se inclinó y la saludó.

—Señorita —dijo—, le pido que disculpe mi atrevimiento. Pero me he fijado en que no ha bailado la anterior pieza y temo que tampoco tenga pareja para la siguiente.

La sorpresa por la interrupción de Maddox fue tal que la mano de la joven que sostenía el abanico cayó, descubriendo al fin su rostro. Maddox no pudo evitar sonreír al descubrir que sus suposiciones

habían sido acertadas, y que, bajo esos ojos temblorosos y esas manos asustadas, se encontraba una joven muy hermosa. Unos iris claros y unos cabellos rubios envolvían un rostro sonrojado.

Si Dawn era una rosa que había florecido en su máximo esplendor, la muchacha que tenía ante él era un capullo que todavía necesitaba abrirse, pero que cuando lo lograra, deslumbraría a todos los demás.

Por el momento, apenas era capaz de hablar. Sus labios se habían entreabierto, pero no había palabra alguna en ellos. También era deber de Maddox ayudarla en esa parte.

—Mi nombre es Richard Maddox, y soy el anfitrión de esta fiesta. Como tal, no puedo permitir que una dama como usted se quede al margen.

Distinguió como el color llenaba las mejillas de la joven y Maddox sintió una cierta satisfacción. Las sonrisas y los gestos cordiales eran fáciles de conseguir desde su posición, aunque no fueran verdaderos, pero el rubor solo podía nacer de la absoluta sinceridad.

—Es muy amable, señor Maddox —le respondió, con una voz baja pero cantarina—. Agradezco su atención.

—Si usted lo permitiera —prosiguió el joven—, me gustaría disfrutar de su compañía en el próximo baile.

A la vez que pronunció esas palabras, las primeras notas de una cuadrilla empezaron a sonar, pidiendo a las jóvenes parejas que se dieran prisa. La muchacha no tuvo ocasión de pararse a pensar. Se puso en pie y tendió su mano a Maddox para que la guiara a la pista de baile.

No hubo más palabras ni fueron necesarias. Maddox la llevó por aquella sala de esplendor hasta que encontraron a otra pareja dispuesta a bailar la cuadrilla con ellos.

Ella era una prima de Maddox, él era un coronel que, según decían los rumores, estaba cortejándola. El anfitrión y su nueva pareja les saludaron con una inclinación y así dio comienzo la danza.

Las damas se movían hacia delante, luego lo hacían los caballeros, las dos parejas se entrelazaban hasta que no recordaban quien bailaba con quien. Los pasos eran rápidos, la música también, daban saltos como unos conejos corriendo libres por el campo.

Aquel tipo de baile no daba lugar a tantas conversaciones como la

alemanda, y Maddox intuía que su pareja actual no era tan habladora como lo había sido la anterior. La miró de reojo para asegurarse de que estaba disfrutando el baile y que su timidez no le causaba incomodidad.

Qué sorpresa se llevó cuando descubrió que el rostro de la joven estaba iluminado por una sonrisa radiante. ¿Dónde estaba esa cara oculta por el abanico? ¿Dónde estaban esos ojos nerviosos que evitaban la mirada de Maddox al hablarle? Ahora resplandecían como dos estrellas.

Había temido que sus movimientos fueran torpes, propios de una dama poco experimentada porque no la han sacado a bailar suficientes hombres. No tenía la experiencia de otras parejas que Maddox había conocido, pero se movía con una ligereza que hacía el baile suyo. La música parecía adaptarse a su paso, como si necesitara acompañar a aquella hermosa bailarina.

En cada intercambio de la danza, fuera con Maddox o con la pareja acompañante, ella estaba preparada. Compartía una mirada cada vez que su brazo rozaba el de alguien y su brillante sonrisa se contagiaba con facilidad. En más de una ocasión, Maddox se encontró sonriendo sin darse cuenta, sin mostrar aquella expresión calculada de cortesía.

Fue un baile tan alegre como le correspondía a aquella música, y los participantes tuvieron ocasión de gozar de cada nota. Quizá había cuartillas más experimentadas en ese salón, pero dudaba que hubiera una sola que disfrutara más que ellos.

Parecía que su alegría iba acompañada por la música. Algo que tristemente tenía que acabar. La pieza fue larga y, sin embargo, pareció durar apenas un minuto. Cuando la música comenzó a detenerse, los pies de Maddox hicieron lo mismo, dejando de dar esos pasos y esos saltitos que tanto habían divertido a sus tres acompañantes.

Como era apropiado, se inclinó ante la pareja con la que habían bailado. Su prima se acercó a él para una breve conversación, pero Maddox quiso centrar la atención en su dama.

Al hacerlo, encontró un cambio de actitud tan súbito como lo había sido su alegría en el baile. El abanico estaba extendido de nuevo y la

muchacha volvía a ocultar su rostro, encogida en sí misma como había estado en la silla.

Maddox la tomó del brazo para llevarla con su próxima pareja, si es que la había. Al estar tan cerca de ella, el joven empezó a percatarse de lo acelerada que se sentía ahora su respiración y la expresión cansada de su rostro. El largo y agitado baile había sido demasiado para ella.

—¿Desea sentarse un momento?

—Lo lamento —respondió ella agitando el abanico—. Este baile ha sido más emocionante de lo que habría esperado. Agradecería algo de aire fresco.

—Por supuesto —dijo Maddox de inmediato—. Y no hay necesidad de disculparse. Es frecuente que una dama se sienta sobrecogida tras un baile tan intenso, especialmente si la compañía es tan grandiosa.

La dama no dijo más mientras Maddox la guiaba hasta el balcón, cuya salida estaba en aquella misma sala. Un soplo de aire frío los recibió mientras Maddox cerraba las puertas de cristal y la joven se acomodaba en el balcón, apoyada en la barandilla.

Al fin había cerrado el abanico, dejándolo sobre la barandilla de piedra. Su rostro estaba descubierto y lo había levantado hacia el cielo, contemplando el firmamento.

—Es una noche hermosa —dijo, sorprendiendo una vez más a Maddox.

—Lo es —respondió el joven, con una mirada hacia los cristales antes de fijarse, como ella, en las estrellas—. Tanto en el interior como en el exterior de la casa.

La muchacha guardó silencio durante unos segundos más. Sus ojos contemplativos se fijaron en las puertas del balcón, tras las cuales había empezado una nueva danza.

—Le agradezco mucho el baile que ha compartido conmigo —le dijo.

—El placer es mío, señorita. Y he de decir que usted es una excelente pareja de baile.

La muchacha se encogió, y Maddox temió por un momento que fuera a cubrir su rostro de nuevo. Pero lo único que hizo fue tratar

de contener su expresión.

—Aprecio su compañía, señor Maddox, pero desearía que no hiciera esas bromas.

—¿Bromas? —levantó las cejas—. No me considere esa clase de hombre, se lo pido por favor. Cuando hablo de sus habilidades en el baile estoy siendo sincero.

—Es usted muy amable, pero sus elogios me hacen dudar —respondió ella con la mirada baja—. Desde luego, no tengo tanta experiencia como todas esas damas ahí presentes.

—La experiencia no lo es todo, igual que no lo son las lecciones de baile que alguien ha podido recibir. Usted, señorita, ha mostrado una alegría y una ligereza en la danza que muchas de las más altas damas desearían poder imitar.

La dama se atrevió a mirarle de reojo.

—¿Usted cree?

—No sé quién ha sido su maestro. Pero puedo decir sin lugar a dudas que usted disfruta del baile de todo corazón.

Ahí estaba de nuevo aquel rubor que ninguna expresión podía ocultar.

—No sabe lo acertadas que son esas palabras —susurró ella y esbozó una sonrisa amarga—. No recuerdo cuándo fue la última vez que acudí a una fiesta como esta, a una reunión tan maravillosa.

Hubo algo en esas palabras que hizo a Maddox fruncir el ceño apenas por un segundo. Fue un gesto inconsciente al que enseguida reemplazó una cordial sonrisa.

—En tal caso, me alegro de que haya acudido a mi mansión.

La muchacha asintió con suavidad, y sus ojos se deslizaron por la arquitectura que los envolvía.

—¿Este es su hogar, pues?

—Así es —respondió Maddox—. Un hogar a la espera de una esposa que lo cuide. Quizá esa sea la intención detrás de este baile. Aunque, por supuesto, ¿no es ese el motivo de todos los solteros que han acudido a la fiesta?

—Puede ser —respondió ella—. ¿Ha de hacerse todo pensando en el futuro y el matrimonio? Siento que una noche solo de bailes y conversaciones agradables, aunque acabe sin promesa alguna, me

bastaría. Los bailes son encantadores por sí mismos, sin necesidad de tener esos objetivos.

—Esa visión es una forma magnífica de disfrutar de estas noches, señorita, y ojalá más damas y caballeros pudieran hacer como usted, en lugar de centrarse únicamente en cómo puede afectar a su futuro y sus relaciones. Qué frívolos se vuelven los bailes en ese caso.

—Algo tan hermoso e íntimo no merece ser frívolo.

Maddox ya se había colocado a su lado en el balcón, como si ambos estuvieran disfrutando de la vista de las estrellas. Pero no era así, pues se estaban mirando el uno al otro.

El caballero se fijó en que ella estaba contemplando su traje, la vestimenta de excelentes telas que había sido confeccionada por manos profesionales para él al inicio de la temporada. Sintiéndose halagado por la mirada, pasó una mano por su chaqueta, y al hacer ese gesto se dio cuenta del pequeño error que había en su perfecta indumentaria.

—Qué contrariedad —murmuró para sí mismo mientras notaba el botón suelto, a punto de caerse de la chaqueta. No había motivos para ocultarlo, estaba seguro de que ella ya se había dado cuenta—. Es tan exigente el papel de anfitrión que no he tenido ocasión de visitar el vestidor.

—Puede acudir al vestidor mientras le espero aquí, no me molestaría —le dijo la joven—. Aunque, si me permite…

En sus ojos y en sus cejas apareció un breve gesto de atrevimiento. Maddox la observó mientras movía una mano por la cintura de su propio vestido, donde había un lazo dorado como decoración. De ahí, con un delicado movimiento de sus dedos, sacó una aguja sin deshacer el lazo.

Se acercó a Maddox, quien se vio paralizado por su atrevimiento, aunque en un rápido instante se recompuso.

—Proceda, señorita —dijo, extendiendo la chaqueta y acercándola a ella para que pudiera trabajar sin la menor interrupción.

El proceso fue rápido. La dama colocó la aguja en la chaqueta de modo que sostuvo el botón en su posición. Cuando Maddox miró el resultado, se sorprendió al descubrir que no había rastro de la aguja, había sido capaz de colocarla de modo que no se apreciara en

absoluto. Esto hizo que bajara su mirada hacia las manos enguantadas.

—Qué manos tan talentosas.

—¿Usted cree? —dijo ella. Ya había retrocedido un paso, volviendo a guardar una distancia cautelar entre ambos.

—Así es. Reconozco cuando me encuentro frente a una señorita delicada y laboriosa que pasa su tiempo libre bordando.

Era otra prueba más de ese orgullo que Maddox tenía sobre conocer a las mujeres. Sin embargo, una vez más, la respuesta de esa dama le sorprendió. Bajó la mirada y su rostro cambió, como si sus palabras le hubieran producido un cierto pesar. Maddox no podía comprender por qué.

—Si fuera únicamente bordar… —murmuró ella. Maddox trató de seguir con la conversación.

—¿No me irá a decir que también cose? Pues eso me generaría más admiración todavía.

Pareció que los halagos sirvieron para causarle un cierto alivio. La dama retrocedió un paso y deslizó las manos por las faldas de su vestido, las hojas de un hilo brillante que lo adornaban.

—Si me dice que lo ha bordado usted, no tendré más remedio que postrarme ante la gran admiración que usted me provoca.

Al fin, una tímida sonrisa asomó a sus labios.

—Postraos, pues —dijo ella—. He puesto mucho trabajo en este vestido, en coserlo y bordar sus adornos.

La admiración que brillaba en los ojos de Maddox era genuina. Las manos de la muchacha se encogieron sobre esas telas.

—¿Cree que ha merecido la pena el esfuerzo? —preguntó ella—. No ocultaré que ha sido una tarea difícil, pues no dispongo de tanto tiempo libre como usted ha insinuado, y tenía que procurar que mi familia no se enterara…

Aquella incertidumbre anterior regresó por un breve instante al corazón de Maddox. Pero la descartó de inmediato para sonreír y tomar la mano enguantada de la dama.

—Puedo decir, señorita, que el suyo ha sido el vestido más esplendoroso de la noche.

Se sonrojaba de nuevo. Era más, incluso, que a lo que Maddox

estaba acostumbrado.

—Ahora realmente está bromeando.

—Puede que haya damas con joyas más caras y tocados más pomposos —dijo Maddox—. Pero contemplo este vestido que ha nacido de sus manos junto a esas cintas en sus cabellos, esa gargantilla en su cuello…

La voz de Maddox se detuvo de pronto. La dama sintió que la extrañeza la invadía.

—¿Qué ocurre, señor?

—Permítame —dijo él mientras llevaba la mano a su bolsillo para sacar un pañuelo—. Tiene aquí una pequeña mancha…

La joven retrocedió de inmediato, hasta que su cuerpo quedó en la esquina del balcón. Maddox vio la forma en que su compostura se rompía y se encogía de nuevo. El color rojo que ahora llenaba su rostro no tenía nada que ver con los elogios, era todo lo contrario.

Así estuvo por unos segundos mientras sus manos se movían por su propio vestido, hasta al fin encontrar el pañuelo que había traído con ella. Solo entonces recuperó el porte y trató de actuar como si nada hubiera sucedido.

—Discúlpeme —dijo—. No ensucie su pañuelo por esto, permítame usar el mío.

Y así lo hizo, pasándolo por su cuello hasta que la mancha desapareció. Era un resto gris, quizá de ceniza.

El pañuelo quedó apretado con fuerza en las manos de la dama. La mancha había desaparecido, pero no la incomodidad que había traído.

—Créame, señorita —habló Maddox, tratando de aliviar aquella tensión— cuando le digo que no hay nada de lo que avergonzarse.

Su cabeza estaba baja, aunque la dama pasó a mirarle de reojo. Maddox volvió a hablar ante la falta de respuesta.

—Usted ha arreglado mi botón y su cuello. Ni siquiera ha tenido necesidad de acudir al vestidor. Una prueba más de lo habilidosas que son las manos que han cosido ese vestido.

Una tímida sonrisa asomó a sus labios. La joven dejó de apretar la tela con nerviosismo y en su lugar volvió a colocar las manos en la barandilla del balcón.

—Sus palabras sí que son habilidosas, señor Maddox.

La satisfacción le llenó al ver que había logrado su objetivo.

Los instantes sin palabras que sucedieron fueron más cómodos que antes. Al quedarse el balcón sin sonido, Maddox pudo darse cuenta de un detalle sobre lo que sucedía en el interior: el silencio había regresado, ya no podía escuchar la música de fondo que se colaba a través de las paredes.

La danza había terminado, y con ella, su momento de esparcimiento. Era hora de que ambos regresaran al evento. Maddox extendió su mano para tomar la de ella.

—No me gustaría que un vestido tan trabajado como el suyo y en una modelo tan hermosa solo fuera apreciado por mí. Sería demasiado egoísta por mi parte. ¿Regresamos al baile, señorita?

Ella le dio un asentimiento. Se colocó un mechón de pelo y tomó el brazo de Maddox, lista para volver a entrar. El caballero notó con cierta decepción que el abanico volvía a estar abierto en su mano.

Maddox todavía no había decidido qué hacer con la dama. Quizá sería demasiado precipitado pedirle un baile después de haber pasado los dos últimos con ella, pero podría buscar a un caballero interesado. La joven, sin embargo, se sentó apenas llegaron a las sillas y no mostró excesivo interés en encontrar una nueva pareja.

Si deseaba descansar, Maddox se lo permitiría. Aunque su corazón deseaba prestarle algo más de atención, sus obligaciones hacían que no le fuera posible. Ya había varias señoritas revoloteando a su alrededor, esperando ganar sus atenciones.

Terminó dirigiéndose a una dama que conocía gracias a unos amigos de la ciudad y pidiéndole que compartiera con él el siguiente baile de cuadrilla. Lo último que hizo antes de unirse a la danza fue girarse hacia la muchacha, que había vuelto a ocultar su rostro tras el abanico.

La música comenzó a sonar y Maddox bailó como le correspondía. Su presencia era esencial en cada paso del baile. Cumplía con su papel, sonreía, compartía miradas con otras damas que seguramente estaban esperando a que las invitara en los próximos minutos.

Todo en aquel evento transcurría bien, tal como lo habían planificado. Todos los jóvenes cumplían con su papel y tenían la

actitud adecuada, y era posible que ese salón hubiera visto el nacimiento de muchos nuevos coqueteos esa noche.

Maddox estaba acostumbrado a aquella clase de reuniones sociales. No tenía que mirar alrededor para descubrir a los jóvenes coqueteando. No tenía que buscar a Dawn para saber que estaba deslumbrando a todo aquel con el que hablaba. No tenía que ver las miradas sobre su nuca para saber que había llamado la atención de muchas damas.

Sin embargo, no dejaba de mirar de reojo. De vez en cuando volvía a buscar a aquella dama para seguir encontrándola en el asiento. A veces tensa, a veces relajada, contemplando a los bailarines y escuchando la música.

En una ocasión, un caballero se acercó a ella, tal vez con las mismas intenciones que Maddox al verla tan sola durante el baile. Él se sentó a su lado y tuvieron una breve conversación, aunque no llegó a sacarla a bailar. No sin que nadie les hubiera presentado.

Maddox se encontró mirándola en el mismo instante en que la música se ralentizó. Tuvo que regresar a ese papel que estaba cumpliendo para terminar la danza e inclinarse ante sus compañeros.

Tomó del brazo a su pareja de baile y la llevó donde le pidió. En un par de ocasiones más se giró para mirar a la muchacha solitaria y regresó a su lado en cuanto se le presentó la oportunidad

Parecía distraída, con la mirada perdida tras ese rostro oculto. Al principio no se percató de que era Maddox el que se acercaba, hasta que él la saludó.

—Señorita.

Se enderezó tan deprisa como su cuerpo se lo permitía, dándole una inclinación de cabeza al caballero.

—Señor Maddox —dijo—. Es un honor tener de nuevo su compañía.

—En esta ocasión no he venido a pedir únicamente su compañía —respondió. Lanzó una mirada a los músicos de la esquina, que se encontraban afinando sus instrumentos para una nueva ronda—. La alemanda comenzará a sonar enseguida, y sería un honor compartir un nuevo baile con usted.

Las palabras parecieron sobrecogerla por un instante. La mano que sostenía el abanico cayó, colocándose sobre su pecho en lugar de su rostro.

—El honor es mío —dijo cuando su mente fue consciente de que tenía que dar una respuesta. Maddox extendió su mano enguantada y la ayudó a levantarse de la silla. De ese modo se movieron hacia el centro del salón, donde varias parejas estaban ya preparadas, una al lado de la otra, con los pies en posición y las manos entrelazadas.

Para Maddox no hubo necesidad de guiar a su pareja, pues ella se colocó en la pose correcta a la vez que él. Estaban listos para recibir la música en cuanto comenzó a sonar.

Maddox no supo decir cómo o en qué instante pasó, pero la imagen de la dama se transformó ante sus ojos. Como una metamorfosis que había podido contemplar en apenas un parpadeo. Antes de que las notas comenzaran a sonar, había visto a aquella muchacha tímida que escondía su rostro y apenas hablaba con los hombres. La música había empezado y sus pies comenzaban a moverse, y el rostro de la joven cambiaba. Su cuerpo se movía al compás de la música, su expresión desprendía la misma alegría.

Fue ella la que dio el primer paso en el baile, porque Maddox se encontró distraído por un breve segundo. Sus pasos fueron ligeramente por detrás de los de ella, aunque se recobró enseguida.

La música era más ligera. Sus pasos también. La alegría que el baile generaba en ella se expresaba de otra forma. Ya no había sonrisas brillantes llenas de dientes ni pasos energéticos, lo que Maddox se encontraba al mirarla era una sonrisa pequeña pero genuina, que alcanzaba sus ojos y los llenaba de brillo.

Maddox se alegraba de poder provocar aquella alegría, aunque solo fuera cuando la acompañaba al bailar. Era el deber de un caballero y de un anfitrión como él.

Una parte de él sentía deseos de compartir más danzas con ella, mas no le estaba permitido. Ya la había tomado como pareja dos veces y una tercera sería excesivo. Jamás lo había hecho, ni siquiera con Dawn.

Aun así, no pudo evitar preguntarse por qué ella no había buscado más parejas. Un hombre se le había acercado y había llamado la

atención de varios, además de contar con la buena imagen que daba el bailar con el anfitrión de la fiesta. Con una mirada medio oculta por el abanico o una sonrisa coqueta habría tenido una nueva pareja de baile. Sin embargo, no la había buscado.

¿Por qué actuaba así? ¿Por qué se privaba a sí misma de algo que claramente le generaba tanta felicidad? ¿Y por qué impedía a los demás apreciar esa imagen jovial?

Aquellas eran las preguntas que poblaban la mente de Maddox mientras la dirigía en un nuevo paso. Las incógnitas que surgían cada vez que la miraba. Había algo en ella que no encajaba con las demás damas presentes, con aquellas con las que Maddox estaba acostumbrado a tratar. Y no sabía decir cuál era la pieza que faltaba.

La joven era ajena a este escrutinio, a las dudas que sembraba en el corazón de Maddox cada vez que la miraba. Seguía bailando y seguía sonriendo, sin que hubiera rastro alguno de los temores que antes habían hecho temblar sus irises.

Bajo el gozo de ella y las dudas de él, el baile continuó, nota a nota y paso a paso. Hasta que, como todos los instantes de placer, tuvo que terminar.

A Maddox el fin de la música no le afectó en más que en el hecho de tener que detener sus pies. Para su pareja, el efecto fue diferente. Sus manos seguían entrelazadas y sus ojos seguían mirando a ninguna parte, iluminados por las velas de la sala.

Al contemplarla, al ver que el brillo no había abandonado su rostro, Maddox comprendió que el baile había sido una ensoñación para ella y que todavía no había despertado del todo.

El joven no tenía prisa en sacarla de aquel trance si ella seguía disfrutándolo. Soltó su mano y la tomó del brazo, apartándola de aquel lugar a la vez que el resto de parejas se movían. No era diferente al final de cualquier otro baile, de los muchos que aún quedaban en la noche.

Y no lo fue hasta que un nuevo sonido se hizo presente. Un sonido que había estado ahí antes, pero que no les había molestado.

El péndulo del reloj de la sala sonó con fuerza. Sus pesos se movieron y el sonido de la hora en punto captó la atención de los invitados. Una tras otra, las campanas iban sonando, un número tan

largo que no parecían acabar. Maddox llegó a apreciar como los labios de su pareja se movían en susurros, contando una a una las campanadas del reloj.

Nadie le dio más importancia de la que debía, solo algunos comentarios sobre lo rápido que pasaba el tiempo en los bailes. Sin embargo, con la duodécima campanada, el rostro de la dama cambió. Había salido de su trance, el reloj había roto ese sueño.

—Ya es medianoche —murmuró. Maddox no había sido del todo consciente del efecto que la hora había provocado en ella, pero en ese instante se percató. Lo sintió en el temblor con el que pronunció esas palabras, en la súbita palidez que había llenado su rostro.

Temiendo que volviera a sentirse agotada, Maddox trató de dirigirla al balcón. Sin embargo, ella no se dejó mover por el tirón del brazo. Su mirada no estaba en el balcón sino en la puerta de entrada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Maddox. Su voz sonaba calmada, contraria a los instintos de su interior que le gritaban que algo no iba bien.

La dama se giró hacia él. Con una mano en el brazo que le tomaba, le miró a los ojos y dijo:

—He de irme.

De ese modo, volvió a girarse y a dirigir sus pasos hacia la puerta. Maddox no soltó la mano de ella, evitando que llamara la atención entre la multitud.

—¿De qué está hablando? —dijo con extrañeza, pero seguía caminando a su lado en dirección a la salida.

—No era consciente de lo tarde que se había hecho. Disculpe.

—¿Tarde? Si todavía quedan muchos bailes.

Ambos trataban de mantener su voz en un tono bajo, de no causar un escándalo en medio de la fiesta. Cuando llegaron a las puertas ella las abrió y las cruzó. Se hallaron en el pasillo vacío, con la música y las conversaciones ahogadas tras las puertas. En aquella frágil intimidad, Maddox tomó su mano.

—Señorita…

La vio sacudir la cabeza y se apartó de él como cada vez que buscaba su contacto.

—Ha sido una velada maravillosa —bajó la mirada, con una mano

sobre el pecho—, mas he de irme. Si llego demasiado tarde a casa…

Hubo algo en esas últimas palabras, una nota de temor que antes no había estado en su tono. Maddox se fijó en cómo sus ojos temblaban y su mano se apretaba con aprensión.

Maddox sentía las incógnitas apoderándose de él, cobrando más fuerza. ¿Qué ocultaban los ojos azules de esa muchacha? ¿Quién era fuera de ese baile, de esas galas de noche?

No tuvo ocasión de preguntar. La dama dio un paso atrás y se colocó en las escaleras, preparada para marcharse.

—Nunca pensé que viviría una noche tan mágica como esta —dijo mientras hacía más grande la distancia entre ella y Maddox, y su voz sonaba más y más rota—. Se lo agradezco de todo corazón.

Le dio la espalda y comenzó a descender por las escaleras. Maddox vio las telas blancas del vestido moviéndose a su son mientras corría lejos, los detalles dorados brillando como estrellas, dejando todas esas incógnitas poblando su mente sin respuesta posible.

—¡Espere! —exclamó, extendiendo una mano hacia ella—. ¡Ni siquiera me ha dicho su nombre! ¿Cómo voy a encontrarla?

No hubo respuesta alguna por parte de ella. Ni siquiera se giró. Cruzó un pasillo y desapareció, y Maddox no tuvo ocasión de seguirla.

La puerta se abrió a su espalda y una voz asomó por el pasillo.

—¿Maddox? ¿Qué hace aquí?

Podría ser un familiar o un conocido, lo cierto fue que Maddox no estuvo muy atento a quién lo arrastraba de vuelta al baile. Tampoco prestó atención a las damas que se acercaron a él esperando que las tomara como pareja. No había pedido la compañía de nadie cuando la música comenzó a sonar de nuevo. Estaba solo mientras el resto de invitados ya se habían agrupado.

Se sentía atrapado en un trance del que todavía no había despertado, como su dama cuando había dejado de bailar.

Las personas alrededor parecían distantes, la luz de las velas se veía irreal. Todo lo que le rodeaba era ajeno, Maddox se sentía como si no estuviera allí. Como si se hallara en medio de un sueño.

¿Había sido esa dama el producto de un sueño? Quizá era así. Había aparecido de la nada sin que les hubiera presentado. No había

hablado con nadie salvo con el propio Maddox. Había desaparecido con la misma facilidad, como si nunca hubiera estado ahí. Y ni siquiera tenía nombre.

Debía haber sido un sueño, una criatura nacida del mundo onírico. Era lo único que explicaba esas palabras distantes, esos ojos temblorosos. Esa partida a medianoche, como si se hubiera acabado su tiempo en este mundo.

Maddox llegó hasta la pared de la sala. Apoyó su mano en ella para recuperar algo de equilibrio, y al hacerlo parte de la sensatez regresó a su mente. Pensar que se había encontrado con un espíritu era una señal de que su cabeza necesitaba descansar con urgencia.

Se dirigió al balcón, abrió sus puertas y tomó una profunda bocanada de aire. Avanzó casi a ciegas hasta que alcanzó la barandilla y apoyó sus manos en ella. Por unos segundos dejó de preguntarse qué había pasado y se centró solo en respirar, en regresar a tierra.

Lentamente abrió los ojos. La imagen que le recibió fue la del cielo nocturno sobre ese balcón, los jardines extendiéndose a sus pies y el baile a su espalda.

Y sobre la barandilla del balcón, junto a su mano, encontró algo más.

Al principio solo lo miró de reojo, sin atreverse a tocarlo. Luego un ligero viento sopló y tuvo que tomarlo en su mano por temor a que saliera volando. No podía perder eso también.

No había sido más que una conjetura pero, al tenerlo en sus manos, comprobó que era real. Se trataba de un pañuelo blanco de tela fina, en el cual había una mancha gris de ceniza.

El mismo pañuelo con el que la dama se había limpiado aquella pequeña mancha en su cuello que tanto la había avergonzado.

Maddox acarició la tela entre sus manos. El pañuelo era real, ese instante en el balcón había sido real. Su dama, por supuesto, era real.

Sacudió la cabeza ante los absurdos pensamientos que habían llenado su mente. No debía haber estado imaginando fantasías cuando había otros motivos reales para preocuparse.

Su dama se había marchado. El baile continuaba en el salón, ajeno

a la ausencia de ambos. Maddox tendría que regresar pronto mientras ella se marchaba lejos.

Y la única prueba de que había estado ahí era ese pañuelo.

Una prueba que resultó ser mucho más valiosa de lo que Maddox había creído en un principio, pues al juguetear con él en sus manos descubrió un pequeño detalle en una esquina. Ahí, bordado en hilo dorado, había un anagrama. Dos letras.

—*C. E.* —leyó en voz alta sin que nadie pudiera oírle—. ¿Es ese su nombre?

Sus susurros al viento quedaron sin respuesta. Igual que todas las incógnitas que en su corazón habían surgido.

¿Quién era esa dama, esa muchacha cuyo nombre tenía esas iniciales? ¿Por qué se había comportado de esa forma? Debía haber una respuesta ahí fuera, una explicación real.

¿Por qué tenía Maddox ese deseo de encontrar la respuesta, de descubrir lo que ocurría con esa joven a la que ni siquiera conocía? Su cabeza no podía decirlo, pero sus instintos le gritaban que algo no estaba bien.

¿Por qué había palidecido de esa forma cuando el reloj había dado las doce? ¿Por qué se había marchado con tanta urgencia? ¿De qué tenía miedo?

Tantas preguntas, tantas preocupaciones, y lo único parecido a una respuesta que había encontrado era esa tela en sus manos. La extendió y contempló sus letras bordadas a la luz de la luna. Ni siquiera tenía un nombre, solo unas iniciales.

Pasados unos instantes tomó aire. Se pasó una mano por el rostro, tratando de salir por completo de aquella ensoñación en la que la dama le había sumido.

Tomó el pañuelo, lo dobló con delicadeza y lo guardó en su bolsillo, junto a aquel que tenía sus propias iniciales.

Puso recta la espalda, se recompuso. Como caballero de gran fortuna, estaba acostumbrado a guardar las apariencias en cada evento social independientemente de lo que estuviera sucediendo en su interior.

Regresó al salón, charló con algunos invitados y saludó a unos amigos de su padre. Bailó con varias damas: con la hija de un conde

a la que apenas conocía. Con Dawn, otra vez. Ella permaneció más callada en esta ocasión, y de vez en cuando la descubrió mirándole con el ceño fruncido. Pero no dijo nada sobre su actitud.

Nadie lo dijo. Cuando el baile comenzaba a dispersarse y tenía que despedirse de los invitados, Maddox creyó que había actuado bien. Que en las últimas horas había cumplido con su papel de anfitrión y de caballero.

2

La llegada del nuevo día no fue suficiente para despejarse. Todavía se sentía agotado del baile y debía ponerse en pie, refrescarse y acudir a la mesa de desayuno. La imagen que le devolvió su reflejo en el espejo no era la del rico caballero preparado para el nuevo día; no obstante, podría asociarla al agotamiento de la fiesta.

Cuando llegó al comedor, la mesa ya estaba servida con un desayuno completo. Una doncella estaba terminando de llenar su vaso de zumo y terminó su tarea con una inclinación hacia su señor. Maddox se sentó a la mesa.

Dio un primer sorbo al zumo, dejando que su sabor dulce y ácido calmara el espesor que notaba en la boca.

—Buenos días —le dijo a su padre, que ya se encontraba tomando el desayuno.

—Buenos días, Richard —le dijo—. ¿Consideras que el baile de anoche fue exitoso?

—Diría que sí —respondió a pesar de su voz cansada—. Todos los invitados apreciaron mucho la decoración y la música.

—Bien, bien —dijo el hombre con un asentimiento. Pasaron unos segundos en silencio mientras Maddox esperaba que añadiera algo más, pero no lo hizo.

El joven se centró en su propio desayuno, jugueteó con el tenedor como si tuviera algo de hambre. Hasta que no hubo tomado la mitad no volvió a escuchar hablar a su padre.

—Tendremos visita esta mañana.

Maddox asintió. No lo había olvidado y no era una visita poco frecuente.

—¿Vendrá la señora Merryweather sola? —preguntó—. ¿O la acompañará su hija?

Su padre sacudió la cabeza en señal de no saberlo, esa fue toda su respuesta. El resto del desayuno transcurrió en silencio.

Después del rato compartido, Maddox se colocó en uno de los sillones del salón, tomó un libro al que no pensaba hacer caso y esperó a la dama que acudía a su casa.

Cuando el mayordomo se asomó al salón para anunciar su llegada,

informó de que la señora Merryweather había venido sola. Con el permiso del señor de la casa abrió la puerta para que la dama pudiera pasar.

La figura de Rose Merryweather llenó la estancia, como solía ocurrir cada vez que entraba a un lugar. Las telas pomposas de su vestido de día acompañaban a su cuerpo ancho. Los colores eran suaves y vivos, hacía tiempo que había dejado atrás las ropas negras de la viudez. Y su sonrisa amplia era lo más destacado, lo primero en lo que se fijaba cualquier persona al contemplarla.

Maddox estaba acostumbrado a esa sonrisa sincera, y trató de responder en un gesto de cortesía. La respuesta de Merryweather, siempre tan expresiva, fue fruncir el ceño.

—Mi querido Maddox, buenos días —le saludó antes de ir a sentarse junto a él—. Qué cara trae. ¿Ha ocurrido algo? ¿Ha desayunado bien hoy?

Llevaba una mano a su rostro como si así pudiera examinarlo mejor. Maddox se retiró con delicadeza.

—No hay razón para preocuparse, señora Merryweather. Tan solo me hallo algo cansado tras el baile de anoche.

—El baile, por supuesto. Mi querida Dawn me ha dicho que compartió dos bailes con ella, y que fue completamente caballeroso con las demás damas.

—Sí, bailé con la señorita Dawn, que fue tan buena pareja como siempre.

—Me han contado que durante el baile resurgieron los viejos rumores sobre ustedes —terminó sus palabras con una sutil risa para quitar hierro al asunto y que supiera que no estaba hablando en serio. Una conversación como aquella no podían tenerla en una pequeña reunión apenas después de desayunar.

—Esos rumores existen desde que éramos niños —respondió Maddox con el mismo tono—. Sean reales o no, no encontrará la respuesta en las habladurías.

—Sé muy bien que no. Sin embargo, temía que hubiera estado ocupando sus pensamientos más de lo necesario.

Su tono se había vuelto un poco más serio. Maddox conocía bien a la señora Merryweather y sabía lo que aquello suponía. No le quedó

más remedio que seguir con la conversación por el rumbo que ella deseaba.

—Como ya le he dicho, no hay de qué preocuparse.

—Eso dice ahora —respondió Merryweather—. Pero mire esas bolsas bajo sus ojos. ¿Es que ha habido algún pensamiento que no le ha dejado dormir?

—Ha de saber que ser el anfitrión de un baile es una tarea muy exigente. Fíjese, anoche se me soltó un botón de la chaqueta y no tuve tiempo de acudir al vestidor para repararlo.

Merryweather no respondió a esto, aunque sus cejas se habían levantado con incredulidad. Cambió de tema al hacer un comentario sutil sobre lo bella que estaba decorada la casa y preguntó si habían colocado flores como esas en el salón de baile.

Maddox no creyó ni por un solo momento que se hubiera librado del escrutinio de la señora Merryweather. La conocía demasiado bien, y lo que era peor, ella le conocía muchísimo más.

—A pesar del incidente del botón, me han dicho que iba muy atractivo —comentó la mujer en otra rama de la conversación. Se había acercado a Maddox porque quería arreglarle las solapas de la chaqueta—. Mírese. Seguro que se ganó muchas miradas de las señoritas presentes.

—Usted me mira con buenos ojos —respondió Maddox, haciéndola reír.

—No sea modesto, nunca ha sido propio de usted —dijo ella. Soltó las solapas y contempló a Maddox—. Sí, realmente es todo un hombre. Anoche en el baile lo demostró. Ah, qué orgullosa se habría sentido su madre al verlo…

No había nadie más apropiado que Merryweather para pronunciar esas palabras, pues había conocido a la señora Maddox como nadie. La presencia de su recuerdo hizo que Merryweather sacudiera la cabeza, para evitar que los pensamientos melancólicos se apoderaran de su corazón. Maddox, sin embargo, sonrió con esa misma añoranza.

—Gracias por sus palabras, señora Merryweather.

—No debería hacerle pensar en esas cosas, ¿no es cierto? No cuando ya tiene tanto en la cabeza.

Maddox hizo un gesto de negación.

—No sé en qué está pensando, pero le aseguro que no hay nada que me aflija.

—Eso dice —dijo Merryweather—. Su madre jamás se habría creído esas palabras y me temo que yo tampoco. Una mujer con tantos años de experiencia sabe distinguir cuando un hombre joven siente anhelo por alguna señorita.

Maddox trataba de seguir manteniendo su pose firme y segura, aunque evitaba su mirada.

—Siempre presume de ser tan perspicaz, señora Merryweather.

—Y usted, que siempre presume de ser tan educado y complaciente con el bello sexo, se encuentra insomne por uno de sus miembros. Dígame: si no es por Dawn, ¿de quién se trata?

—¿Qué le hace pensar que no es su hija la que me hace sentir así?

—Lo habría notado mucho antes en ella, en el momento en que cruzó la puerta del salón esta mañana. Usted puede creer que la conoce muy bien, pero jamás tanto como su madre. Así que se trata de una extraña…

Maddox sacudió la cabeza y no respondió. ¿Por qué había creído que podía enfrentarse a una mujer como ella en el arte de la conversación? No le quedó más remedio que huir como un cobarde.

—Sabe, señora Merryweather, mi padre también quería saludarla.

—Por supuesto —respondió ella, poniéndose en pie—. ¿Me muestra el camino a la estancia donde nos espera?

Merryweather le había dejado huir, sin más presiones para continuar esa conversación que tanto le incomodaba. Maddox le agradeció que esta vez hubiera sido compasiva.

Aun así, la charla había causado que esos sentimientos volvieran a estar a flor de piel. Le había hecho consciente de que no podía ocultarlos, al menos no ante una mujer que le conocía tan bien. ¿Qué podía hacer entonces?

Se sentó junto a su padre y Merryweather, y dejó que ellos dos dirigieran la conversación mientras él se mantenía aparte, meditabundo. Era ella la que hablaba todo el rato, sin recibir del señor más que algunas respuestas rápidas que, sin embargo, no se sentían desagradables.

Maddox los observaba de reojo mientras su mano jugueteaba con el bolsillo de su chaqueta. Este estaba vacío, pero el que había llevado al baile seguía teniendo el pañuelo guardado en él. Lo había comprobado esa misma mañana, como la confirmación última de que no había sido un sueño en absoluto.

Después de la breve, aunque incisiva, conversación con Merryweather, el pañuelo seguía poblando sus pensamientos, igual que la joven que lo había dejado atrás. Una necesidad imperiosa surgió en su corazón, que su padre y su invitada seguramente tomarían como un pequeño capricho.

—Discúlpenme. Acabo de recordar un pequeño asunto que requiere de mi presencia.

Tal vez le juzgaran por marcharse de repente, tal vez diera a la señora Merryweather más razones para preocuparse por lo que había sucedido en el baile. Puede que incluso decidiera hablar del tema con su padre.

Sin embargo, Maddox no podía preocuparse por esa clase de cosas, no en esos instantes. Tenía un trabajo que hacer y no podría sentir tranquilidad hasta que lo completara.

Maddox regresó a su alcoba y ahí buscó la chaqueta que había vestido. La encontró en el mismo lugar donde la había dejado durante la noche, lo que calmó su miedo a que los criados se la hubieran llevado para limpiarla. Metió la mano en su bolsillo y ahí lo encontró: el pañuelo con la misma mancha y aquellas dos letras bordadas. Las leyó otra vez, por temor a que las hubiera comprendido mal bajo la escasa luz de la noche, pero no era así. Una C y una E decoraban el pañuelo.

No dejaba de pensar en ese nombre cuyas letras se le iban revelando poco a poco, ni tampoco en la muchacha a la que pertenecía. Una parte de Maddox había creído que todo se sentía tan extraño por culpa del ambiente de la noche, que en la mañana se habría despejado y todo pasaría a tener más sentido.

No creía que su mente estuviera más clara ni que sus temores hubieran dejado de existir. El comportamiento de la señorita C. E. seguía sintiéndose extraño y, si pensaba demasiado en ello, preocupante.

Había un peso en su corazón y un mal presentimiento en su estómago que no le habían abandonado desde esa súbita despedida. Y sentía que nada podía hacer por remediarlos hasta que hubiera descubierto algo más sobre esa muchacha.

¿Cómo hacerlo? Volvió a contemplar el pañuelo entre sus manos, las siglas C. E. que ocultaban el nombre. Aquella era la única pista que tenía, el único rumbo a seguir.



Cuando Maddox hizo llamar a su mayordomo, este le informó de que la señora Merryweather se había marchado ya. Que lamentaba no haberse despedido, pero tenía otros compromisos ese día y además no quería molestarle, pues imaginaba que tenía asuntos de los que encargarse.

Maddox agradeció que no hubiera nadie más para inmiscuirse en ese tema. Le pidió al mayordomo la lista de invitados al baile de la noche anterior y este acudió al despacho y se la entregó sin más demora ni preguntas.

Cuando se encontró sentado y con la lista expandida ante él, Maddox sintió que por fin lograba un avance. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que la tarea era más laboriosa de lo que hubiera querido. La lista incluía a todos los invitados: hombres y mujeres, jóvenes y viejos, solteros y casados, sin más distinción que las que otorgaba el nombre. Muchos de esos nombres no le eran familiares, en algunos otros casos solo conocía el apellido. Había revisado ya su propia memoria y no había encontrado a ninguna joven cuyo nombre empezara por las iniciales.

No le quedó más remedio que centrarse en esa tarea. Con una mano pasaba la lista y con la otra apuntaba los nombres de mujeres que encajaban con las iniciales. Así, poco a poco, su lista fue tomando forma y sus posibilidades abriéndose.

Lady Constance Earl. Caroline Elliot. Christine y Catherine Eastwood. Celia Elton. Claire Edwards.

Maddox revisó en más de una ocasión los nombres, asegurándose de que no había olvidado ninguno. Tras prevenir esos errores volvió a contemplar la pequeña lista que había formado, sintiendo que

había logrado trazar un rumbo en medio de ese mar de incertidumbre.

Tardó unos segundos en pasar a la acción, pues quedó contemplando la lista como si fuera su mayor orgullo. Sintiendo que había vencido sus dudas internas, hizo sonar una campanita que ordenó al mayordomo que regresara.

Le entregó el papel con el porte con el que un señor da órdenes a su mayordomo.

—Necesito que investigue el contacto de estas señoritas y sus direcciones —le pidió.

El mayordomo se colocó unas lentes para leer la lista. Sus cejas se levantaron al distinguir el primer nombre.

—Señoritas… —murmuró, pero no añadió nada más. Salió del despacho y se dispuso a cumplir con su trabajo.



Su mayordomo era perfectamente eficiente. En cuestión de horas y gracias a las listas de contactos de su padre o de preguntar a la gente adecuada hubo reunido las direcciones de todas las mujeres. Fue al día siguiente, al empezar la búsqueda, cuando Maddox comprendió que quizá el que no era eficiente era él.

En primer lugar, acudió a la casa de Lady Constance Earl. Cuando pidió una reunión con esa dama, el mayordomo que le había abierto la puerta dijo que tendría que visitarla en su dormitorio.

Esto ya fue una indicación de que se encontraba en la casa equivocada, pues Maddox no podía imaginar que una joven que había bailado con tanta energía dos noches atrás ahora tuviera que guardar cama.

Su fracaso se hizo más evidente cuando Maddox pasó al dormitorio y se encontró con una mujer que sin duda superaba los setenta años. A este hecho se añadía que podía decir con total seguridad que no la había visto en el baile.

—¿Sí? ¿Quién es? —preguntó Lady Constance Earl, apuntando hacia Maddox una trompetilla de metal.

—Discúlpeme. Mi nombre es Richard Maddox —dijo, y tuvo que repetirlo un par de veces.

—¿Mannox?

—Maddox. Puede que conozca a mi padre.

Tras unos intentos más de conversación, Maddox sacó a coalición el asunto de la fiesta.

—Estuvo invitada a un baile en mi mansión, ¿recuerda?

—¿Me invita? —dijo la anciana—. Ay, muchas gracias, cielo. Pero estoy ya vieja para eso.

—¿Quiere decir que no estuvo en el baile?

—Lo siento. Me invitan a muchas cosas. Por mis títulos, ya sabe. Sin embargo,nunca voy. Una ya no está para esos trotes.

—Entiendo. Quiero que sepa que siempre será bienvenida en nuestro hogar.

—Qué encanto de muchacho.



Tras abandonar la casa de Lady Constance Earl, Maddox tomó su caballo y se dirigió a su siguiente oportunidad. Llamó a la puerta y una doncella le abrió.

—Disculpe, ¿vive aquí Caroline Elliot?

Un asentimiento de la criada le llenó de esperanzas. Sus siguientes palabras lo rompieron en pedazos.

—La señora le recibirá enseguida.

No había tenido la fortuna de visitar a la mujer mientras estaba sola en casa. Cuando la señora Elliot lo recibió en la salita el señor Elliot estaba a su lado, mirándole con ojos afilados.

—De modo que estuvo en el baile que se celebró en mi mansión —le dijo, con una mirada al té y las pastas que habían traído.

—Así es.

—Espero que fuera una velada agradable. Como anfitrión puse gran esfuerzo en ello.

—Era un salón muy hermoso —dijo la mujer—. Con muchos adornos florales.

Maddox extendió una mano para coger una de las pastas. La mirada del señor Elliot se volvió más fulminante.

—¿Qué está haciendo un caballero tan rico en nuestra casa, señor Maddox? No creo que quiera hablar sobre adornos florales.

No llegó a tocar una sola pasta. Se marchó de allí en cuanto fue cortés hacerlo.



La siguiente casa se sintió como un paso adelante. Christine y Catherine Eastwood eran dos señoritas, hermanas y jóvenes, así se lo indicó la doncella que le abrió. Por un momento creyó que ya no había margen de error y que su dama tenía que estar ahí.

Cuando ambas salieron a recibirle comprendió que había fallado una vez más. La edad y las iniciales eran lo único que compartían con su dama. Físicamente no guardaban el menor parecido, ni siquiera capaz de engañar a un recuerdo difuso por la luz de las velas.

Por supuesto, evitó mostrar esa decepción en su rostro, en especial al ver lo alegres que se mostraban las dos hermanas.

—Siéntese, señor Maddox.

—¿Quiere que le sirvamos algo, señor Maddox?

—Qué esplendorosa fue la fiesta en su hogar, señor Maddox.

—¿Nos reservará un baile la próxima vez, señor Maddox?

El caballero tenía suficiente experiencia como para reconocer el coqueteo. Y en esa ocasión dejó que las dos jóvenes prosiguieran. Era una visita más agradable que las dos anteriores y consideraba que se merecía algunas atenciones después del esfuerzo que había estado haciendo.

La visita no duró más de lo necesario, pero Maddox salió de allí con muchos halagos tanto a su hogar como a él mismo, y las hermanas Eastwood se ganaron la promesa de sendos bailes en la próxima celebración.

3

Aquella mansión no era tan grandiosa como las anteriores. Algunos la habrían descrito como íntima y acogedora, el hogar ideal para una familia pequeña que no requería de demasiado servicio o espacio. Una familia que no tuviera una gran fortuna ni necesitara más. Ascendía en dos pisos y, sobre ellos, un ático con una pequeña ventana. La rodeaba una valla que marcaba el espacio del jardín, por lo que era probable que las tierras de alrededor no fueran suyas.

A pesar de todo, era un lugar hermoso y parecía muy bien cuidado. Las plantas del jardín mostraban todo su verdor y las enredaderas ascendían por las paredes como un adorno más. Que fuera tan distinta al hogar de Maddox no significaba que no pudiera apreciarla al recorrer el camino de entrada, hasta llegar a la puerta.

No le sorprendió del todo que no lo recibiera una doncella o un mayordomo. Le abrió una mujer cuyas ropas indicaban sin duda alguna que era una dama de la alta sociedad y cuyo porte decía que era la dueña de la casa.

Como procedía, Maddox se inclinó ante ella.

—Buenas tardes. Mi nombre es Richard Maddox y quería realizarles una visita.

—¿Maddox? —dijo la mujer—. ¿No nos encontramos hace apenas dos días en su casa?

—Así es. He venido a causa de ese baile y de cara al futuro para nuevas celebraciones.

Hubo unos segundos de silencio por parte de la mujer. Le miró de arriba abajo, en un escrutinio que se sintió todavía más intenso que el del señor Elliot. Finalmente, la mujer le devolvió la reverencia.

—Edwina Elton. Es un honor recibirle. Por favor, acompáñeme.

Maddox cruzó la puerta, y así pudo contemplar el interior de la casa. Parecía tan acogedora como en el exterior. Cada tabla del suelo, cada baldosa y cada adorno estaban limpios y cuidados a la perfección. La salita a la que le llevaron compartía ese aspecto con el pasillo, con pequeños detalles que llenaban las paredes.

Maddox se sentó frente a la señora Elton. Miró alrededor, buscando a otra dama que viviera en esa casa. Cuando creyó que su reunión

iba a ser solo con esa mujer, los pasos rápidos de cuatro pies se escucharon cerca de la salita.

—¿Hemos escuchado bien? ¿Es el señor Maddox?

—¿El anfitrión?

Edwina se puso de pie más rápido de lo que Maddox pudo reaccionar, con un suspiro de exasperación en los labios.

—Hijas, hijas, haced el favor de presentaos.

En apenas un segundo Maddox se encontró con dos muchachas jóvenes revoloteando a su alrededor, haciendo unas reverencias tan bajas y tan rápidas que podrían haberles lastimado la espalda.

—Es un honor tenerle aquí, señor Maddox.

—¿A qué debemos el placer de su visita?

Mientras ellas se movían y hablaban Maddox se esforzó por reconocerlas. Fue demasiado fácil darse cuenta de que ninguna de las dos le era familiar. Una era pelirroja y más baja que ella. La otra, aunque tenía un cabello rubio similar a la dama que buscaba, era completamente diferente en las facciones del rostro.

La decepción le invadió. Aquella casa podía ser tachada también de la lista.

—Mi nombre es Henrietta Seymour.

—Yo soy Patrice Seymour, a su servicio.

Aquellas últimas palabras causaron que Maddox frunciera el ceño. Al final, las dos hermanas se sentaron y el joven contempló de nuevo esos rostros que no pertenecían a su dama, C. E.. La que no estaba presente en aquella dirección.

¿Era posible que su mayordomo se hubiera equivocado? No, pues la mujer mayor había dicho que su apellido era Elton. Se encontraba ante la familia correcta, solo faltaba la tal Celia.

—Disculpe el recibimiento, señor Maddox —dijo Edwina—. Temo que la alegría que su visita ha despertado en mis hijas las ha sobrecogido.

—Y cómo no hacerlo. Primero nos invita a su baile y ahora viene a nuestra casa —dijo Henrietta.

—Sin embargo, no tuvo ocasión de hablar con nosotras ni mucho menos bailar hace dos noches.

—Patrice —dijo Edwina, en un reproche suave.

—Y lo lamento de corazón —respondió Maddox—. Espero que comprendan que los deberes de un anfitrión son muy exigentes.

—¡Lo comprendemos! No tiene que disculparse —dijo Henrietta con rapidez—. Nosotras deberíamos ser las anfitrionas. ¿Le apetecen unos pasteles?

Edwina hizo un gesto a Henrietta y esta no contestó. Lo único que se escuchó fue el sonido de la campanita para llamar al servicio.

—Aun así —dijo Maddox—, prometo ser más comprometido con ustedes cuando celebre un próximo baile.

—¿Así que su agenda tiene futuros eventos?

—Precisamente. Y me agradaría mucho tenerla allí, señora —dijo y decidió atreverse a lanzar una moneda al aire—. A usted y a sus tres hijas.

La forma en que la mujer frunció el ceño le hizo darse cuenta de que había cometido un error.

—¿Algún problema, señora Elton?

La vio cerrar los ojos y sacudir la cabeza.

—Es posible que haya habido algún tipo de confusión. Verá, señor Maddox, yo solo tengo las dos hijas aquí presentes.

—Entiendo —mintió. La situación se volvía más confusa con cada palabra de la mujer. Trató de recordar los nombres de los invitados de aquella familia en su lista, pese a que todo lo que acudió a su memoria fue el nombre de Celia Elton. No le quedó más remedio que volver a hacer una apuesta—. Quizá la memoria me falle, pero creo recordar que en la lista de invitados había cuatro mujeres de esta casa.

—¡Ah! —exclamó de pronto Henrietta antes de que su madre pudiera responder—. Creo que se refiere a Celia.

El ceño de Edwina se frunció más profundamente, a la vez que los ojos de Maddox se iluminaron.

—Sí, creo recordar ese nombre —dijo con disimulo—. Celia Elton, si no me equivoco.

La mujer recuperó la compostura con una velocidad admirable. En menos de un segundo tras reprender a su hija volvía a estar recta, con el rostro relajado. Incluso una risa seca llegó a escapar de sus labios.

—Ah, ahora comprendo la confusión —dijo—. Verá, señor Maddox: la señorita Celia Elton no es hija mía.

—¿No? Disculpe si estoy siendo indiscreto, pero desearía saber qué relación tienen y por qué comparten ese apellido.

—Por supuesto. La explicación es sencilla: Patrice y Henrietta vienen de mi primer marido, el difunto señor Seymour. Celia, por otro lado, es hija del señor Elton. Ambos nos casamos en segundas nupcias.

—Ahora comprendo —dijo Maddox—. Gracias por compartirlo.

—Aunque no debería preocuparse por Celia —comentó Patrice con una risita mal disimulada—. Por mucho que estuviera en la lista, no pasó por allí.

—En eso tiene razón —dijo Edwina—. Esa muchacha… Es muy tímida, no sale apenas. Ni siquiera ha querido tener el honor de ser presentada en sociedad. Vive sumida en la tristeza desde el fallecimiento de su padre. No podemos exigirle más.

Con cada palabra de Edwina más y más dudas llenaban a Maddox. Quizá estaba de nuevo en la casa equivocada, y era cierto que la tal Celia Elton vivía alejada de la sociedad y no había acudido al baile. Sin embargo, los instintos en su interior habían regresado, aquel peso en su corazón y aquel mal presentimiento en su estómago que no le permitían estar en paz.

—¿Dónde están los pasteles? —dijo Henrietta, haciendo sonar la campana del servicio e impidiendo que el súbito silencio pudiera volverse tenso.

Apenas unos segundos después una doncella pasaba a la salita con una bandeja de plata entre las manos. Sus pasos eran ligeros y su presencia pasaba desapercibida. No llamó la atención de Maddox hasta que la bandeja estuvo en la mesita y habló:

—Aquí tienen. Disculpen la tardanza.

El tiempo pareció detenerse para Maddox. Su corazón debió de saltarse un latido. Fue tal y como muchos hombres describían los momentos más importantes de la vida: la primera vez que se cruzaban miradas con el amor verdadero, o cuando se recibía la noticia más terrible sobre un ser querido. Maddox solo se había sentido así una vez, y la angustia al recordar el momento lo hizo

todo más difícil.

El tiempo pareció detenerse, aunque no lo hizo. La doncella dejó la bandeja sobre la mesilla.

—*Merci* —dijo Henrietta, con un pastel ya en la mano. Patrice comenzó a servir una taza de té. Edwina permanecía recta, sin hacer un solo movimiento.

Maddox se giró con toda la discreción que su corazón permitía, buscando con la mirada a aquella doncella que acababa de servirles. Todavía estaba a su lado, con las manos sobre el delantal y a punto de retirarse. Maddox no miró esas manos sucias o esas ropas de sirvienta. Su mirada ascendió de inmediato, buscando su rostro.

No pudo ver más allá de su mandíbula. Estaba en una pose servil, con la cabeza gacha, y la cofia blanca se encargaban de cubrir por completo su rostro. Ni siquiera pudo apreciarla durante demasiado tiempo, porque se movió hasta darle la espalda. Caminó hacia la puerta y en un segundo había desaparecido.

El corazón de Maddox le gritaba que se levantara, que corriera a buscarla. Pero le detenía la sensatez, la educación que había recibido para evitar armar un escándalo durante una visita y, por encima de todo, el miedo.

Había unas sensaciones terribles en el fondo de su pecho desde que había cruzado la puerta y se habían intensificado con cada instante que había pasado ahí dentro, hasta la aparición de la doncella.

—¿Señor Maddox? —Edwina llamó su atención. Su voz sonaba como la de las institutrices que había tenido de niño, obligándole a ponerse recto y prestar atención.

—Muchas gracias —dijo, recuperando la compostura de inmediato. Tomó una taza de té y dio un sorbo. La dejó en sus manos solo para mantenerlas ocupadas—. El té es delicioso.

Edwina sonrió, con esa sonrisa frívola para guardar las apariencias. Parecía que se había calmado.

—Así que, ¿disfrutaron el baile? —añadió.

—¡Fue maravilloso…! —suspiró Henrietta de inmediato—. Sin duda el mejor al que hemos ido.

—Tal vez diga eso porque no hemos tenido ocasión de ir a otro —

intervino Patrice—. Verá, señor Maddox: fuimos presentadas en sociedad hace muy poco. Tendría que haber sido antes. Sin embargo, con todo el asunto de nuestro padrastro…

—Lo comprendo. Lamento mucho su pérdida. ¿Ha sido algo reciente?

—Han pasado ya cinco años, pero comprenda que la administración de una casa no es lo mismo sin su patriarca —dijo Edwina—. Sin embargo, ahora somos parte de la sociedad, mis hijas están buscando marido y todo vuelve a su cauce.

—No sabe cómo me alegra oír eso. ¿Han participado en otros eventos?

—¡Sí! Mañana por la tarde, de hecho, vamos a la ópera. ¿Le agrada la ópera, señor Maddox?

El joven quedó pensativo por unos segundos. Dejó la taza de té sobre la bandeja.

—La verdad es que sí. De hecho, yo también pensaba ir mañana. ¿Pueden decirme de qué obra se trata?

—Es L'Arianna —respondió Patrice.

—Conozco a la compañía que la produce. ¿Qué función? Pues he oído que tienen la costumbre de celebrar más de una al día.

—La de las siete. ¿Por qué lo pregunta? ¿Acaso asistirá?

Maddox negó con la cabeza.

—Me temo que mi obra se interpreta a la vez que esta. Una lástima. Quizá tengamos ocasión de encontrarnos en algún otro evento.

—En un nuevo baile, por ejemplo —dijo Henrietta, jugueteando con la cucharilla entre sus dedos.

—Eso sería ideal —dijo Maddox y, de pronto, se puso en pie—. De hecho, tengo el deseo de realizar un nuevo baile en mi mansión próximamente. Y ustedes estarán invitadas, por supuesto. De hecho, me gustaría dedicarles un baile en compensación.

Henrietta se llevó una mano al pecho, con la alegría inundando su rostro. La expresión de Patrice era más bien satisfecha y orgullosa, pero también sonreía. La expresión de su madre era similar.

—Ahora, si me disculpan, debería marcharme.

Las despedidas se alargaron más de lo que Maddox hubiera

querido. Aun así, fue capaz de mantener las apariencias hasta que estuvo fuera de la casa Elton, dentro de su carruaje.

En ese momento se quitó el sombrero, se lo colocó sobre el pecho y dejó escapar todo el aire que contenían sus pulmones. Fue como si se hundiera, privado de todas fuerzas.

Había demasiado en su mente en esos momentos, unos conocimientos que no se sentía capaz de manejar. Solo había un hecho seguro y lo encontraba en la voz que había escuchado de la boca de la doncella. Aunque apenas había sido una frase, la sentía inconfundible.

Esa voz le susurraba que su pareja de baile, la muchacha a la que había estado buscando, se encontraba ahí.



Por una vez, Maddox se vio obligado a practicar la paciencia. Después de lo rápido que había actuado para descubrir la lista de invitados y buscar a cada una de las damas, la espera de horas se sentía como una tortura.

Permaneció intranquilo durante el resto de la tarde y la mañana siguiente, con sus dedos tamborileando sobre cualquier superficie y su mirada contemplando distraída el mundo alrededor. Trató de leer o de pasear por los jardines de la mansión sin que nada lograra traer la menor tranquilidad a su pecho.

Era incapaz de distraerse, en su interior se repetía una y otra vez el plan que había trazado a partir de la única débil pista que tenía.

Dos horas antes de las siete ya estuvo vestido en su traje de tarde. Una hora antes se encontraba comprobando que los caballos, el carruaje y el cochero estaban listos para partir. Una y otra vez se aseguró que el pañuelo siguiera en su bolsillo. Todavía tenía esa mancha de ceniza junto a esas iniciales doradas que habían guiado su camino.

Cuando el reloj dio las siente, Maddox todavía no subió al carruaje. Dejó unos minutos de cortesía para asegurarse de que el plan no fracasaba por haber llegado demasiado pronto. Y, finalmente, se puso en marcha.

Sus manos seguían revolviéndose nerviosas mientras se

encontraba en el interior del carruaje. Temía que hubiera escuchado mal o que su memoria le hubiera fallado, que fuera a encontrar a las mismas anfitrionas que la tarde anterior.

Pero todo era correcto. Aquella tarde, Edwina Elton y sus dos hijas habían salido a la ópera a las siete y en esos instantes la casa estaba vacía, al menos en lo que respectaba a las dueñas.

Maddox descendió del carruaje con el corazón en la garganta. Acercarse a esa puerta se sentía como una fechoría. Como cuando su madre le reprendía por colarse en los establos de niño para ver a los caballos. ¿No era lo mismo acudir a una casa a sabiendas de que sus habitantes no se encontraban ahí?

En la puerta, se recolocó las solapas del traje, se aseguró la corbata al cuello y comprobó que el pañuelo de la dama seguía en su bolsillo. Tomó aire y llamó a la puerta.

La respuesta tardó más de lo apropiado en llegar. Pasados unos segundos Maddox comenzó a escuchar unos pasos tímidos, y después de un breve silencio al fin respondieron a su llamada.

La puerta apenas se abrió un palmo, lo suficiente para que una voz se asomara.

—Mis disculpas, caballero. La dueña de la casa y sus hijas no se encuentran presentes en este momento.

Tras haber comunicado ese breve mensaje la puerta comenzó a cerrarse de nuevo. Los instintos de Maddox se alertaron y, contra su buen juicio, impidió que cerrara.

Con su pie entre la puerta y el marco, respondió:

—Disculpe. La tarea que he venido a realizar aquí no requiere de la presencia de esas mujeres.

Hubo unos segundos de silencio, buscando una respuesta. En última instancia, la voz al otro lado habló.

—¿Puedo preguntarle de qué se trata?

—He de realizar una entrega. Por favor, sea hospitalaria y permita entrar a un caballero.

El silencio de la duda regresó. Pero al final la obligación de la educación venció y la puerta se abrió.

La doncella tenía la misma pose que Maddox había visto la tarde anterior. Las manos juntas sobre el delantal y la cabeza baja,

haciendo que la cofia escondiera su rostro.

Aun así, él la reconocía. Igual que la había reconocido entonces.

—Señorita Elton.

La respuesta de ella fue negar con la cabeza.

—Como le he dicho, las señoras no se encuentran aquí.

—No he venido a verlas a ellas. He venido por usted.

Silencio, de nuevo. Seguía actuando como una muchacha tímida en un baile, aunque el motivo de su rechazo en esta ocasión parecía mucho más oscuro.

—Mis disculpas, caballero, pero temo que ha habido una confusión.

—No la ha habido. No me cabe duda después de haber hablado con usted, señorita Elton.

Sacudió la cabeza, la tela de la cofia moviéndose a su son.

—Le aseguro que se equivoca y le pido, por favor, que se marche.

Con estas palabras trató de girarse, de darle la espalda a Maddox y volver a ocultarse entre las sombras de esa mansión. Pero él no lo permitiría después de haber llegado tan lejos. Avanzó, cometió el atrevimiento de tomarla del brazo, de hacer que se girara.

Ya la había tocado así en el baile, en la única situación donde le habría estado permitido. Ahora era una indiscreción, una imprudencia. Y aun así mereció la pena cuando la dama ya no pudo seguir ocultando su rostro.

Sus miradas se cruzaron, igual que en el balcón de la mansión, igual que en los pasos de baile. Ya no había ilusión en esos ojos, solo pánico por una situación que ninguno de los dos era capaz de entender.

La imagen apenas duró un segundo. La dama retiró su brazo y bajó la cabeza de nuevo, apartándose de Maddox.

—Usted es Celia Elton —completó él—. Estuvo bailando conmigo hace cuatro noches, no trate de convencerme de que me equivoco. Puede que la luz de las velas sea engañosa y que la música haga que se confundan las voces, pero yo juro que usted fue mi pareja de baile.

Sus palabras fueron poderosas. Lo suficiente como para romper esa fachada y a la mujer que había bajo ella. Maddox pudo contemplar como Celia Elton le daba la espalda a la vez que sus

hombros comenzaban a temblar.

—Ya basta —dijo con una voz mucho más débil—. ¿A qué ha venido?

—A buscar a esa dama que fue mi pareja de baile y que se marchó de pronto sin darme forma alguna de volver a encontrarla. Ni siquiera conocía su nombre.

—¿Y por qué desea encontrarla? ¿Qué puede ganar con ello? —suspiró, y no llegó a darle ocasión de contestar—. Si quiere burlarse, esta es su ocasión. No hay nadie más para escucharle. Ríase, pues.

—No he venido a burlarme, en absoluto —respondió Maddox. Esas últimas palabras le habían dolido—. No podría estar más lejos de mis verdaderas intenciones.

—Quizá debería hacerlo. ¿No le divierte la imagen de una mujer que fingió ser una dama en el baile, como una niña que se pone un disfraz? Y aquí la tiene ahora, vestida de doncella.

—Si hay un disfraz aquí son esas ropas que lleva ahora mismo, y busco una explicación para ello.

—¿Por qué querría una explicación para algo que no es asunto suyo? —exclamó. Inmediatamente después, sus ojos se abrieron y su voz se llenó de arrepentimiento—. Lo siento. Por favor, disculpe mi insolencia.

—No tiene que disculparse conmigo, señorita Elton. De veras que no.

La amabilidad de sus palabras fue una sorpresa para ella y la dejó inmóvil.

—No quiero ser descortés con usted y ofenderle, señor Maddox —dijo. Su voz era débil y había un sincero miedo en ella—. Por ello es mejor que se marche.

—Si hay alguien descortés aquí soy yo, que he venido por sorpresa a hacer preguntas indiscretas. No tema, pues suceda lo que suceda aquí no hay forma de que usted me ofenda.

Celia negó de nuevo con la cabeza, la desesperación acompañándola.

—No lo comprendo...

Maddox dio un paso hacia ella, moviéndose con suavidad para no asustarla más. Metió la mano en su bolsillo y sacó el pequeño tesoro

que había estado guardando.

—Este pañuelo es suyo, ¿me equivoco? —dijo, sosteniéndolo de forma que mostrara las iniciales—. Celia Elton. Lo dejó olvidado en mi casa, y ha sido el rastro que me ha permitido llegar hasta usted.

Tras unos segundos de duda, Celia se giró hacia él y tomó el pañuelo. Lo sostuvo entre sus manos contemplando las iniciales, igual que había hecho Maddox al encontrarlo.

Finalmente, lo guardó en el bolsillo de su delantal sin una palabra. Maddox contempló este acto con un mal presentimiento en su corazón.

—La tela de ese pañuelo es delicada —dijo—. El bordado es fino y su hilo es resplandeciente. Un pañuelo así fue tejido para una dama, no para una sirvienta.

—¿Por qué lo ha traído? —murmuró Celia, con las manos sobre el bolsillo donde lo había guardado.

—No se trata del pañuelo, sino de la dama a la que pertenece. Señorita Elton, no esperará que pueda irme sin resolver la duda de por qué la hija del señor de la casa está vestida de criada.

—Debo pedirle que lo haga —respondió, en un susurro amargo.

—Y mucho menos después de hablar con la señora Edwina Elton ayer —insistió Maddox a pesar de todo—. Después de escuchar la sarta de mentiras que dijo sobre usted, que he podido comprobar con mis propios ojos.

—Señor Maddox —intervino Celia—. Es de mi madrastra de quien está hablando. No la acuse de mentirosa.

—Créame, mentir es el crimen menos grave del que acusaría a la señora Elton.

Los ojos de Celia se abrieron mucho ante la gravedad de esas palabras. Con el corazón acelerado por el miedo, volvió a intentar alejarse de Maddox.

—Le pido, por favor, que se marche.

—No puedo hacerlo. Señorita Elton, yo le pido que lo entienda.

La joven sacudió la cabeza con fuerza. Maddox vio lo intranquila que estaba y trató de extender una mano hacia ella, contacto que la muchacha rechazó.

—No debe preocuparse por esto. Por favor, olvídelo y vaya en paz.

—¿Cómo voy a olvidarlo? ¿Cómo podría cualquier persona olvidar este asunto después de ver lo que su familia le ha hecho?

Celia seguía retrocediendo, alejándose de él, perdiéndose.

—Usted no sabe cómo es esta familia o la vida en esta casa. Así que no debe juzgar.

—Me pide algo de lo que no soy capaz —susurró Maddox. Su voz sonó tan rota que necesitó tomar aire—. He visto lo que ocurre, el trato impropio que le da su familia y el dolor que provoca. Si lo que he visto me angustia, imaginar lo que hay más allá me horroriza.

—¿Y por qué nada de esto ha de preocuparle? ¡No es asunto suyo y no puede intervenir de ninguna forma! ¿Qué es lo que busca?

Su voz sonaba cada vez más fuerte, más desesperada. Maddox sentía una desesperación en su pecho que solo podía crecer. No sabía cómo actuar y la dama se alejaba cada vez más de él.

Su corazón le impulsó a hacer un movimiento desesperado. Extendió la mano hacia ella, ofreciéndosela como había hecho en el baile.

—Puedo intervenir, señorita Elton. Si le hace daño estar aquí, si tiene el deseo de escapar, necesito que sepa…

—¡Basta! —dijo Celia en un tono tan alto que los sorprendió a ambos. Apartó esa mano tentadora que había frente a ella—. ¡Usted no nos conoce, no tiene ni idea de lo que ha sucedido en esta casa, en esta familia…!

Tomó una bocanada de aire cuando se quedó sin aliento. El aire pareció traer de vuelta algo de sensatez y calma a sus pensamientos, y sus ojos se abrieron de par en par. Se llevó las manos a los labios, horrorizada.

—Perdóneme. Por favor, perdóneme… —dijo con un hilo de voz, con su cuerpo temblando.

La mano de Maddox seguía en el aire, incapaz de alcanzarla, pero incapaz de echarse atrás.

—No tiene que disculparse —dijo en un tono mucho más suave y débil—. Por favor, no me tenga miedo.

No era posible pedirle algo así. La joven seguía temblando, el pánico se había apoderado de ella. Y la culpa encogía el pecho de Maddox al ser consciente de que él lo había provocado.

—Por favor —dijo ella en apenas un susurro—. Por favor. Es mejor que se marche. —Se pasó una mano por la cofia, tratando de recolocarla, pues los movimientos bruscos la habían movido—. Necesito recomponerme antes de que las señoras lleguen…

Había tanto dolor y tanto miedo en sus palabras que Maddox se sintió paralizado. Pocas veces la sensación de impotencia había sido tan fuerte en él. Solo una vez, en realidad.

Igual que entonces, se quedaba quieto mientras se alejaban de él, mientras la puerta se cerraba ante sus ojos, en una frontera que no le estaba permitido cruzar. No podía ir más allá, no podía ayudar de ninguna forma.

Volvió a extender la mano hacia ella, pero se sintió tan inútil como si estuviera tratando de alcanzar la luna con la punta de sus dedos.

—No tiene por qué seguir sufriendo así. Puedo ayudarla.

Ella ya le había dado la espalda. La única respuesta que llegó fue la débil forma en que negaba con la cabeza.

Maddox sentía dolor en el corazón. No era fácil aceptar que estando ahí hacía más mal que bien, que lo mejor sería hacer lo que Celia le pedía. No existía más opción.

La joven parecía no centrarse más que en sí misma, en calmarse para poder actuar como si los últimos instantes no hubieran sucedido jamás.

Maddox tuvo que acudir solo a la puerta. Hasta que su mano no estuvo en el pomo Celia no volvió a hablar.

—Se lo agradezco, señor Maddox —dijo, su débil voz logrando que el corazón de él se saltara un latido—. La noche del baile. Fue una velada maravillosa. Algo distinto a lo que estoy acostumbrada a vivir cada día. Eso buscaba cuando fui al baile y usted me lo ofreció. No necesito más.

Había tantas palabras que quedaron atrapadas en la garganta de Maddox. Deseaba decirle que no tenía que ser solo una noche, que podría encontrar esa felicidad cada día sin necesidad de huir a escondidas de su hogar. Sin embargo, no podía decirlo, pues no haría más que llenarla de nuevo de ese sentimiento amargo.

Con un gesto de despedida, cruzó la puerta.

Caminó recto, con el porte que correspondía a un caballero, para

que nadie pudiera intuir lo que había pasado ahí dentro. Atravesó el jardín hasta llegar a las verjas de la puerta, donde el carruaje todavía le esperaba.

El cochero le saludó, Maddox no le contestó. Subió al carruaje y al fin, en la intimidad de su cabina, su corazón tuvo ocasión de romperse.

4

La noche no fue compasiva con él. La mañana tampoco. Había un reloj de bolsillo sobre su mesilla al que había tenido la conciencia de dar cuerda y sus manecillas le repetían que llegaba tarde.

Maddox no faltaba a sus compromisos, aunque el compromiso en cuestión fuera bajar a desayunar todos los días junto a su padre. Aquella mañana, sin embargo, no se sentía con fuerzas ni para realizar esa pequeña rutina: desayunar junto a él, tener algunas conversaciones banales y que cada uno siguiera un camino distinto durante lo que quedaba de día.

Era probable que su padre ni siquiera se percatara de las ojeras que había bajo sus ojos o de la expresión amarga que se negaba a abandonar sus labios, pero Maddox lo notaba. Junto al insoportable agotamiento que lo mantenía atado a la cama, que hacía que el día fuera imposible de empezar.

Igual que las manecillas del reloj, los rayos de sol que se colaban por la ventana le recordaban lo extraño que era permanecer en la cama a esa hora. Uno de esos rayos se movió hasta caer sobre su lecho, deslumbrándole. De entre todos los días, aquel tenía que brillar el sol sobre Inglaterra.

Hundió el rostro en la almohada con un quejido, cubriéndose con las sábanas hasta la nuca.

Ni siquiera tenía el pañuelo para sostenerlo en sus manos y acariciarlo con melancolía como en cualquier historia trágica. Y era apropiado, porque aquella situación no se parecía en absoluto a ninguna de esas historias. Era mucho más grave y mucho más triste.

Había perdido el pañuelo y en su lugar había obtenido una casa y un nombre. ¿Y para qué, si al acudir allí no había conseguido nada? Solo el vago conocimiento de una tragedia y la impotencia de saber que no podía hacer nada para remediarla.

Quizá sin el rechazo de Celia podría haber soportado la situación. Si no tuviera ahora tanta seguridad de que algo malo pasaba, podría haberlo olvidado. La había visto temblar ante la mención de su familia, de su madrastra, de la posibilidad de salir de allí. No sabía qué pensamientos pasaban en esos momentos por la mente de Celia

y le aterraba imaginárselos.

Cuanto más recordaba cada detalle de la conversación, cada gesto, cada pose, más se encogía el corazón de Maddox. ¿Qué le habían hecho a esa pobre criatura?

Él estaba en su cama hundiéndose en tal miseria, ¿y ella? ¿Qué estaría haciendo en esos instantes? ¿Estaría padeciendo? ¿Acaso habían descubierto de algún modo su visita y le habían hecho pagar las consecuencias? No, no podía ser. Al menos había tenido el instinto de ser cuidadoso en ese asunto.

Sin embargo, Celia también había estado en el baile. ¿Había sido cuidadosa entonces? Edwina había hablado como si no supiera nada sobre su presencia en la fiesta, por lo que quizá la joven había sido capaz de ocultarlo bien.

Esperaba que no la descubrieran, pues sentía que su presencia en el baile sería un pecado mucho mayor que la visita de Maddox. Esperaba que supiera cubrir bien sus espaldas, que no descubrieran el pañuelo que él le había traído o el precioso vestido.

Los pensamientos se desvanecieron a la vez que escuchó las llamadas en la puerta. El mundo requería su presencia, ya le habían dejado demasiadas horas de libertad.

Maddox suspiró. Tuvo que recostarse en la cama, ajustarse la camisa y pasarse una mano por los cabellos para tratar de dar algo de orden. Aun así, esperó que pudiera atender a su visitante a través de la puerta y no tuviera que verlo nadie.

—¿Sí?

—Señor Maddox —reconoció la voz de una sirvienta, Mary. O quizá Maria. Nunca lo recordaba bien—. Preguntan por usted. ¿Hay algún motivo por el que no haya acudido al desayuno?

Maddox dejó escapar un quejido que esperó que se escuchara al otro lado. Una indirecta sobre el mal estado en que se encontraba.

—¿Quién pregunta? —si era su padre, podría excusarse fácilmente y seguir pasando la mañana en su dormitorio, su cama y su melancolía.

—La señora Merryweather ha venido de visita.

Maddox se dejó caer hacia atrás, hundiéndose en la cama conforme su desesperación aumentaba. Por supuesto que, de entre

todos los días, Merryweather había decidido acudir esa misma mañana. Lo cual no era tan extraño si uno se paraba a pensar en la cantidad de visitas que aquella mujer hacía a esa casa.

¿Tenía, quizá, una habilidad para saber cuándo Maddox se encontraba en sus momentos más bajos? Quizá su madre le había transmitido esa capacidad, quién sabe.

Quizá su madre, desde el más allá, lo considerara lo mejor. Maddox no compartía esa idea.

Al parecer pasó demasiado tiempo en esas meditaciones, porque antes de que se diera cuenta la sirvienta se marchó y unas nuevas voces sonaron al otro lado de la puerta.

—¿Maddox, hijo? —dijo una voz que reconocía demasiado bien.

Su cuerpo estaba débil y su mente lenta. Para cuando las palabras llegaron a su cerebro y pensó en incorporarse, la puerta ya se estaba abriendo.

Maddox renunció a todo. Cerró los ojos y permaneció ahí tumbado. Quizá le dejaran descansar de este modo.

—Oh, querido… —dijo Merryweather mientras se acercaba a él—. Su padre me había dicho que no había acudido al desayuno, pero no me esperaba encontrármelo así.

Maddox no tuvo ocasión de fingir estar dormido. Cuando la mano fría de Merryweather tocó su frente de pronto, se estremeció.

—Sin embargo, no tiene fiebre —dijo ella—. ¿Qué ocurre, hijo?

Maddox suspiró y se recostó en la cama, pasándose una mano por los cabellos despeinados.

—Está bien, señora Merryweather. No tiene que preocuparse por mí.

—Me temo que esa es precisamente mi tarea.

Le tomó por la barbilla. Observó a Maddox como una madre analizaría a un niño enfermo. Ese había sido el papel de Merryweather en esa casa durante mucho tiempo, al fin y al cabo.

—Tiene peor cara que cuando se dedicaba a fingir estar enfermo para librarse de las clases de geografía —concluyó—. ¿Qué le ocurre?

—Mi salud está bien, no hay que temer por ella.

—Si no es un asunto de salud, creo que he descubierto qué es lo

que aflige a nuestro querido Maddox.

Los ojos del joven se abrieron de par en par y se lanzó a por las sábanas para cubrirse todo lo posible con ellas.

—¡Señorita Merryweather! ¡No puede estar aquí! —exclamó cuando vio a Dawn también en la habitación. Su mente había estado demasiado nublada como para percatarse de ella o como para plantearse siquiera la posibilidad.

Ya era bastante arriesgado que hubiera una Merryweather con él en esos momentos, le aterraba la idea de que hubiera dos.

—Por favor, señor Maddox. Si hay un enfermo en la casa, el lugar de la mujer está a su lado —dijo con una sonrisa que revelaba sus pícaras intenciones, las ganas que tenía de inquirir en lo que estaba pasando

—Muy bien, querida hija. ¿Qué crees que le ocurre?

Maddox enterró la cara en sus manos a la vez que la muchacha hablaba.

—Dicen las malas lenguas que en los últimos días se ha visto al joven Maddox deambulando por distintas casas y visitando a señoritas invitadas al baile.

—¿Es eso cierto? Vaya.

—Creo que por primera vez una dama le ha dado calabazas al galán de Richard Maddox.

El joven se dejó caer sobre la almohada, con un quejido casi desesperado. Deseaba salir de ahí.

—Maddox, hijo —dijo Merryweather poniéndole una mano en el hombro—. No ha de temer por el romance o por una pedida de matrimonio fallida. Sabe que siempre tendrá a mi querida Dawn, y que ambas familias estaríamos felices de tener un compromiso entre ustedes.

—No se trata de eso —respondió al fin—. No se trata de eso en absoluto, y jamás adivinarán qué ocurre en realidad.

Con un dedo sobre los labios, Dawn se mostró pensativa.

—No es una propuesta de matrimonio rechazada, de acuerdo. Sin embargo, hay alguien ocupando su mente, ¿no es cierto? Y no me equivocaría al decir que es una dama.

—No es un enredo amoroso —insistió Maddox—. Hay algo que me

aflige, es cierto, mas se aleja por completo de lo que ustedes piensan.

—Comprendo —dijo Merryweather. La hija seguía teniendo en los ojos la expresión pícara de la curiosidad, pero la madre había empezado a sonar más compasiva—. Maddox, si se encuentra en medio de una situación difícil, sabe que siempre puede contar con nuestra ayuda.

El joven, sin embargo, comenzó a negar con la cabeza.

—No se trata de mí. No he sido tan insensato como para meterme en un problema grave.

—Ahora lo entiendo. Está sufriendo por otra persona.

Maddox asintió con lentitud y después calló. Esperó que las dos mujeres comprendieran que no era asunto suyo, que no podía responder a sus preguntas. Lo hicieron.

Fue Dawn la que rompió el silencio, tomando las cosas desde otro punto de vista.

—Y a esta misteriosa persona, ¿le ayuda de algún modo que usted permanezca sin salir de la cama?

—No —suspiró él—. De todas formas, hay poco que pueda hacer por ella, sea dentro de la cama o en el despacho.

—No se rinda tan pronto, Maddox —dijo Merryweather—. Si bien no siempre pueden solucionarse los problemas del otro, siempre se puede intentar dar algo de consuelo. Una visita, un poco de compañía y una agradable conversación pueden mitigar todo mal.

—No creo que me fuera posible darle eso siquiera —dijo con pesar.

—En tal caso, debe ser una situación muy complicada.

Maddox asintió con la cabeza y ellas comprendieron que no había más preguntas que hacer. Finalmente, Merryweather se puso en pie y quedó mirando por la ventana.

—Hace un día hermoso, ¿por qué no viene a pasear con nosotras? Vamos, hija, dejémosle unos minutos para que pueda prepararse.

Maddox pasó unos segundos más hundido en la cama, hasta que reunió fuerzas para levantarse. Sabiendo que las Merryweather tenían razón, como era habitual en ellas, se obligó a ponerse en pie. Se lavó la cara, se vistió y pronto estuvo listo para acompañarlas.

El paseo fue agradable, igual que su compañía. Maddox deseaba

poder pensar solo en ellas, y no en Celia y su familia.



—Qué hombre tan caballeroso ese Maddox. Aún así, me pregunto por qué decidiría pasarse por aquí.

—Tú misma lo has dicho. Es todo un caballero y quiere complacer a las damas —dijo Henrietta con un suave suspiro.

Celia dejó las tazas de té sobre la mesa y tomó la tetera en sus manos. Mientras tanto, las dos hermanas continuaban charlando.

—Fue muy amable. No me esperaba eso de un ricachón como él —decía Patrice.

—Yo sí. No debes dejarte llevar por las apariencias, querida hermana.

La madre apenas había intervenido en la conversación hasta entonces. Una vez la bandeja estuvo sobre la mesa, tomó su taza de té y levantó la mirada hacia las dos muchachas.

—No cabe duda de que es un caballero —dijo Edwina—. Por lo tanto, hijas, os corresponde comportaros como las damas que sois y no decepcionarle.

—¡Por supuesto que no! Y así lo haremos en cuanto volvamos a tener oportunidad. Quizá en la ocasión de un baile…

—Sí, necesitamos un nuevo baile. Él mismo dijo que lo celebraría y que nos invitaría.

Henrietta agitó la taza en el aire con emoción y algunas gotas de té cayeron sobre la mesa.

—No solo eso. ¡Dijo que nos sacaría a bailar!

La sonrisa coqueta se extendió al rostro de su hermana. Celia sacó un trapo y se acercó con sutileza para limpiar los restos de té que Henrietta había derramado. Ese gesto no interrumpió la hora del té, ni siquiera provocó que las presentes se giraran hacia ella. Su labor debía ser invisible, así había aprendido a trabajar Celia.

En medio de esta tarea, se fijó en que uno de los platitos de pastas estaba ya vacío y lo cogió para volver a llenarlo.

—Adoras fantasear con ello, ¿no es cierto? El señor Maddox sacándote a bailar en su propia fiesta, delante de todos.

Henrietta se llevó una mano al pecho, con un suspiro.

—¿No les pasa a todas las damas casaderas que acuden? ¿No te pasa a ti también, Patrice?

—Fantasearía con cualquier caballero rico que quisiera hacerme ese favor. Aunque sabes lo que puede pasar si mantienes tus expectativas demasiado altas.

—No te preocupes por mis expectativas. Somos damas, ¿no es cierto? Ya nos han presentado en sociedad. Por muy grandes que sean sus rentas, somos de la misma clase que todos esos hombres que vemos en los bailes.

La respuesta de Patrice fue un resoplido burlón.

—Tú misma —dijo Patrice—. Si crees que se va a interesar por ti un hombre con una renta de cinco cifras.

—Y sin embargo, hace un par de días ahí estaba, visitando nuestra casa.

La conversación de las hermanas fue cortada cuando Edwina se aclaró la garganta. El silencio cayó sobre la salita hasta que la mujer se decidió a hablar.

—Estoy de acuerdo con tu hermana, Henrietta. Las ilusiones descontroladas pueden acabar haciéndote daño.

—¡Pero madre…! Ha venido a visitarnos, nos ha prometido el próximo baile. ¿Es tan descabellado pensar que el señor Maddox pueda estar cortejando a una de nosotras?

La conversación fue interrumpida de pronto. Todo el sonido de la conversación en la hora del té se cambió por el estruendo de un plato haciéndose trizas contra el suelo.

Henrietta contempló los pedazos del plato que acababa de caer de las manos de Celia, con las cejas levantadas y la boca abierta. La reacción de Patrice fue más fuerte y rápida: echó la silla para atrás y se puso en pie de golpe.

—¡Me vas a manchar los zapatos, pedazo de torpe!

Celia tenía la cabeza baja, contemplando el suelo sin expresión alguna. Ni el fuerte sonido del plato rompiéndose contra el suelo ni las palabras fuertes de Patrice lograron que se estremeciera tanto como ante el sonido de Edwina levantándose de la silla.

—¿Qué es esto, doncella? —dijo la mujer con un tono tan calmado como feroz—. ¿Acaso has olvidado tu tarea? ¿Por qué no estás

limpiando ese suelo?

Fue como si esas palabras encendieran un mecanismo. Celia se enderezó y caminó con paso rápido a la cocina, para volver apenas un segundo después con un recogedor y un cepillo entre las manos.

Patrice ocultó sus labios tras una mano, escondiendo una sonrisa por la reprimenda de su madre hacia Celia. Volvió a sentarse junto a Henrietta y ambas retomaron su conversación anterior, aunque esta vez con menos intensidad y más miradas ladeadas para ver qué ocurría. Edwina, por su parte, estaba de pie junto al plato roto. Sus brazos estaban cruzados y sus ojos seguían atentamente cada movimiento que hacía Celia.

La joven puso de rodillas el en suelo y empujó los pedazos de cerámica hasta el recogedor. Pasó el cepillo varias veces para asegurarse de que no quedaba el menor resto que pudiera molestar a las habitantes de la casa. Iba a ponerse en pie para tirar el plato, pero Edwina intervino antes de que tuviera ocasión.

—Asegúrate una vez más de que no has dejado resto sin recoger.

Celia obedeció. Sus rodillas regresaron al suelo y su espalda volvió a agacharse para pasar el cepillo por toda la extensión. Concluida esta tarea no se levantó, tan solo esperó nuevas órdenes por parte de Edwina.

—Ahora fregarás todo este suelo. Patrice, Henrietta, podéis retiraros. Esta torpeza ha hecho concluir nuestra hora del té.

Las dos hermanas obedecieron de inmediato y se marcharon, a la vez que Celia iba a llenar un cubo de agua. Con un trapo en las manos volvió a arrodillarse en el suelo.

Comenzó a fregar las baldosas, obligada a centrarse en una fracción de la salita, pues en el centro seguía Edwina de pie. La mujer se acercó a ella y con su pie frenó el movimiento del trapo.

—Doncella.

Celia se detuvo, dejando el trapo sobre el cubo y enderezándose para escucharla.

—¿Sí, señora Elton?

—¿Qué es lo que ha ocurrido? ¿Por qué rompes nuestra porcelana como si fuera una baratija fácil de reemplazar?

A pesar del nudo que oprimía su garganta, Celia se obligó a dar

esa respuesta a la que estaba tan acostumbrada:

—Lo siento mucho, señora Elton. Prometo que no volverá…

—No quiero promesas —dijo en un tono más alto, cortando sus palabras—. Quiero que me respondas. ¿Qué ha pasado para que cometas tal error en tu trabajo?

—Me distraje por un momento. Le prometo que no ocurrirá de nuevo.

—¿Distraerte, con esas historias de bailes y caballeros? —dijo con un toque de ironía en su voz—. Ese mundo es ajeno a ti. No debes centrarte en ello, sino en tu trabajo. ¿Queda claro?

Los ojos de Celia estaban en el suelo, y su voz sonó cada vez más baja.

—Queda claro, señora Elton.

—Sin embargo, ni siquiera puedes hacer bien eso —miró de reojo el cubo. Con ese gesto bastó para que Celia volviera a coger el trapo húmedo—. Termina tu tarea. Cuando esté hecha, ve a mis aposentos. Tengo más trabajo para ti hoy.

—Sí, señora Elton.

La mujer salió de la salita. Solo entonces Celia pudo tomar una profunda bocanada de aire. No se permitió dejarse llevar por los sentimientos mucho más.

Volvió a meter el trapo en el agua y lo agarró. Arrugaba su piel y entumecía sus dedos por el frío. Quiso terminar pronto esa tarea, antes de que sus manos y rodillas comenzaran a doler. Después tendría que prepararse para el resto de trabajo del día. Suficiente como para poder distraerse de pensar en Richard Maddox.



No era fácil para Celia alejar esos recuerdos. Edwina permanecía callada y estoica, sabiendo cuándo sacar el tema y cuándo mantenerlo en el olvido. Sin embargo, Henrietta y Patrice no parecían capaces de pensar en otra cosa. Sus conversaciones eran sobre los caballeros y sus acciones siempre tenían el próximo baile en mente.

Una tarde decidieron ir a la ciudad más próxima, a su esplendorosa calle comercial, para aprovisionarse de nuevas joyas y de algunas

piezas de ropa. Fue tarea de Celia acompañarlas para cargar con cada una de sus nuevas adquisiciones.

Lo primero que compraron fueron dos sombreros nuevos llenos de adornos. Quizá no les fueran útiles para los bailes, pero quién les decía que no podían encontrarse con un caballero paseando por el parque o por el campo en una pacífica tarde. Celia se encontraba cargando con estas dos cajas cuando Henrietta se distrajo y la hizo acompañarla al interior de la pastelería.

Permanecía junto a su hermanastra, esperando la compra que quisiera hacer, mientras Henrietta contemplaba los dulces de la vitrina después de saludar con una sonrisa a la pastelera.

El instante no duró mucho y no llegaron a comprar ningún dulce. De pronto, Edwina entró y tomó del brazo a su hija.

—Mis disculpas, señorita. Ha habido una pequeña confusión —le dijo a la pastelera, para después acercarse a Henrietta y susurrarle —. ¿Es esto lo que hemos venido a hacer aquí? Olvídate de los dulces, ya estás engordando suficiente.

Así la sacó de la pastelería. La joven llegó a lanzar una última mirada al mostrador. En el mismo silencio en que había entrado, Celia las siguió al exterior.

La siguiente parada fue la joyería, el lugar donde Edwina fue más permisiva. Patrice se probaba un colgante mientras Henrietta contemplaba unos adornos del pelo.

—Mira esto. Sin duda deslumbraría a la luz de las velas del baile.

—No seas tan ostentosa, a los hombres no les gusta eso. Hay que ser elegante.

—Yo diría que al señor Maddox le gustó mi collar en el último baile. Y estoy segura de que el otro caballero que me sacó a bailar lo hizo por eso mismo.

—Por supuesto, ¿qué más ibas a tener tú para que te invitaran a bailar?

Edwina las mandó callar al ver hacia dónde se dirigía la conversación, y las hermanas se centraron en su reflejo en el espejo mientras seguían probándose joyas.

Celia vio un asiento vacío para los acompañantes que debían esperar mientras las clientas veían la mercancía, pero no se sentó.

En su lugar se dedicó a mirar las distintas vitrinas, apreciando las joyas que había a la venta.

Encontró un broche de oro con una perla adornando su centro. Se veía hermoso, toda una pieza de lujo. Demasiado suntuosa para sus hermanastras, impensable para ella. Esa familia no podría pagarla. Aun así, a Celia le agradó el imaginarse llevándola, luciéndola en el mismo vestido que había llevado al baile en la mansión de los Maddox. Un prendedor sería útil, también, para reparar alguna imperfección del vestido que se le escapara.

Aquella tarde había salido de la casa, lo cual era un suceso extraño y especial. Quizá su mente también podría salir de su jaula, permitiéndose fantasear con joyas y con bailes, con recuerdos que más bien parecían sueños.

Hizo lo mismo cuando fueron a visitar un atelier. Patrice y Henrietta pasaron y Celia permaneció en el exterior, con cuidado de que el viento no volcara las cajas de sombreros.

Había un vestido en el escaparate, seguramente una de las mejores creaciones de aquel atelier. Era azulado y con adornos de flores, y Celia no podía imaginarse llevando algo así. Igual que el broche, sería demasiado caro y de ninguna forma apropiado para ella. Ni siquiera se parecía a la prenda que ella misma había cosido en su ático para poder llevar al baile.

Sin embargo, tomó nota de algunos detalles. La cinta que llevaba en la cintura, cubriendo con elegancia la línea de costura. Los adornos de pequeñas flores de tela a lo largo del escote. La puntilla en el borde de las mangas. A su lado había unos guantes también bordados, pensados para llevar con ese traje en las veladas de la noche.

Quizá unos adornos como aquellos podían tapar los errores de su vestido, inevitables al no haber sido realizado en un atelier profesional. ¿Habría entre las prendas de las que Patrice y Henrietta ya se habían aburrido algún adorno que pudiera servirle? ¿O podría encontrarlo en sus vestidos viejos? Quizá incluso de alguno ya inservible por tener agujeros de las polillas podría obtener algo.

En el atelier vendían esa clase de adornos, pero Celia no tenía el dinero ni la libertad para entrar al interior y comprarlos. Aun así, se

atrevió a jugar una carta.

—Mire estas flores de tela —comentó con pasividad—. ¿No quedarían hermosas en su nuevo sombrero, señorita Seymour?

Edwina la mandó callar sin que Celia tuviera apenas tiempo de terminar la frase. Pero los adornos habían llamado la atención de Patrice y ya no había manera de quitarle aquel capricho. Edwina tuvo que comprarlos. Celia solo podía esperar que algunas de esas flores sobraran y ella pudiera recogerlas con discreción.

Pronto la visita a la calle comercial terminó, así como las oportunidades de Celia de fantasear con joyas o con vestidos, mucho menos con bailes y caballeros. Regresaron a la casa y la primera orden de Edwina fue que ordenara todo lo que habían comprado, para después ponerse al día con todas las tareas de la casa que no había cumplido por haber salido a la ciudad.

5

ESCRIBIR DOCENAS DE CARTAS esperando que alcanzaran a una sola persona era como lanzar un mensaje en una botella al mar. Era descorazonador, pero era todo lo que aquel caballero podía hacer.

Era la última opción que le quedaba, si ese plan no funcionaba bien, podría rendirse, por mucho que le causara dolor de corazón. Mas no todavía, mientras firmaba una carta tras otra, mientras una débil llama de esperanza se esforzara por iluminar.

Días después, el correo llegó a la casa de las Elton. Celia se encontraba en su ático en aquel instante.

Tenía que sostener una vela, porque por la pequeña ventana de su estancia no entraba todavía suficiente luz. El sol apenas comenzaba a asomarse en el horizonte y la joven quería aprovechar esos breves momentos antes del amanecer, de tener que bajar a preparar el desayuno para las señoras.

Había abierto el armario y se había detenido a contemplar el vestido que colgaba de su puerta, el que llevó al baile. En los últimos días había estado arreglando algunos pequeños detalles, costuras que se habían deshecho durante la noche. Era algo propio de un vestido viejo y que hacía tanto que no se usaba para bailar.

Ese vestido era suyo, aunque parecía pertenecer a una vida anterior. Lo había llevado antes de la muerte de su padre, cuando todo era más brillante y colorido. Había permanecido esos años encerrado en el armario, igual que el resto de prendas que no correspondían a una criada.

Había vuelto a sacarlo pensando en el baile, en remendar los daños que le habían hecho los años de abandono y hacer los cambios necesarios para adaptarla a su nueva talla. Siempre había estado orgullosa de su habilidad para coser y bordar, incluso Edwina apreciaba esa capacidad de su hijastra.

Entre los otros vestidos, viejos y sin esperanzas de ser reparados, encontró una cinta que podía poner en la cintura de su traje de noche, igual que como había visto en el atelier. Comenzó a colocarlo con alfileres y a cerrarlo con un pequeño lazo a la espalda. Estaba contenta con el aspecto que tenía y pensaba comenzar a coserlo

cuando unos gritos desde abajo la alertaron.

—¡La carta! ¡Es una invitación!

Otras voces respondieron, aunque Celia solo podía distinguir con claridad la más fuerte de todas, la de Henrietta. El hecho de que las tres estuvieran ya levantadas, aunque estuviera segura de que aún no era su hora, la obligó a darse prisa.

Cerró el armario, guardó la llave y bajó la escalera que daba al ático. Cruzó el pasillo y llegó hasta la planta principal, donde descubrió a las tres mujeres reunidas junto a la puerta de entrada. Edwina sostenía un papel en las manos que las tres miraban como si se tratara del tesoro más valioso del mundo.

—Ni siquiera es una impresión, está escrito a pluma.

—Lo ha escrito a mano para nosotras. ¿Puedes creerlo?

—"Estimadas señoritas" —comenzó a leer en voz alta Edwina—. "Me complace invitarlas a un nuevo baile en mi mansión, que tendrá lugar el próximo jueves día doce a las nueve en punto. Espero con ansias su visita. Quiero expresar a todas las damas de la familia Elton-Seymour mi deseo de poder verlas de nuevo y compartir un baile con ellas. Atentamente, Richard Maddox."

Parecía que las hermanas se iban a desmayar de emoción. El corazón de Celia no se sentía muy diferente. Estaban tan distraídas por el correo que pudo pasar con discreción detrás de ellas, dirigiéndose a la cocina y fingiendo que no había escuchado nada.

Celia comenzó a preparar los platos y servir las tazas. Dentro de la cocina nada se sentía diferente en esa mañana. En el exterior, Patrice y Henrietta se peleaban por la carta, queriendo leerla y releerla una y otra vez.

Para Celia no era necesario. Solo había escuchado su contenido una vez y este ya se repetía como un eco en su interior.

Cada acto de esa noche fue una demostración de valor, igual que en el primer baile. Celia no lo consideraba así, pero su corazón estaba repleto de miedo y, aun así, seguía actuando.

Limpió la casa como habría hecho cualquier otra tarde. Ayudó a Patrice y Henrietta con sus vestidos. Preparó una pequeña cena solo

para sí misma. Acudió a la puerta cuando Edwina la convocó.

Fue Edwina quien abrió la puerta que daba a la calle. El carruaje ya estaba esperándolas y dejó que sus hijas salieran, vestidas con sus mejores galas. Durante esos instantes no apartó la mirada de Celia.

¿Qué querían decir aquellos ojos fríos? Quizá eran una advertencia para que no las siguiera, o un recordatorio cruel de que las hermanas Seymour podían ir a esos bailes y ella no.

Aquella mirada debería haber amedrentado su voluntad. Así lo creyó Edwina mientras cruzaba la puerta, cerrando con llave y dejando a Celia en el interior. Podía salir por la cocina, podía buscar otra llave en el escritorio, aquella no era una barrera real. Todo estaba en la imaginación de ambas.

Celia no comprendía del todo cómo funcionaba su voluntad. Pero las palabras de la invitación de Maddox seguían resonando en su cabeza, y no se detuvo.

Esperó a que el carruaje se marchara, hasta que ya no podía oír sus ruedas ni los relinchos de sus caballos. No se retiró de la puerta hasta entonces. Luego, ascendió escalón a escalón hasta su ático, donde escondía un tesoro tan oculto como sus intenciones esa noche.

Igual que en el baile anterior, sin dejarse llevar por el miedo, se puso su vestido, se arregló como cualquier otra dama en esa noche de gala. Dio una vuelta sobre sí misma contemplando el oleaje de sus telas en el cristal del viejo espejo.

Se puso los guantes y recogió su cabello en un moño adornado. Iba igual que en el baile anterior, Maddox la reconocería si quería hacerlo. Si no, podría regresar sin que nadie más se percatara, como ya había hecho una vez.

Tenía todo el plan en su cabeza y no dejaba de repetirlo. Era lo único que le hacía creer que tenía un poco de control en medio de una vida de decisiones tomadas por otros. Mientras el miedo no se apoderara de ella podría acudir al baile esa noche.

Se repitió lo mismo que en aquella primera noche: ella aparecía en la invitación, por lo cual estaba en su derecho de acudir.

Lo último que hizo fue levantar una tabla del suelo del ático y contar las monedas que escondía bajo esta. Recogió un puñado y las

guardó en el ridículo que llevaría con ella al baile.

Se escabulló por la puerta de la cocina y cruzó el jardín hasta salir de la propiedad. Levantó los bordes de su vestido para que no se manchara de barro y avanzó por el camino de tierra. Tenía una dirección que seguir y no estaba demasiado lejos, esa era la suerte que tenía.

Cuando llegó a la calle comercial encontró los carruajes donde siempre acostumbraba a tomarlos. Subió a uno de ellos y le indicó la dirección. Mientras los caballos avanzaban Celia tuvo que revisar muchas cosas: revisó que no hubiera manchas en su vestido, comprobó que su moño no se hubiera deshecho demasiado, contó las monedas para asegurarse de que tenía suficiente dinero para pagar ese viaje.

Todo encajó. Como si el destino estuviera de su parte, pudo llegar al baile sin que el menor problema surgiera.

El cochero saltó de su asiento para abrirle la puerta y le tendió la mano para ayudarla a bajar. Le deseó una feliz noche con una amabilidad especial.

Había un mayordomo en la puerta recibiendo a los últimos invitados. Celia se inclinó ante él y este le preguntó su nombre.

La joven respondió con la verdad. Si sabía algo con seguridad era que ella estaba en la lista de invitados.

Maddox siempre había sentido orgullo de todo lo que le rodeaba. Su porte, su cuerpo, sus riquezas o su mansión eran detalles que no le habían preocupado jamás. Cuando tenía que recibir invitados o saludar a alguna figura importante no había la menor cantidad de inseguridad en su interior, pues sabía que tenía todo lo que hacía falta.

Aquella noche era diferente y se podía apreciar en las flores de la pared. Esas flores que decoraban todo el salón con todavía más exceso y belleza que en el baile anterior. Maddox había pedido más flores a sus criados, había estado atento a la forma en que las colocaban, había hecho una gran cantidad de cambios que habían dejado agotados a los trabajadores. Y todavía las miraba con cierta

inseguridad, como si sus esfuerzos hubieran dado lugar a un salón de baile menos elegante que antes.

Esa inseguridad también estaba presente en su propio peinado o en los adornos de su traje. En aquella ocasión sí que había visitado el vestidor para asegurarse de que todo estaba pronto. Después se había colocado en el centro de la sala, como correspondía, para ir recibiendo a los invitados.

Ya no quedaba rastro del orgullo y la caballerosidad con la que recibía a cada uno de ellos, consciente de lo felices que eran por estar allí. En su lugar los miraba y los saludaba uno a uno mientras sus ojos no dejaban de moverse hacia los que llegaban después.

Sabía que no estaba dando una buena imagen en absoluto. Probablemente parecía un joven tímido y enamorado que buscaba a una dama entre la multitud, quien le rechazaría con cortesía en cuanto tuviera ocasión de acercarse a ella.

Era una imagen ridícula, y deseaba poder controlar sus nervios y su miedo para dejar de verse así. Aunque no le era posible, solo quedaba esperar que las mujeres no quisieran empezar a esparcir rumores sobre alguien de su posición.

Al fin tuvo que saludar a las hermanas Seymour. Celia no estaba con ellas y eso hizo que le invadiera una decepción que tuvo que controlar de inmediato. En el baile anterior, si recordaba bien, tampoco las había acompañado.

La bienvenida a Dawn no ayudó a facilitar las cosas. Se habían inclinado con educación, como siempre, pero en cuanto había tenido ocasión le había susurrado con una sonrisa ladina:

—¿Se encuentra nervioso?

Maddox había contenido un suspiro exasperado. ¿Y los rumores decían que iba a terminar casándose con esa mujer? No sabía cuánto tiempo podría aguantar una actitud como la suya.

Por supuesto que tenía razón, por supuesto que cada vez se veía más invadido por los nervios conforme la cola avanzaba y quedaban menos personas a las que dar la bienvenida. Su corazón temía que no fuera a encontrar a Celia entre ellas, que no hubiera acudido al baile y de ese modo la hubiera perdido para siempre.

Y quizá temía, también, volver a encontrarse con ella.

Sin embargo, el milagro sucedió. Y Maddox pudo distinguir el brillo de Celia entre la multitud.

Cuando la vio, no sintió nada de miedo. Todo lo que le invadió fue un alivio inmenso, como si al fin pudiera volver a respirar.

Quedaban pocas damas por presentarse, y Maddox sintió pena por aquellas que estaban delante de él en ese momento, pues ni siquiera llegó a mirarlas a los ojos. Cuando la encontró todo el baile se redujo a ella. Su vestido estaba adornado por algún detalle nuevo, y tenía el abanico extendido para ocultar su rostro. Esa acción que trataba de esconderla hizo que Maddox la reconociera al instante.

La siguió siempre de reojo hasta que llegó su turno. Se inclinaron a la vez, en una sincronización perfecta. Maddox no dejaba de contemplarla y ella ladeaba la mirada, sin que sus ojos llegaran a encontrarse. El instante fue breve, pero no importó.

Los saludos terminaron y el baile comenzó al fin.

Cuando los músicos estuvieron preparados Maddox deseó ir a buscar a Celia y pedirle el primer baile, aunque sabía bien que no le estaba permitido. Dawn estaba ahí y había un trato no escrito entre las dos familias de que ambos debían compartir al menos una pieza de música.

Si ya era difícil su situación, la sonrisa de Dawn no ayudaba en absoluto. Para ella aquel baile parecía ser un puzle, una incógnita que tenía que resolver. ¿Quién era esa dama que no dejaba de ocupar los pensamientos de Maddox? ¿Qué sucedía con ella? Si él insistía en que no se trataba de un asunto romántico, ¿qué había detrás de todo eso?

Maddox solo podía ser discreto, cumplir con su papel y tratar de evitar cualquier mirada curiosa de su vieja amiga. Si hacía todo eso quizá lograra salir ileso de ese primer baile.

En la segunda pieza tampoco tuvo ocasión de acercarse a Celia. Había invitado a todas las hermanas de la familia, a las tres, por lo que tenía que prestarles atención.

Eligió entre ambas hermanastras al azar. Le pidió el baile a Henrietta, quien pareció sobrecogida por la emoción. La tomó del brazo y se dirigieron al centro del salón.

Después de tener como pareja a una bailarina tan experimentada como Dawn, el baile con Henrietta se volvió complicado. No tuvo apenas ocasión para pensar en las apariencias o en qué estaría haciendo Celia en ese momento, pues todo giraba en torno a dirigir a su pareja en aquella contradanza para que ninguno de los dos terminara en el suelo.

El baile acabó y Maddox respiró hondo. Se concedió unos segundos para recuperarse y luego le tendió el brazo a Henrietta para llevarla de vuelta con su hermana. Le prometió a Patrice que le concedería otro baile a lo largo de la noche, pero que a su pesar en esos instantes tenía otras invitadas a las que prestar atención.

Tuvo una breve conversación con las hermanas Eastwood, siendo consciente de que también estaría obligado a dedicarles algunos bailes a ellas. La fiesta sería larga y tendría tiempo para todos esos compromisos. En ese momento quería cumplir su deseo de la noche.

Encontró a Celia sentada, cubierta por el abanico y sin pretender llamar la atención de ningún caballero. Maddox se inclinó ante ella.

—Señorita Elton —comenzó, mirándola a los ojos—. No sabe lo feliz que me hace tenerla aquí esta noche.

Sus ojos estaban muy abiertos, como si esas atenciones fueran una sorpresa para ella.

—Señor Maddox —susurró, para luego bajar la mirada—. Gracias por su amabilidad, y permita que me disculpe…

—No hay nada por lo que disculparse. Esta es una noche para disfrutar.

No esperaba aquellas palabras. Lograron que descubriera su rostro y buscara los ojos de aquel joven.

—Es usted un anfitrión mucho más amable de lo que yo he sido.

Sacudiendo la cabeza, Maddox le tendió la mano.

—El próximo baile empezará pronto, y no puede haber mayor honor para mí que el que usted sea mi pareja.

Tan sonrojada y tan tímida como la otra noche, Celia no pudo sino aceptar.

Se encontraron en el centro del salón, sus manos entrelazadas, sus pies en posición para moverse al ritmo de la música. Los nervios y el miedo a ser descubierta por alguien abandonaron muy pronto a

Celia, en el instante en que la primera nota comenzó a sonar.

Maddox no soltó sus manos mientras ambos cuerpos comenzaban a entrelazarse en el baile. La forma de moverse de Celia era tan especial y tan única, y él lo apreciaba con admiración. Era un estilo diferente al que podía venir de la educación estricta de las familias más ricas, como el que tenía Dawn, siguiendo los pasos a un ritmo perfecto y entrenado. No por ello era menos elegante.

Tampoco se movía como Henrietta. Había mucha ilusión en ella al bailar, era cierto, pero no la exteriorizaban de la misma forma. Parecía que Henrietta bailaba dejándose llevar por la emoción antes que por la música. Celia, sin embargo, hacía que ambas convergieran en una armonía perfecta.

Su corazón guiaba sus pasos y Maddox solo podía intentar seguir ese compás, ser el acompañante que ella merecía tanto con música como sin ella. Por eso la tomó del brazo cuando la pieza terminó.

—Señorita Elton, se ve agotada —dijo, aunque era mentira. Pocas veces la había visto tan radiante como en ese momento—. ¿Me permite acompañarla?

Hicieron como en la primera fiesta. Con Celia de su brazo, Maddox fue hasta el balcón, cerró la puerta tras ellos y permitió que la noche los acogiera.

Celia se colocó con comodidad en su borde, las manos apoyadas en su barandilla. Había una sonrisa en su rostro que trataba de contener y un brillo en sus ojos que no era posible ocultar. Fue inevitable que Maddox sonriera también.

—Era completamente sincero —dijo Maddox mientras se colocaba a su lado—. No se imagina lo feliz que me hace tenerla aquí esta noche, señorita Elton.

—Diría que es usted, señor Maddox, quien no es capaz de imaginar lo feliz que me hace este baile. Es por eso que he regresado —sus palabras se detuvieron por un instante, con una mirada melancólica hacia el firmamento—. Es como un sueño maravilloso, una fantasía de felicidad en medio de una vida cotidiana.

Maddox quería decirle tantas cosas: que deseaba que esos instantes no fueran un sueño para Celia, sino algo que pudiera vivir cada día. Que la vida que estaba viviendo no era cotidiana ni

normal, de ninguna forma. Que no debía estar sufriendo así.

No podía decir lo que en realidad pensaba, no podía ser sincero con Celia y espantarla de nuevo. Todos los avances que había hecho esa noche se perderían, lo supo cuando la miró y vio que sus ojos se habían entristecido de nuevo.

—Se lo agradezco, señor Maddox. Aunque siento que no lo merezco.

El joven se acercó a ella con pesar.

—Señorita Elton…

—Después de la forma terrible en que le rechacé no debería estar aquí. He venido con intención de pedirle perdón…

—Señorita Elton, por favor —interrumpió Maddox con un ligero toque de severidad, suficiente como para detener esa espiral de amargura en la que se sumía—. Soy yo el que debería disculparse.

La joven lo miró con extrañeza en los ojos, incapaz de comprender sus palabras. Maddox se explicó.

—Olvidé mis modales al presentarme de esa forma en su casa. Sin duda, se sintió sobrecogida y asustada. Fue culpa mía por haberla tratado así y prometo no volver a causarle esa angustia. Invitarla a este baile fue mi forma de pedirle disculpas, y espero que su presencia aquí indique que me ha perdonado.

Al principio la joven no fue capaz de decir palabra alguna. Aquella sinceridad la había sobrecogido tanto como la visita de Maddox aquella tarde y solo pudo callar. El joven aguardó todo el tiempo que ella necesitara.

—En ese caso, aun cuando ya no parecía posible, me alegra más todavía haber venido aquí —dijo finalmente, haciendo sonreír a Maddox.

—Cuando envié esa carta, me preocupaba que no pudiera leer el mensaje que quedaba entre líneas —comentó—. Pero usted es inteligente. Me alegro de que haya funcionado, porque temía que no acudiera y me viera obligado a bailar con sus hermanastras a cambio de nada.

Celia se puso una mano sobre los labios, aunque apenas pudo contener la risa tímida que provocó. Maddox rio también. Él tenía una libertad mucho mayor para expresar lo que ella sentía.

—Temo ser indiscreto y asustarla de nuevo —dijo Maddox—. No obstante, no puedo evitar que me intrigue su historia, con sus hermanastras y su madrastra. Es una situación familiar que nunca había visto.

Celia tardó unos segundos en responder. Maddox estaba preparado para abandonar esa conversación y cambiar de tema pero, para su alivio, en aquella ocasión la joven se mostró más abierta.

—No es una situación tan extraña, créame. Mi padre era un viudo con una hija, mi madrastra era viuda con dos hijas. Se casaron en segundas nupcias. ¿No conoce a ninguna familia así?

—No una que actúe como la suya, desde luego —Celia evitó su mirada—. Por lo que tengo entendido, su padre murió una vez casado con la señora Elton.

—Así es. Hace cinco años de aquella tragedia.

—Aun así, permítame darle mi sincero pésame —susurró—. Hasta aquí termina lo que he visto comúnmente en otras familias. Señorita Elton, usted es una mujer adulta. ¿Puede decirme, si no es indiscreción, por qué depende de una señora que ni siquiera es su madre?

Celia cerró los ojos durante unos segundos, con un cierto temor presente en su expresión. Aun así, Maddox recibió la respuesta que buscaba.

—Dependo de ella, es cierto. Como ella depende de mí.

—Eso no es lo que he creído apreciar —Maddox habló entre dientes.

—Deje que se lo explique y tendrá sentido, por favor. Tras la repentina muerte de mi padre, la herencia se dividió —contó Celia—. Todo lo que tenía: la casa, su jardín y la renta que nos daba de comer. Pasó a pertenecernos a las dos, a la viuda y a la huérfana, y cada una se quedó con la mitad. Una cantidad que no es suficiente, de ninguna manera, para que una mujer pueda vivir y prosperar sola.

—De modo que están obligadas a seguir conviviendo en esa casa —completó Maddox, y Celia asintió—. Lo lamento.

—No se lamente. Es la casa de mi padre y soy feliz viviendo en ella. Es nuestro hogar.

—Aun así, tiene que convivir con la señora Elton. Y ella no actúa como debería hacerlo la dueña parcial de una casa. Ni la trata como debería tratarse a una hijastra.

—No diga eso, por favor —insistió Celia—. La señora Elton ha trabajado muy duro por proteger nuestra hacienda. Lo hizo cuando mi padre acababa de morir y yo no tenía fuerzas para actuar de forma alguna. Mientras yo le lloraba ella organizó todo para que pudiéramos seguir viviendo en esa preciosa casa.

—¿Y eso incluía convertirla a usted en la doncella? —para el pesar de Maddox, Celia asintió.

—El dinero que nos corresponde no era suficiente como para poder permitirnos una criada, y una casa señorial como esa necesitaba a alguien que la cuidara. Se me permitió tomar ese papel y yo lo hice.

Las manos de Maddox se apretaban bajo sus guantes y se obligaba a contener su lengua. Cada palabra que Celia decía y el tono natural con que las pronunciaba despertaba en él una ira que no podía expresar, tan solo podía responder con sutileza.

—Hasta donde tengo entendido, no es propio de la propietaria de una casa ser a su vez la criada.

—Quizá. Ya le he explicado nuestra particular situación. Y necesito que sepa que no es una desgracia para mí como usted la considera. Estoy contenta con cuidar de la casa de mi padre y de sus jardines, mantener tan hermoso como merece el lugar que él habitó.

Maddox se detuvo por un instante a pensar en sus propias sirvientas, aquellas a las que nunca había prestado la atención suficiente. Una mansión tan grande como aquella necesitaba mucho más personal. Su labor era imprescindible, era cierto, pero, ¿lo considerarían ellas así? ¿Valorarían su trabajo y lo mostrarían con tanto orgullo como Celia? No lo creía. Las recordaba de rodillas fregando los suelos y dudaba que nadie pudiera gozar de ello.

—¿Qué es lo que más disfruta, si me permite la pregunta? —dijo Maddox, encontrando la forma más sutil de expresar esos pensamientos—. De todas esas tareas que hace en la casa.

No esperaba que Celia fuera a tener una respuesta.

—El jardín. Siempre fue muy importante para él, quería tener un rincón hermoso en su patio. Cultivaba árboles frutales y flores, y

estos crecían en todo su esplendor. Era maravilloso en manos de mi padre y he procurado que siga siéndolo.

Hablaba con tanta ilusión que logró contagiar esa emoción a Maddox. Era un tema más agradable que la amarga realidad a la que la vida había arrastrado a Celia, despertaba menos ira y compasión. Tomó la mano de la joven.

—En tal caso, permítame que la acompañe a otro rincón de la mansión. Pues aquí, desde lo alto, no se aprecia tanto como merece.

Los ojos de la joven se abrieron con sorpresa, pero tomó el brazo del caballero y se dejó guiar.

Atravesaron la pista de baile. Durante su ausencia, una danza había terminado y otra empezaba, aunque no le prestaron la menor atención. Tenían un lugar al que acudir más bello que aquel baile plagado de joyas y flores de tela.

Descendieron por las escaleras, recorriendo la mansión, mucho más inmensa de lo que Celia podía imaginar. Dejó que Maddox la guiara, pues ella se imaginaba que se perdería entre sus puertas y sus pasillos si se quedara sola. Mientras avanzaban admiraba la belleza de aquel lugar, los cuadros y decoraciones que adornaban sus pasillos, hasta que llegaron a su destino.

Cruzaron una puerta más y salieron al exterior. Todavía se encontraban en la finca de los Maddox, que se extendía por un terreno mucho mayor al de la casa. Había un jardín, pero más allá la naturaleza se apoderaba del terreno, convertido en un coto de caza para la familia con la misma naturaleza que un monte.

Maddox no la guió por esos laberínticos paisajes naturales en medio de la noche fría y oscura. En su lugar la llevó a otro sitio donde la luz y el calor no les abandonarían.

Tras apenas unos pasos en el exterior se encontraron con unas puertas de cristal que daban a un palacio del mismo material frágil. Maddox le abrió la puerta del invernadero y Celia pasó al interior con la misma emoción con la que había entrado al baile.

—Qué hermoso —susurró después de que Maddox le hubiera proporcionado algo de luz—. Y qué cálido. Jamás habríamos podido permitirnos algo así en casa, aunque mi padre lo habría adorado. Estas flores en esta época del año…

Por unos momentos, Maddox no necesitó decir nada más. Dejó que Celia se moviera por sí misma, revoloteando como un colibrí que había encontrado un festín de néctar.

Creía que nada podía volverla más resplandeciente que el baile, pero ahí estaba, rodeada de hermosas plantas que acariciaba con cariño o contemplaba sin atreverse a tocarlas. De vez en cuando murmuraba algo, el nombre de una de ellas o un gesto de admiración. A veces se detenía en medio de su paseo para oler una flor, o para respirar hondo y notar el aroma del aire.

Ese invernadero había sido un orgullo para la familia Maddox, y no era diferente para el miembro más joven. Pese a que era un lugar para llevar a visitas que deseaba impresionar, también servía para sentarse bajo sus hojas y relajarse, para disfrutar de un paseo por la naturaleza un día en que la lluvia no permitiera salir al exterior.

Había estado muchas veces en ese invernadero y siempre había apreciado su flora. Pero en aquella ocasión no se fijaba en planta alguna, solo en la dama que caminaba por él con la felicidad de una mariposa.

En una ocasión, Celia se detuvo muy cerca de él para contemplar la flor de una calatea que había a su lado. Sin embargo, Maddox aprovechó la ocasión para hacer un comentario que llevaba largo rato en su mente.

—Sabe, señorita Elton —dijo—. Recibimos muchas visitas en este invernadero, igual que en nuestro jardín. Y no hablemos ya de los parques, a cada cual más hermoso.

La joven levantó la mirada de la calatea, con una cierta sorpresa en su rostro.

—¿Por qué dice eso, señor Maddox?

—La vida social no se limita a los bailes, y si se ha permitido escapar aquí esta noche, creo que podría hacer lo mismo alguna tarde. Tiene mi invitación.

Antes de que Celia pronunciara palabra alguna Maddox supo que había cometido un error, solo por el temblor en su mirada.

—Se lo agradezco —dijo con toda la educación que correspondía—. Pero me temo que no es posible. Verá, solo poseo este vestido que he traído a los dos bailes. No tengo ningún traje de tarde.

Una vez más, la naturalidad de su tono de voz dolió más que las palabras. Maddox asintió con pesar.

—Comprendo. Aun así, todavía nos quedan las hermosas noches como esta.

Una pequeña sonrisa alcanzó a Celia, el pesar dejando poco a poco sus ojos.

—Gracias, señor Maddox.

Le hizo un gesto para que supiera que era libre de seguir contemplando el invernadero, y así lo hizo Celia. Volvió a deambular entre los espacios que las plantas dejaban en el suelo, fijándose en cada flor y cada hoja.

Maddox seguía observándola. Cuando ella no lo miraba en sus ojos se atrevían a aparecer la ternura y la lástima a partes iguales. Estaba tan atento a ella que notó cuando se hubo detenido más de lo habitual frente a una de las plantas. Extrañado por esto, Maddox se acercó a ella. Celia no se movió.

Se encontraba frente a un pequeño árbol, un retoño que estaba muy lejos de alcanzar todo su esplendor y espesura. Aun así, ya había dado frutos el último año.

—Se trata de un manzano —explicó mientras la dama seguía admirando sus hojas. Una mano se había extendido hacia ellas, pero no parecía atreverse a tocarlas.

—Lo sé —respondió—. Mi padre… En el jardín de la casa también tenemos uno. Ese ha vivido muchos más años, ha crecido tanto que puedes refugiarte bajo sus hojas en verano. Ya se podía cuando yo era pequeña. Mi padre lo cuidó durante años, logrando que creciera fuerte y hermoso. Yo trato de hacer lo mismo.

—No me cabe duda de que bajo sus manos seguirá prosperando —dijo Maddox. Vio la tristeza en los ojos de Celia mientras contemplaba el retoño, y Maddox se dio cuenta de que esa conversación no iba sobre árboles—. Amaba mucho a su padre, ¿no es cierto?

—No he conocido un amor más puro como el que él me dio —susurró, con voz rota—. Mi madre… ella murió al traerme al mundo. Mi padre tuvo que criarme sola, y cumplió con aquel papel con todo su corazón. Hizo de padre y madre. Durante años, esa mansión nos

perteneció solo a nosotros dos, y se convirtió en el hogar más maravilloso que pude soñar.

Maddox pasó unos segundos dudando sobre qué responder a una expresión de sentimientos tan sincera.

—Estoy seguro de que usted ha heredado mucho más de su padre —susurró Maddox—, si fue tan bueno y dulce, tan perseverante ante la adversidad

Aquellas palabras hicieron a Celia sonreír con melancolía. Maddox alzó una mano y acarició con suavidad una de las hojas del manzano.

—Me alegra que pudiera tener un padre tan bueno, que le dio el amor que merecía —dijo—. Y me rompe el corazón que lo perdiera. Yo… por desgracia, sé lo que es perder un cariño como ese, a una persona tan especial.

Quizá solo podía responder a la sinceridad con sinceridad.

—¿Quién fue? —preguntó Celia, con tanta compasión en los ojos como Maddox había tenido apenas unos segundos atrás.

—Mi madre —susurró—. Ha dicho que su padre enfermó de pronto y se fue rápido, ¿cierto? En su caso fue todo lo contrario. Padeció una enfermedad larga, un sufrimiento que duró demasiado —tuvo que tragar saliva al notar un nudo en la garganta—. Yo era un niño entonces. No recuerdo los detalles, apenas su angustia y los largos tiempos que pasaba sin poder siquiera salir de la cama…

Sus palabras perdieron fuerza. Lo único que se la devolvió fue sentir la mano de Celia sobre su brazo.

—Hay algo que recuerdo de forma demasiado clara —susurró Maddox. Parecía que la puerta se había abierto y las palabras escapaban sin parar—. Como le he dicho, yo era un niño y ella no tenía fuerzas para salir del dormitorio en sus últimas semanas. Mi padre nunca me dejó entrar ahí. No me permitió verla ni acompañarla en sus últimos días. No… no me permitió despedirme.

Sentía que las lágrimas querían acudir a sus ojos, aunque las contuvo. ¿Por qué? Habían pasado tantos años ya… el recuerdo seguía siendo doloroso, pero nunca hasta el punto de hacerle llorar.

Tenía la cabeza baja y su cuerpo se sentía ausente. Cuando Celia le acarició el brazo pareció volver a la realidad, guiado por el sonido de

su voz.

—Recuerda lo que le he dicho, que mi madre murió al traerme al mundo, ¿cierto? Nunca llegué a conocerla. Aun así, mi padre siempre me contó que ella sí que me conoció a mí. Que aunque yo no hubiera nacido, ella era ya mi madre. Decía con seguridad que sus últimos momentos los pasó pensando en mí. Fui su último suspiro en este mundo. Así fue con mi madre. Y estoy segura, señor Maddox, que lo mismo ocurrió con la suya. Con usted a su lado o no, jamás dejó de pensar en su hijo.

Maddox se quitó un guante y se pasó una mano por el rostro. Contempló las finas lágrimas que habían quedado en las puntas de sus dedos.

—Qué noche de baile está siendo esta —dijo con una sonrisa amarga—. ¿No es una ocasión de celebración?

—Sea en el salón o en el jardín, bailando o conversando, esta noche ha sido muy agradable para mí.

Maddox sacudió la cabeza y se limpió las lágrimas del todo.

—Aun así, permítame disculparme —dijo—. La llevaré de vuelta al salón.

Le tendió su brazo y Celia lo tomó. Miró una última vez a su espalda, al pequeño manzano que crecía cada día en sus ramas y sus raíces. Maddox abrió la puerta y ambos abandonaron el invernadero, el frío de la noche recibiéndoles al salir.

Esos minutos de regreso los pasaron en silencio, en un intento de recomponerse tras los intensos instantes del invernadero. Volvieron a mirarse a los ojos cuando estuvieron ante la puerta que daba al salón. El rostro de Celia volvía a ser brillante, el de Maddox todavía no había recuperado todas sus fuerzas.

—Gracias, señor Maddox —dijo, como si así pudiera apartar todos los sentimientos amargos que la invadían—. Regresemos al baile.

Sacó su abanico y lo extendió. Maddox no dijo nada sobre ello, tan solo se inclinó ante ella, a modo de despedida. Celia hizo lo mismo y la pareja cruzó al interior.

Ella quedó en una de las sillas donde podía disfrutar de un momento de descanso a solas. Él siguió cumpliendo con su tarea de atender a las damas presentes y bailar con aquellas con las cuales

tenía un compromiso.

No se atrevía a buscar a Dawn para un nuevo baile. Ella descubriría enseguida la melancolía que había en su rostro. Tampoco se veía capaz de acercarse de nuevo a las hermanas Seymour, al menos por el momento. Distinguió a una de las Eastwood entre los presentes y le pidió el próximo baile a ella. Así bailó una cuadrilla con Christine, y la siguiente con Catherine.

Después de disfrutar del baile con la Eastwood más joven, Maddox se fijó en el reloj de pared. Por la hora que marcaba solo habría tiempo de un baile más hasta la medianoche. Eso fue lo que le impulsó para, apenas dejar a Catherine con su siguiente pareja, regresar junto a Celia.

Ella estaba en el mismo lugar donde la había dejado, sin charlar con nadie y con el rostro oculto. Lo descubrió apenas se acercó a ella.

—Señorita Elton, ¿tiene intención de volver a marcharse pronto, sin ni siquiera esperar a la cena?

La joven asintió. No había lástima en su rostro, simplemente le informaba de que así sería. Para Maddox fue suficiente.

—En tal caso, permítame acompañarla en un nuevo baile antes de nuestra despedida.

La tomó de la mano, como lo haría cuando las campanas del reloj sonaran y tuviera que acompañarla a la puerta, para que pudiera marcharse con discreción. Las doce campanadas llegaban, otra de sus noches se acababa y solo podían confiar en la suerte para volver a verse.

Pese a todo, todavía les quedaba ese baile. Y Maddox quiso que lo disfrutara como merecía, que la música y la danza hicieran despertar en su corazón unos sentimientos tan intensos como ella había causado en él durante la conversación en el invernadero.

Lo logró. Durante el último baile, Celia brilló como una estrella.

6

La melancolía no había abandonado a Maddox del todo aquella mañana. El aspecto pensativo seguía envolviéndole, sus ojos parecían esconder una tormenta de sentimientos.

No era tan grave como la anterior ocasión, por supuesto. Aquella mañana, se levantó de la cama y acudió a desayunar junto a su padre mientras charlaban sobre temas banales. Por unos breves instantes temió que fuera a hacerle preguntas demasiado acertadas sobre el baile, pero no fue así. De hecho, no hizo ni una sola pregunta relacionada con el acontecimiento de la noche anterior.

Maddox, a cambio, no pronunció una sola palabra sobre su madre. Así ambos mantenían la paz hogareña.

Su padre mencionó algo sobre una visita a la hora del té en la casa de las Merryweather, contra lo que Maddox no pudo protestar. El resto de la mañana fue para él y pudo pasarla hundido en sus meditaciones. Sobre Celia, sobre su madre, sobre lo que le esperaba cuando se atreviera a visitar a esas amigas de la familia.

Hacía un buen día, por lo que meditó en el exterior, paseando por la zona en la que el jardín limitaba con el coto de caza. No se acercó al invernadero.

Apenas se aproximó la tarde, regresó a su cuarto a vestirse, colocándose las ropas lujosas que merecía la visita a una familia como aquella. Quizá unas prendas suficientemente hermosas distraerían la atención de su rostro.

Aquello no funcionaría con las Merryweather, aunque quizá sí con algún otro invitado menos astuto y que no lo conocieran tan bien. Esperaba que, quizá, los Maddox no fueran los únicos invitados a la hora del té.



Cuando llegó, para su pesar, se encontró con que en la salita del té solo estaban la madre, la hija y una doncella que estaba sirviendo una jarra de leche.

Los dos Maddox se sentaron a la mesa. La señora Merryweather les recibió dándoles la enhorabuena por el baile y preguntándoles

cuántos terrones querrían en su té.

Parecía una conversación casual entre unos viejos amigos, sin que Maddox tuviera nada que temer. Pero conocía demasiado a las dos mujeres como para caer en aquel engaño. La señora Merryweather parecía actuar con más naturalidad, como si ningún pensamiento en especial la agobiara. Sin embargo, ese no era el caso de Dawn.

Con una sola mirada a su rostro, con esos ojos y esa sonrisa, uno adivinaba que esa joven estaba plagada de curiosidad y que deseaba encontrar una respuesta a cualquier precio.

Aun así, durante la hora del té, Dawn se limitó a cruzar miradas con Maddox y dirigirle de vez en cuando una sonrisa burlona. Al menos no tenía que preocuparse por que su padre notara nada de aquello.

Al terminar el té, el verdadero incordio comenzó. El señor Maddox y la señora Merryweather se acomodaron para charlar sentados junto a la chimenea, mientras que sus hijos permanecieron de pie junto a la luz que venía de una ventana.

—Bien, señor Maddox —comenzó Dawn, sin darle a él la menor oportunidad de evadir el tema—. ¿Va a resolver ya mi duda o tengo que formularle la pregunta?

Maddox apretó los labios y tomó aire.

—No sé de qué me habla, señorita.

Ella se burló con una risa silenciosa.

—¿Quién es su misteriosa dama? Ya tenía mis sospechas, pero anoche quedaron completamente confirmadas. Hay una hermosa joven a la que usted está cortejando.

—Sabe, creo que ustedes las mujeres hablan de cortejar con demasiada facilidad.

—¿Es así? O quizá usted no le da la importancia que se merece a los asuntos del corazón —alzó el índice para llamar su atención—. Baila con una joven dama. Un baile espléndido, todo sea dicho. Después acompaña a dicha dama al balcón. Y luego, además, la lleva fuera del salón. Nadie sabe a dónde fueron, desaparecieron durante dos piezas enteras. La gente empezaba ya a preocuparse por su ausencia. Cuando regresa deja a la joven en un asiento y ella no vuelve a levantarse ni a conversar con ningún otro caballero.

Usted baila con un par de parejas más y después regresa con su misteriosa dama para un segundo baile. Después de esa pieza se le pierde la pista, parece que ha abandonado la fiesta y usted vuelve a comportarse como cualquier anfitrión. ¿De veras no tiene nada que decir sobre este comportamiento?

Maddox tuvo que parpadear varias veces para asimilar aquellas palabras. Se sentía entre sobrecogido y aterrado con las dotes de observación de Dawn, y se preguntó si alguien más en el baile había estado tan atento a sus movimientos.

—Sabe, señorita Merryweather —fue lo mejor que se le ocurrió contestar—. Si estuviera menos atenta a los asuntos de los demás, seguramente el baile fuese más provechoso para usted y tuviera más posibilidades de encontrar un buen marido.

Aquellas palabras la hicieron reír con ganas.

—¿Habla de mis posibilidades de matrimonio? ¿Usted? Los rumores llevan años considerándonos una pareja que pronto pasará por el altar con la bendición de nuestras dos familias. Creo, señor Maddox, que el asunto de la misteriosa dama a la que usted corteja me afecta a mí más que a nadie.

Dawn no estaba celosa, Maddox lo tenía claro. Ojalá hubieran sido celos. Había sido más fácil lidiar con una Dawn furiosa, cargada por la envidia y la pasión que con una muchacha curiosa dispuesta a cualquier cosa por encontrar respuesta a sus preguntas.

A Maddox no le quedaba más opción. Tenía que ceder en algunas cosas.

—Es cierto que hay una dama. ¿Es eso lo que quería oír? —comenzó. La sonrisa que apareció en el rostro de Dawn no se sintió como una buena señal para él—. Usted no la conoce. De hecho, yo no la conocía hasta el anterior baile en mi mansión. Y, lo crea o no, el romance no estuvo presente anoche.

—¿De veras? Bailar dos veces con el anfitrión del baile es un gran elogio, no hablemos ya de lograr que se ausente contigo durante más de una pieza.

—No lo hice por elogio. Esa dama necesitaba alguien que la acompañara y era mi deber como caballero. Y, como usted ha dicho, se marchó más pronto que el resto de invitados. Por eso centré la

mayor parte de mis atenciones en ella antes de que nos dejara.

Dawn colocó un dedo en su barbilla, con aire pensativo.

—Qué caballeroso, señor Maddox. ¿Y le importaría decirme por qué colmaría tanto de atenciones a una dama, ofreciéndole ese trato especial entre todas las presentes, incluso pasando por encima de su más vieja amiga?

Maddox calló por unos segundos. No podía seguir evadiendo la pregunta y por ello debía meditar bien la respuesta que daría. Quizá fuera suficiente para saciar la curiosidad de Dawn al menos durante esa hora del té.

—Por circunstancias diversas he podido conocer la situación de esa dama. Y… no se encuentra en un momento fácil. No soy capaz de ayudarla tanto como desearía, solo me queda ofrecerle mi hospitalidad y mi amistad en la noche del baile. Esa es mi verdad. Espero que comprenda, señorita Merryweather, que revelar más sobre la intimidad de esa dama supondría una indiscreción.

Algo en el rostro de Dawn había cambiado. Maddox no sabía si sentir esperanzas o temer lo que fuera a venir ahora.

—Oh, señor Maddox —comenzó ella, y el joven se sorprendió al encontrar genuina compasión en su voz—. De modo que se encuentra en esa trágica situación.

Frunció el ceño.

—Es la dama de la que hablamos la que se encuentra en un mal momento, no yo.

—Y siente deseos de ayudarla, aunque no se ve capaz. Algo trágico para un hombre joven y rico como usted.

Maddox sintió que el color subía a su rostro.

—¿Qué está diciendo?

—Comprendo esa impotencia —dijo Dawn—. Y comprendo ahora por qué esa dama ocupa tanto su mente.

Poco a poco la expresión de Maddox se fue suavizando. Todavía no entendía bien a lo que Dawn se refería, sentía que nunca lo haría, pero quizá sirviera para que fuera menos inquisitiva en ese asunto.

—Y además es una dama. Si al menos tuviera que ayudar a otro caballero…

Maddox sacudió la cabeza.

—Me temo, señorita Merryweather, que no comprendo lo que quiere decir.

—Los asuntos del corazón son complicados —dijo ella—. La compasión y la lástima pueden serlo todavía más. Y me temo, señor Maddox, que cuando se juntan pueden causar una verdadera vorágine.

El joven entreabrió los labios. Cada vez le era más difícil responder a lo que Dawn decía. Creía entender sus palabras y a la vez le parecía que hablaba con acertijos.

Terminó llevándose una mano a la frente, con un suspiro.

—Quizá tenga razón, señorita Merryweather —dijo aun siendo conocedor de las consecuencias que podía tener lo que había dicho —, pues siento que no comprendo sus palabras… igual que no entiendo a esa misteriosa dama de la que hablamos.

Esta vez, Dawn le dio una sonrisa compasiva y le puso una mano en el hombro.

—Son los sentimientos más complicados que el ser humano puede experimentar. No le culpo.

—Desearía tener un mejor conocimiento sobre esos sentimientos —dijo. Inconscientemente, miró de reojo a su padre, que permanecía sentado al lado de la chimenea, junto a la señora Merryweather y ajeno a todo—. La verdad, desearía tener a mi madre para que me guiara a través de ellos.

Por fin había mencionado a su madre después de haber pasado todo el día sin dejar de pensar en ella. La mano de Dawn en su hombro fue un pequeño bálsamo para aliviar el nudo que había resurgido en su garganta.

—Puedo imaginarlo, y lo siento tanto —su voz sonaba ahora más suave que en toda la tarde—. Si bien debe recordar, señor Maddox, que hay una mujer dispuesta a cumplir con ese papel si entra en sus posibilidades.

Al pronunciar esas palabras, Dawn también había mirado hacia la chimenea.

Mientras ella se encontraba en el baile, el viento había soplado en su

casa y había causado en el jardín un pequeño caos de hojas y tierra. Así comenzó el día de Celia, con un rastrillo en sus manos y la necesidad de devolver el orden al jardín antes de ocuparse de las tareas en el interior. Edwina le había ordenado que esa jornada era imprescindible limpiar las alfombras.

No se encontraba sola en el jardín. De reojo había podido ver a Henrietta cruzando también la puerta trasera: parecía dispuesta a dar un paseo bajo el sol. Celia no le prestó atención, estaba demasiado ocupada en su trabajo y, sobre todo, en los recuerdos de la noche.

Mientras rastrillaba, no podía evitar vagar lejos de allí, al otro jardín que había conocido. Estaba muy acostumbrada a la imagen de su hogar. Apenas salía, por lo que no había tenido ocasión de conocer otros patios. Esta era la explicación de por qué sentía que el jardín de Maddox estaba sacado de un cuento de hadas.

Henrietta pasó cerca de donde estaba, y Celia tuvo que tener cuidado para no arrojar las hojas hacia su vestido. Bajó la cabeza, temiendo molestarla. Sentía que de algún modo había llamado la atención de su hermanastra, y eso nunca era algo positivo. Notó su mirada sobre su rostro y bajó la cabeza, a la vez que movía el rastrillo a otro rincón del jardín, donde se habían acumulado algunas ramas secas.

Contempló el pequeño estropicio que tenía que solucionar. Su patio nunca sería como el de Maddox, su casa nunca se vería tan esplendorosa como aquella mansión. Pero seguiría cuidándola. Eso pensó cuando se detuvo bajo el manzano de su padre, contemplando el sol colándose entre las hojas.

No se permitió descansar durante más de unos segundos, porque todavía podía sentir la mirada de Henrietta en su nuca, incitándola a trabajar. No podía arriesgarse a que Edwina pensara que no estaba cumpliendo bien con sus tareas.

Dejó el rastrillo y fue a recoger su escoba. Trató de actuar con naturalidad, siguiendo la rutina de cada día, sin que se notara el nerviosismo que le provocaba la presencia de su hermanastra. Sin embargo, estos temores resultaron estar bien fundados.

Cuando alargó la mano hacia la escoba, Henrietta dio unos pasos

rápidos hacia ella y la tomó del brazo. Celia se congeló ante ese contacto, permitiendo que la otra joven hiciera lo que quisiera. Así terminó con Henrietta observando su rostro fijamente, como si estuviera sometiéndola a un escrutinio.

Aquella mirada, aunque era curiosa y no cruel, hizo que Celia quisiera llorar de puro miedo. Aunque no fue peor que lo que Henrietta dijo después, cuando ya le hubo soltado el brazo:

—Eras tú, ¿verdad? Anoche en el baile.

Los ojos de Celia se abrían de par en par con horror. Sentía que el aliento se le cortaba en la garganta y su corazón se encogía.. La escoba se le resbaló de entre las manos, cayendo al suelo con un ruido sordo.

Podría haber escuchado la voz de Edwina, y aquella habría sido la peor pesadilla que su mente podría conjurar. Podría haber sido Patrice. Pero la que se encontraba en el patio era Henrietta, y su respuesta al horror que había en el rostro de Celia fue una risa de burla.

—¡Qué cara has puesto! Tienes que aprender a mentir mejor, doncella. Ahora no me cabe la menor duda de que estabas en el baile.

A Celia no le quedó más remedio. Cayó al suelo lastimándose las rodillas y tomó la falda de Henrietta. Como la imagen de una pecadora buscando el perdón de un santo.

—Lo siento. Lo siento de veras. Le suplico que no me castigue…

—¡Quita de ahí! —reaccionó Henrietta de inmediato. Con un rápido movimiento hizo que Celia le soltara la falda—. ¿Castigarte? ¿Yo?

—Sé que mis actos han sido una traición a esta familia y que cuando su madre lo sepa se ocupará de castigarme con toda su crueldad. Le suplico, señorita Seymour, que tenga compasión.

Celia seguía de rodillas y Henrietta la miraba por encima. Mientras la primera mostraba un aspecto de desesperación, su hermanastra la contemplaba con extrañeza.

—Anda, ponte de pie —le dijo, y Celia lo tomó como una orden.

Henrietta se dirigió a un banco de piedra que había bajo el manzano y ahí se sentó. Celia la siguió y, como su hermanastra ordenó con unas palmaditas sobre el asiento, se sentó junto a ella.

—No voy a decírselo —comenzó Henrietta. Celia había tenido la cabeza gacha hasta entonces, pero esas palabras hicieron que se enderezara.

—¿Cómo que no? Sería un acto de desobediencia contra su propia madre.

La respuesta de Henrietta fue encogerse de hombros. A pesar de sus palabras, Celia todavía no se veía capaz de sentir tranquilidad.

—¿Así que eras tú? —continuó la joven, impasible al caos de sentimientos que estaba provocando en Celia—. ¿La misteriosa pareja del señor Maddox que se llevó toda su atención en el baile?

—Esas palabras son excesivas —murmuró Celia—. Sin embargo, es cierto.El señor Maddox me acompañó durante la noche.

Quería preguntar cómo lo había descubierto, cuál había sido el error que había roto su sueño, y no se atrevía a hacerlo. Aun así, Henrietta se lo explicó.

—Tenía curiosidad por ver quién era esa dama con la que iba a bailar después de mí. Así que me alejé de Patrice y de madre para acercarme al balcón. No se lo digas. Escuché a un caballero al lado diciendo algo sobre lo desconsiderada que era pegando la cara al cristal, pero mereció la pena porque te descubrí. Vi a esa acompañante y pensé: me resulta familiar. Creo que se parece a Celia, aunque es demasiado hermosa como para tratarse de ella. Luego empecé a darle vueltas al asunto. Y no quería quedarme con la duda, por lo que pensé que lo mejor era preguntarte.

—Ya tiene su respuesta —dijo Celia, la desesperación llenando su voz—. ¿Qué quiere hacer con ella?

Henrietta tardó en contestar. Realmente parecía estar pensándoselo, con una mano en la barbilla.

— ¿El señor Maddox está cortejándote?

—Cortejar es una palabra demasiado grave. Fue amable conmigo, nada más.

Henrietta sacudió la cabeza, sin creer esas palabras.

—No, está cortejándote. ¡Y por eso apareció aquí dos días después del primer baile! Te estaba buscando a ti.

—Señorita Seymour, por favor —susurró Celia—. No es algo de lo que me sienta orgullosa.

—Pues deberías. ¡Has llamado la atención de un joven rico y casadero!

—He desobedecido a mi familia por un capricho y ahora estoy pagando las consecuencias. Usted está siendo demasiado compasiva para lo que merezco.

—Pues es una desobediencia que ha venido muy bien a nuestra familia. ¡Has logrado que el mismísimo señor Maddox nos visite y baile con nosotras! Los hombres no dejaban de mirarme después de que él me eligiera como su pareja…

Celia miró a su hermanastra con extrañeza en los ojos.

—No entiendo por qué se toma con tanta calma mi cercanía con el señor Maddox. Creía que estaba enamorada de él.

La respuesta de Henrietta fue un resoplido que se transformó en risa.

—¿Enamorada del señor Maddox, yo? —dijo con una nueva carcajada—. Tanto tiempo trabajando en casa ha hecho que no comprendas el mundo. Las muchachas jóvenes no se enamoran, no al menos de hombres ricos y casaderos como el señor Maddox.

—¿Eso es lo que cree sobre el amor? —preguntó Celia, con un toque de pena en la voz.

—Mira, si mañana mismo el señor Maddox se presentara en nuestra puerta pidiéndome matrimonio yo le respondería que sí sin dudarlo. Patrice haría lo mismo. Y no porque lo amemos, ni porque su baile o su visita nos haya cautivado, sino porque es uno de los mejores partidos de esta comarca. Ese matrimonio acabaría con todos mis problemas.

Celia sacudió la cabeza. Las palabras cínicas de Henrietta le dolían, aunque para su hermanastra parecían ser una inspiración.

—Ojalá estuviera yo en tu lugar —dijo Henrietta—. ¡Si hubiera llamado yo la atención del señor Maddox…! Seguro que madre al fin estaría contenta conmigo. Incluso dejaría de preferir a Patrice, que ni siquiera ha sido capaz de atraer a ningún caballero. ¡Espera!

Celia se estremeció cuando Henrietta la agarró del brazo. Su hermanastra la miraba con los ojos muy abiertos y una sonrisa en los labios.

—¡Por supuesto! Eso solucionaría todos mis problemas.

—¿De qué está hablando, señorita Seymour? —se obligó a preguntar Celia.

—Lo he resuelto —dijo, y en su rostro apareció toda la seriedad del mundo—. Madre no puede saber que el señor Maddox está interesado en ti, se pondría furiosa. Por otro lado, sería una alegría que se tratara de mí en tu lugar. De modo que las dos podemos sacar ventaja de esto. Solo tenemos que fingir que el señor Maddox me está cortejando a mí. De ese modo tú podrás seguir siendo discreta y yo podré contentar a madre. ¡Puede que incluso consiga llamar la atención de algún caballero por el camino!

Henrietta había hablado tan rápido y con tanta emoción que Celia necesitó unos instantes para poder asimilarlo. ¿Qué era aquello, cómo había podido verse en una situación así?

Mientras su mente y su corazón seguían intentando comprenderlo, Henrietta ya le estaba ofreciendo su mano. Celia la miró como si no conociera aquel gesto, pues era algo que ni su madrastra ni sus hermanastras le habían ofrecido jamás.

—¡Vamos! —insistió Henrietta mientras ella era incapaz de reaccionar—. ¿Tenemos un trato o no?

Celia tomó aquella mano y Henrietta la sacudió con ganas. Así se sellaba su trato.

—¡Excelente! No puedo esperar a ver la cara que pone Patrice.



Con esa alegría y energía Henrietta se levantó del banco.

—Esto hay que celebrarlo. Deberíamos ir a por pasteles —murmuraba mientras se marchaba del jardín.

Mientras tanto, Celia permaneció donde estaba. En el banco donde se había sellado el trato, bajo la sombra del manzano. Pronto tendría que ponerse en pie y continuar con su trabajo, esforzándose para recuperar el tiempo que la conversación con Henrietta le había hecho perder.

Por el momento, permaneció ahí sentada hasta que su aliento y su corazón consiguieron calmarse.

Maddox contempló la puerta de roble que había ante él. Sus dedos se revolvían nerviosos en sus manos, ansiando llamar. Pero todavía no se atrevía a hacerlo, como si hubiera algo que tuviera que considerar.

Como si un día no hubiera sido suficiente.

Había aceptado el consejo de Dawn y había prometido meditar sobre ello. Como empezaba a darse cuenta de que últimamente no era dueño de sí mismo, mucho menos cuando el asunto trataba sobre Celia, se había concedido todo un día.

Ese tiempo ya había pasado. Volvía a encontrarse a mitad de la tarde en casa de las Merryweather.

Tomó aire y al fin llamó a la puerta.

—¿Sí? ¿Ya traéis mi té?

—No, señora Merryweather. Soy yo.

—¡Ah, hijo! Pase, pase.

Maddox cruzó al interior del despacho. Encontró a la mujer poniendo en orden algunos papeles antes de atenderlo. Se quitó las pequeñas gafas que tenía en la punta de la nariz y lo miró con expresión amable.

Maddox se sentó frente a ella en el escritorio. Todo el despacho tenía un ambiente de negocios, todo menos la mujer que estaba ante él. Con ella ninguna conversación podía sentirse como una interacción frívola.

—¿Qué ocurre? ¿Están cómodos su padre y usted? ¿Necesitan algo?

—Todo marcha bien, muchas gracias. Si me encuentro aquí, es porque quería consultar algo con usted.

Merryweather juntó las manos y se acercó un poco más a la mesa.

—¿De qué se trata, hijo?

—Bueno —comenzó Maddox—. En el baile tuve una breve conversación sobre un asunto que me dejó preocupado. Hay una persona a la que me gustaría ayudar.

Los ojos de Merryweather se abrieron con sorpresa. Luego brilló en ellos una chispa de curiosidad. Maddox no estaba seguro de si

quería que la mujer mostrara esa actitud.

—Comprendo. ¿No se tratará de esa misteriosa dama con la que bailó?

Maddox sacudió la cabeza demasiado rápido.

—Eso no es importante ahora. El caso es que una dama me habló de sus preocupaciones sobre… su situación familiar y la herencia. Teme que… —hablaba con dudas, improvisando a cada palabra— que pueda suponer un obstáculo a la hora de casarse. No es un escenario agradable, ¿comprende?

—Comprendo —dijo Merryweather con sinceridad—. Si me permite la pregunta, ¿de dónde viene el interés por ayudar a esta muchacha?

Maddox meditó por unos segundos antes de dar la respuesta que consideró más apropiada.

—Me preocupó cuando me contó su situación familiar. Todo está marcado por el tema de la herencia y el reparto de la propiedad, y… me temo que no tenía conocimientos suficientes en esos asuntos como para poder aconsejarla, a pesar de que la muchacha se había abierto a mí. Me gustaría poder ofrecerle algo. No tiene nada que ver con nuestra relación, simplemente se refiere a las penas que ella está pasando.

Merryweather meditó por unos instantes, la pluma dando vueltas en su mano.

—Así que lo define como un asunto económico y no un asunto del corazón.

—Sí, porque sé que usted puede ocuparse de esto. Igual que podría si se tratara de algo relacionado con los sentimientos.

—Por supuesto que sí. Debo ser ya toda una experta —sacudió la cabeza—. Así es la vida de las mujeres, Maddox. Si su amiga es una joven dama que se encuentra en medio de un problema de dinero y herencias, me temo que no lo tendrá fácil.

Maddox bajó la mirada con pesar. Aunque ya sabía que aquella era la realidad, seguía siendo algo duro de aceptar. La pobre Celia se encontraba sumida en un asunto demasiado complicado y no tenía fuerzas para encargarse de él.

Y Maddox no sabía cómo ayudarla. No tenía el conocimiento de

economía y derecho necesario para ello. ¿Para qué lo necesitaría, si él era el primogénito y único hijo de una familia rica y su prosperidad económica estaba garantizada desde el principio?

Por eso había acudido a alguien que podía darle un mejor consejo en ese asunto. Alguien que en realidad tenía experiencia en ese campo duro e inhumano.

—Esta joven me ha contado que su madre murió en el parto —comenzó Maddox— y que su padre se volvió a casar. Ahora, con el padre fallecido hace cinco años, solo quedan la dama y su madrastra, junto con las dos hijas que ella tenía.

Merryweather golpeaba suavemente su barbilla con el dedo.

—¿A esas hermanastras les corresponde una parte de la herencia en principio? —Maddox negó con la cabeza—. Bien, entonces el asunto es una discusión entre la hija y la viuda.

—Eso es.

—¿La propiedad no estaba protegida bajo un mayorazgo?

Maddox frunció el ceño y Merryweather leyó la confusión en su rostro.

—Mayorazgo —repitió él—. Para… proteger esa propiedad ante…

Chasqueó la lengua con una pizca de decepción.

—Para proteger una propiedad de ser dividida o vendida, que todo quede en un único heredero de la familia. Querido Maddox, ya veo que prestó poca atención en sus clases.

—No mencionó nada de eso —respondió—. Me contó que la propiedad…

—Se dividió —completó Merryweather, sorprendiendo a Maddox—. Sí, es lo que suele pasar cuando no se establece un mayorazgo. De modo que la propiedad ha quedado entre esta muchacha y su madrastra.

—Así es.

—¿La joven es mayor de edad? —Maddox asintió de nuevo—. En tal caso, diría que no hay más cera que la que arde. La mitad de la propiedad y la mitad de la fortuna están en sus manos, independientemente de su madrastra.

—Comprendo —dijo Maddox, aunque apretaba los dientes—. ¿Y en caso de que la fortuna heredada al dividirse no fuera suficiente para

mantener a una mujer sola?

—Entonces diría que esta dama se encuentra en una situación económica peliaguda. Aunque no es una situación extraña para las mujeres. Su mejor opción es encontrar un marido con renta suficiente. No creo que pueda darle mejores consejos.

Un sabor amargo llenó la boca de Maddox. Sabía que Merryweather tenía razón, que era un peligro común al que muchas mujeres se enfrentaban, aquellas de casas empobrecidas. Pero Celia tenía todavía menos cartas con las que jugar.

—De todas formas —dijo Merryweather—, continúa teniendo a su madrastra. No hay necesidad de irse de la casa paterna hasta que haya encontrado con quien casarse.

Maddox apretó las manos en los reposabrazos.

—Eso no es una solución —murmuró—. Diría que ha descrito el problema principal.

Merryweather alzó una ceja.

—¿Una disputa familiar? Supongo que muchas jovencitas no llegan a aceptar a la nueva esposa de su padre viudo.

—¡No! —exclamó Maddox, sorprendiéndose incluso a sí mismo por la brusquedad de su respuesta. Se obligó a recomponerse—. Le aseguro que la enemistad no viene por parte de ella. No… no tiene culpa.

La mirada de Merryweather se suavizó al escuchar esto.

—Comprendo. De todas formas, su madrastra no tiene especial poder sobre ella si ya es mayor de edad. Comparten la herencia, eso es todo.

Maddox negó con la cabeza de forma compulsiva. Merryweather se explicó:

—Esa muchacha necesita casarse y su madrastra no se lo puede impedir ni tiene nada que decir en contra del novio.

—Se equivoca —murmuró Maddox. Merryweather le miró con el ceño fruncido.

—Hijo, ¿por qué esa cara?

Maddox volvió a sacudir la cabeza.

—La situación es… es más complicada.

El joven se hundía cada vez más en la silla. Merryweather se puso

en pie.

—He compartido mis conocimientos —explicó— y aconsejado lo mejor que he podido. Es lo que puedo decir de los casos más generales, pero me temo que no conozco todo sobre la situación.

—Es demasiado —suspiró Maddox—. Es peor de lo que puede imaginar.

—Espero que haya una salida razonable —dijo Merryweather, poniéndole una mano en el hombro—. Deseo lo mejor para esta pobre dama, pero sin conocerla no puedo decir más.

—Yo también lo deseo —susurró. Su mano ascendió hasta tomar la de Merryweather.

Todo aquello se salía de su control. Celia necesitaba ayuda y él no podía darle más. Maldijo su desconocimiento de la ley y su impotencia. Veía con desesperación como cada opción para ayudarla se le escapaba de las manos, se desvanecía.

Y Merryweather le acariciaba el hombro como si fuera él quien necesitara consuelo. Como si a él le afectara de algún modo esa tragedia, cuando era Celia quien necesitaba ese cariño.

No podía dejarla sufriendo así. Con dolor en el pecho como si estuviera cometiendo una traición, Maddox terminó hablando.

Fue un grito de auxilio. Se lo contó todo a Merryweather.

7

Los métodos de Maddox eran un misterio para Celia. Desde el primer baile había estado siempre presente, como una sombra sobre ella. ¿Era una protección? ¿Era un peligro? Celia no se atrevía a responder a esas preguntas. Pero, para bien o para mal, Maddox estaba ahí.

Aquella tarde hizo acto de presencia de nuevo. No en persona, sino en carta.

Antes, Henrietta había estado feliz por cualquier pequeña muestra de la presencia de Maddox. En aquella ocasión estaba hilarante.

—¡Otra carta más! ¿Podéis creerlo? Léala, léala, madre.

La sonrisa y las mejillas sonrojadas no la abandonaban mientras Edwina abría el sobre. La madre era más discreta que la hija. No obstante,cuando leyó el contenido, no pudo evitar mostrar una sonrisa de orgullo. Como la de alguien que acaba de sellar un buen negocio.

Celia estaba presente en la habitación, pasando el paño para retirar el polvo de un mueble. Edwina no la había expulsado, y se preguntaba si lo hacía porque su presencia no le importaba tanto como para molestarse en echarla o porque quería que Celia escuchara las victorias sociales de su familia.

Las dos opciones eran desagradables, pero ambas significaron que Celia pudo escuchar el contenido de la carta cuando Edwina lo leyó. Intentó que su brazo no dejara de moverse al quitar el polvo mientras escuchaba los detalles de la nueva invitación.

—Qué detalle tan interesante por parte de ese caballero. En esta ocasión nos invita a la ópera.

—¿La ópera? Allí no se puede hablar tanto. Esperaba que fuera un baile.

—Es cierto que estaremos en la platea y no en un palco —dijo Edwina ladeando los labios—. Aun así, es una gran oportunidad y no os he criado para que la desperdiciéis.

—Quizá ni siquiera necesitemos oportunidades —dijo Henrietta—. ¿No lo creéis? La visita, los bailes, ahora la invitación a la ópera…

—¿Qué insinúas?

—Creo que una de nosotras está logrando ganarse el corazón de este caballero. Y, puesto que bailó conmigo en primer lugar, diría que…

—Basta —Edwina cortó sus palabras—. No presumáis sobre esto. Esforzaos, causad una buena impresión y pronto tendréis un motivo real para sentiros orgullosas.

—Eso dice —susurró Henrietta entre dientes—. Aunque creo que yo ya lo tengo.

Cada una de las damas se retiró para dedicarse a sus asuntos y la invitación a la ópera quedó sobre la mesita de té. No estaba olvidada, más bien parecía que le habían dado un lugar de suma importancia, como si se tratara de un altar. Era tan llamativa que Celia no podía evitar mirarla de reojo mientras seguía limpiando el salón.

Era un doblez de papel y había una ilustración hermosa en la portada, un grabado que mostraba un telón abierto bajo el cual se estaba representando la obra. Celia se preguntaba qué habría en el interior. Quizá se trataba del libreto de la ópera o la lista de canciones que tocarían. Quizá fuera la invitación escrita por la mano de Maddox.

No podía resolver esta intriga, pues temía lo que le ocurriría si se atrevía a tocar esa carta. Pero la imagen hermosa del teatro era todo lo que necesitaba, así como la presencia de Maddox que inspiraba.

Salió del salón con la tarjeta en su mente. Edwina le había pedido que se ocupara del piso de arriba aquella tarde y así lo haría. Debía colocar en los armarios la ropa de la última colada.

Ni Edwina ni Patrice se encontraban en sus dormitorios cuando acudió. Pudo dejar la cesta de la ropa en el suelo y trabajar con calma. Sin embargo, al llegar al cuarto de Henrietta esta la recibió con tal efusividad que estuvo a punto de tirar la cesta.

—¡Lo conseguiste! Ah, sabía que podía confiar en ti, y que este plan sería una bendición para las dos. ¡Ahora el señor Maddox me ha invitado a la ópera! Aprovecharé esa tarde para llamar la atención de madre. Todo va como la seda.

Celia quedó con los labios entreabiertos, incapaz de darle una respuesta clara. En su lugar, dejó la cesta en el suelo y comenzó a

trabajar en la tarea pendiente.

Su hermanastra no interpretó aquella acción como que la ignorara. En su lugar, consideró que la estaba escuchando en silencio mientras ella seguía hablando sobre el plan para mejorar su imagen y su orgullo, y lo agradecida que estaba a Maddox y a Celia por haberle dado esa oportunidad.

Celia esperaba que fuera cierto, que Maddox le prestara especial atención a su hermana esa noche. No era capaz de comprender cómo funcionaban aquellas estrategias de Maddox, y rezaba por que salieran bien para todos.



Cuando alguien llamó a la puerta mientras su madrastra y sus hermanastras se encontraban fuera, Celia se transportó unas semanas atrás. Por un momento creyó que al abrir se encontraría con Maddox, repitiendo aquella escena como si la angustia no fuera a tener fin.

Se suponía que estaba en la ópera junto a Edwina y sus hijas, a las que había invitado expresamente. No faltaría a aquel compromiso, ¿verdad?

Solo tenía una forma de saberlo. Celia apretó la escoba en sus manos antes de volver a colocarla en su lugar en la cocina, se limpió con un trapo y se dirigió a la entrada, su corazón latiendo con temor por quién se encontraría al otro lado.

No era Maddox. No era nadie a quien Celia conociera. Se trataba de una mujer con el pelo ya cano, vestida con un vestido celeste y un chal sobre los hombros, y con una sonrisa amable en los labios.

—¿Tengo el honor de hablar con la señorita Celia Elton?

Había hecho la pregunta antes de que Celia tuviera tiempo de asimilar su presencia. Tardó un segundo más de lo apropiado en contestar, pero la mujer esperó sin la menor molestia.

—Soy yo —respondió finalmente—. Disculpe, no creo conocerla.

—Mi nombre es Rose Merryweather. ¿Le importa si paso?

Celia asintió de inmediato y se apartó para que ella pudiera entrar. La mujer le dio su sombrero y ella lo colgó en la percha junto a la entrada.

—¿Cómo puedo ayudarla? —preguntó una vez hubo cerrado la puerta, sabiendo que no le quedaba más opción que atender lo que esa mujer quisiera.

—¿Sería posible tener una charla con usted? Y si me ofreciera un asiento lo agradecería. He tenido que caminar un largo rato para llegar hasta aquí y mis rodillas ya no son lo que eran…

Celia cumplió con lo que le pedía de inmediato. La guió hasta la salita del té, incluso se acercó a ella para llevarla del brazo, cosa que la mujer agradeció en un murmullo.

Mientras sacaba una silla para invitarla a sentarse, el nombre que le había dado se repetía en la mente de Celia: Merryweather.

—Permítame preguntar —se atrevió a preguntar cuando estuvo sentada frente a ella—. ¿Es posible que su familia haya estado en los últimos bailes celebrados en la casa Maddox?

La respuesta de Merryweather fue sonreír con dulzura.

—Así es, señorita Elton. Ese es el lazo que nos une. Soy una vieja amiga de la familia Maddox. Y el joven Richard me ha hablado mucho de usted.

Celia pudo sentir la vergüenza ascendiendo por su rostro.

—¿De veras?

—De hecho, ese es el motivo por el que estoy aquí.

Aquellas palabras hicieron que a Celia se le cayera el alma a los pies. Ahora comprendía lo que le esperaba a continuación.

—Comprendo —murmuró, aunque no tenía demasiadas fuerzas para llenar aquel silencio.

—Querida, ¿por qué esa cara? —preguntó Merryweather.

—No la esperaba. Disculpe, no quiero ser descortés.

—No se preocupe por ello. Puedo ver una pregunta en sus ojos. Señorita Elton, ¿qué es lo que la aflige?

Su voz era amable y a la vez sabia. Cuando le hacía esas preguntas Celia sentía que ya intuía la respuesta. No podía cometer la descortesía de negarle conversación a una dama como aquella.

—Puedo imaginar por qué el señor Maddox la ha enviado aquí. Comprendo sus buenas intenciones, aunque espero que entienda que no es un tema agradable.

—¿Maddox? Oh, no, se equivoca. Él no tiene nada que ver en esto.

He venido por cuenta propia.

Aquellas palabras despertaron extrañeza en Celia, pero no tuvo el valor de negarlas.

—Mis disculpas. Mi familia no se encuentra en casa ahora mismo y la última vez que estuve sola recibí su visita…

Esta vez Merryweather se enderezó y sus ojos se abrieron mucho. Por primera vez la había sorprendido de verdad.

—Disculpe, puede que el oído me haya fallado. ¿Acaba de decir que Maddox la visitó estando sola en casa?

—Así es.

Merryweather se llevó una mano a la frente.

—Oh, este muchacho… Permítame pedirle disculpas en su nombre. Tiene buen corazón, aunque a veces es demasiado impulsivo y caprichoso. Qué situación más incómoda, lo lamento mucho.

—No tiene que disculparse, de veras, no fue molestia.

—No hay necesidad de mentir por él —dijo Merryweather, haciendo que Celia apretara los labios—. Puedo imaginar que esa situación la hiciera sentir incómoda. Y eso es lo último que desearía causarle en mi visita. Si en algún momento me sobrepaso, no dude en decírmelo. Y si quiere formular en voz alta alguna de esas preguntas que llenan su rostro, hágalo.

Celia dudó apenas unos segundos. Había algo en esa mujer que impulsaba a hablar con ella.

—Disculpe —susurró—. Me gustaría saber qué es lo que el señor Maddox le ha contado de mí.

—Por supuesto —respondió Merryweather—. Me ha contado suficiente, todo sea dicho. Sobre su situación familiar, sobre la relación con su madrastra, sobre el motivo por el que lleva esas prendas aun siendo la señora de la casa…

—Si Maddox le ha explicado todo eso —susurró Celia, con una cierta vergüenza—, ¿por qué ha sentido la necesidad de venir aquí?

—Porque solo tengo la visión de Maddox. Y esta puede estar sesgada y deformada. Me gustaría escucharla de primera mano.

Era difícil resistir y no ceder ante una mujer tan comprensiva, tan dispuesta a escucharla.

—Estoy segura de que Maddox ha compartido con usted todo lo

referente a lo emocional, lo que respecta a la muerte de mi padre y la convivencia con mi madrastra y mis hermanastras. Así como el cuidado de esta casa.

—Me dijo que, según las cuentas que la señora Elton hizo, ya no podían permitirse tener servicio y que la pusieron a usted en ese papel.

—Esta casa necesita ser cuidada y yo lo hago con gusto.

—Sin embargo, no es tarea propia de la dueña de la casa.

Celia sacudió la cabeza.

—Como le he dicho, no podíamos permitirnos el servicio. Contratarlo sería poner en juego la fortuna y el patrimonio, y no tener nadie que lo cuidara supondría el abandono de la casa. Este hogar señorial quedaría convertido en una ruina. No, este es mi papel y estoy feliz de haberlo tomado.

Merryweather quedó en silencio por unos momentos, aunque sus ojos no se apartaron de Celia. Fue la joven quien terminó bajando la mirada, sobrecogida.

—Dígame, ese discurso que acaba de pronunciar —comenzó Merryweather—, ¿se lo dijo la señora Elton?

La expresión de su cara reveló que Merryweather tenía razón.

—Ella tuvo que tomar la decisión —se atrevió a decir Celia, con la mirada baja.

—Sin embargo, la dueña de la casa es usted, la decisión era suya.

Celia negó con la cabeza. En esta ocasión sí que podía dar una respuesta firme.

—La casa es de ambas, la propiedad se repartió mitad y mitad.

—Sí, recuerdo que Maddox me contó algo así. Aunque él no es el hombre con más conocimientos sobre el mundo de las finanzas. Por ello, quería preguntarle específicamente a usted.

—Responderé, aunque no hay mucho más que contar. A la muerte de mi padre la fortuna quedó dividida entre su hija y su esposa.

—Se dividió, dice. ¿No había un mayorazgo que protegiera la propiedad?

Celia negó con la cabeza.

—Fue tan rápido que no tuvo ocasión de pensar en estas cosas… —suspiró Celia.

—Supongo que la mitad de la propiedad es la dote de viudez que se pactó para la señora Elton.

—Puede ser. Lamento si no puedo darle mucha más información sobre esto. La señora Elton fue la que se ocupó de todo lo que corresponde a la herencia. Yo no me encontraba con fuerzas en ese momento.

—Lo comprendo. A cualquier hija le habría sido terriblemente difícil, en especial si solo le quedaba su padre —dijo Merryweather con suavidad—. ¿Fue la señora Elton la que le dijo que no había mayorazgo?

—Sí. De todas formas, no sé a quién podría haberle dejado esa herencia.

—A usted, por supuesto —dijo Merryweather con una seguridad en su voz que sorprendió a Celia.

—¿Cómo? —murmuró—. Creía que una mujer no podía ser heredera del mayorazgo…

—No es lo más habitual, es cierto. Pero es un recurso al que acudir en caso de que la única hija sea una dama. ¿Quién le hizo creer que no era así? —siguió hablando sin esperar una respuesta, porque sabía que no se la daría—. Sin ir más lejos, mi querida hija Dawn es la heredera de mi patrimonio.

—¿De veras? —preguntó Celia, aunque luego sacudió la cabeza—. Disculpe. No conozco demasiado sobre este tema.

Merryweather le dio una sonrisa compasiva.

—No se preocupe. A las mujeres no se nos educa para saber sobre economía, se nos suele mantener alejadas de ese conocimiento. ¿Para qué, si a duras penas seremos dueñas? Aunque heredemos algo de nuestros padres, al casarnos, la propiedad pasará a estar a nombre del marido.

—Eso tengo entendido —dijo Celia. Tras unos segundos, formuló otra pregunta—. En ese caso, si contraigo matrimonio, ¿esta parte de la hacienda que tengo pasará a ser de mi marido?

—Me temo que sí. Podría recuperarla si sobrevive a su marido y así lo acordaron en su dote de viudez, eso es todo. Es el método que usé yo.

Celia comenzó a asimilar aquellas últimas palabras. Que su

interlocutora era viuda y era dueña. Y su hija sería dueña tras ella, hasta que se casara.

—Usted… ha peleado mucho por llegar hasta ahí, ¿me equivoco? Por tener su propiedad y que su hija vaya a tenerla también.

La sonrisa que apareció en el rostro de Merryweather tenía una pizca de orgullo.

—Así es. Y es parte del motivo por el que tenía tantos deseos de hablar con usted.

—Lo comprendo. Aunque siento que a la hora de la verdad no hay mucho que hacer.

—¿Por qué dice eso, querida?

—La situación de la hacienda es así. Dependo de mi madrastra y nada puede hacerse para cambiarlo.

—Olvida que la señora Elton también depende de usted. La renta que suman juntas es la que necesitan para poder mantenerse.

Celia sacudió la cabeza.

—Mi situación no es la misma que la de la señora Elton. Ella es una mujer de sociedad y tiene muchos más recursos. Y están, por supuesto, sus hijas, que están en edad de casarse e impulsar a su familia.

—Eso no se limita a las hermanas Seymour —dijo Merryweather, con una mirada más inquisitiva de lo que Celia hubiera querido—. Usted también es una dama joven, casadera y con la oportunidad de lograr un futuro prometedor.

—No es igual, de ninguna manera. Usted me está viendo ahora mismo —hizo un gesto para señalar con su brazo todas sus prendas.

—La veo —dijo Merryweather—. Igual que la vi en el baile con un vestido de noche. La diferencia no es tan grande como cree.

—No tiene por qué darme mentiras piadosas, de veras —respondió Celia—. Sé que no soy como mis hermanastras.

—Pero lo es. Su fortuna es la misma y también lo son sus posibilidades para el futuro.

Celia tragó saliva. Aquella conversación hacía que su corazón empezara a doler.

—Ellas conocerán a algún buen caballero, se casarán y seguirán prosperando. Yo permaneceré aquí, cuidando de esta casa. Ese es

mi papel en el mundo.

—El papel de una dama como usted no debería ser ese. No, al menos, como lo está viviendo. ¿Por qué no puede conocer a algún caballero de buena fortuna?

—Intento decírselo. Yo no soy como mis hermanastras. Ellas son atrevidas, hablan con los hombres e intentan seducirlos. Acuden a reuniones sociales, a la ópera, a los parques… Yo no hago nada de eso. Permanezco aquí, es el camino por el que me ha llevado la vida y donde he decidido quedarme.

Sus palabras se volvían más angustiosas a cada instante, hasta el punto en que al final del discurso casi no le quedaba voz. Merryweather era consciente de esto y la miraba con compasión, aunque sus palabras no eran igual de clementes.

—¿Y hace todo esto porque es su deseo? —preguntó—. ¿O porque no le queda otro remedio?

Celia bajó la cabeza.

—¿Importa acaso? Es la realidad de mi vida. No soy una mujer con suficiente valor como para cambiarla.

Merryweather tomó la mano de Celia sobre la mesa, en un gesto tierno.

—Eso dice —respondió—. Sin embargo, ha acudido al baile a pesar de los deseos de su familia. Y lo disfrutó, por lo que Maddox me ha contado. Para concederse a sí misma esos momentos de felicidad hace falta valor.

Los sentimientos en el interior de Celia eran cada vez más confusos. Aquella conversación era difícil, su pecho dolía, pero la mano de Merryweather era suave y su presencia se sentía como un consuelo.

No comprendía los sentimientos que despertaba en ella, quizá porque hacía mucho que no los sentía. Casi había olvidado el afecto maternal.

Enfrentarse a algo tan desconocido hizo que quisiera huir. Retiró la mano con lentitud y al hacerlo sintió como si perdiera un apoyo.

—Han sido unas noches mágicas, y siempre se lo agradeceré al señor Maddox —susurró Celia—. Aunque lamento decir que no pueden volver a repetirse.

En aquella ocasión los ojos de Merryweather se abrieron mucho y por primera vez pareció inquieta.

—¿Por qué dice eso? Todavía quedan muchas noches en la temporada, y sé bien que Maddox tiene interés en seguir haciendo celebraciones e invitándola.

—Lo sé, y le prometo que el señor Maddox no tiene culpa de nada.

—¿Qué es lo que la ha llevado a esa decisión?

Celia levantó la cabeza y la miró.

—Mi hermanastra me descubrió. Ha tenido el suficiente buen corazón como para no contárselo a la señora Elton, pero no puedo arriesgarme a que un alma menos compasiva me atrape en la fiesta.

—Una dama como usted no debería tener miedo a ser descubierta en un baile.

Celia guardó silencio. Cada vez era más difícil defenderse de las palabras de Merryweather. Ni siquiera sabía bien qué hacía. ¿Por qué se defendía? ¿Cuál era su lucha?

Solo deseaba poder terminar la conversación ahí, que todo acabara. Merryweather pareció intuir esto.

—Su casa es hermosa —dijo, con una mirada a los adornos de los techos—. Aunque Maddox me dijo que su mayor orgullo es el jardín.

Estaban enterrando el asunto bajo la alfombra, ambas lo sabían. Aun así, Celia lo agradeció y recuperó fuerzas. Se puso en pie.

—Permítame enseñárselo.

Merryweather se puso también en pie. Celia la tomó del brazo y la guió, atravesando la casa en un silencio que la joven necesitaba. Cuando salieron al jardín la mujer mayor levantó la cabeza para apreciar el lugar mientras Celia las llevaba al banco.

—Qué hermoso es este árbol. ¿De qué se trata?

—Es un manzano. Mi padre lo plantó, ¿sabe?

—Puede apreciarse que ha sido cuidado con amor. De otra forma no tendría un tronco tan fuerte.

Celia contempló sus ramas con una sonrisa débil en el rostro.

—Es su recuerdo. Es parte de los motivos por los que tanto amo esta casa, ¿lo comprende?

—Lo comprendo mucho mejor de lo que puede imaginar, querida.

Una pequeña hoja seca del manzano había caído sobre la cabeza

de Celia, quedando posada sobre sus cabellos. Merryweather la retiró suavemente.

—¿No va la vida de esto? De amar, de querer mantener con nosotros todo lo que amamos —continuó la mujer—. Y sin embargo, no siempre es posible. Este es un hecho triste que una aprende con la edad. A veces las cosas que amamos se van a ir.

Celia bajó la cabeza sin atreverse a mirarla. Aun así, Merryweather descubrió en su rostro un sufrimiento que hasta entonces no había salido a la luz.

—Conozco demasiado bien ese dolor —susurró mientras sus manos nerviosas apretaban las telas de su delantal.

—Lo sé, yo también lo conozco. Y siempre existe un miedo terrible a padecerlo de nuevo. Mas, querida Celia, a veces conservar aquello que amamos nos causa aún más dolor que perderlo. Eso es algo todavía más difícil de aprender: saber que a veces tenemos que dejar ir lo que amamos.

Celia no dijo nada, no era capaz. Todas las palabras, todas las fuerzas la habían abandonado. Quedó con la cabeza baja, las manos en su delantal, bajo el manzano de su padre. Por unos momentos no fue siquiera capaz de moverse.

La señora Merryweather no se movió de su lado. Le puso una suave mano en la espalda, eso fue todo lo que hizo. Para darle un apoyo, para recordarle que estaba ahí.

Pasaron unos largos minutos. Merryweather no dijo nada, ni siquiera se movió un ápice. Permanecieron ahí como dos estatuas en el jardín, como si formaran parte de él. La mujer esperó, sin prisas, sin urgencia.

Fue Celia la que se obligó a salir de su propio trance. La que vio la posición del sol en el cielo y se volvió de pronto consciente del paso del tiempo. Sacudió la cabeza como quien despierta de un largo sueño.

—Señora Merryweather, lamento de corazón decírselo, pero se está haciendo tarde.

—Eso parece —dijo al levantar la cabeza—. No querría robarle más tiempo del apropiado, señorita Elton.

Con esas palabras comenzó a caminar y Celia la siguió.

Debía tomarla del brazo y acompañarla hasta la puerta. Debía despedirse y contemplar a la señora Merryweather marcharse. Y aquello sería un alivio, pues esa conversación que tanto la había perturbado terminaría y podría regresar a su rutina. Tendría mucho trabajo por hacer para recuperar el tiempo perdido, tanto que ni siquiera tendría ocasión de pensar demasiado.

¿Por qué, entonces, le era tan difícil despedirse de esa mujer? Al final fue la propia Merryweather quien lo hizo.

—Muchas gracias por darme la bienvenida en su casa —dijo, su mano todavía en la espalda de Celia—. Y lamento de corazón si esta conversación la ha perturbado.

Casi sin darse cuenta una respuesta escapó de los labios de Celia.

—No pida disculpas por ello. Salvo por el señor Maddox, hacía mucho que no recibía una visita y que no pasaba la tarde conversando con alguien.

Aquellas palabras hicieron a Merryweather sonreír.

—No sabe lo que me alegra escuchar eso. Siempre he pensado que la conversación es, además de un placer, todo un arte. Y usted, señorita Elton, me ha dado una de las conversaciones más interesantes de los últimos tiempos.

La joven ladeó la cabeza con cierta vergüenza.

—No creo que sea una interlocutora tan talentosa.

—Eso considera usted —dijo Merryweather con un encogimiento de hombros—. Aun así, me gustaría mostrarle mi agradecimiento. Quizá esto ayude a conservar el recuerdo de esta tarde. Con los años una también aprende el valor de los recuerdos.

Merryweather alzó las manos a su cabeza y sacó una horquilla que adornaba su cabello, coronada con perlas. El peinado no se deshizo, aunque quitar aquella joya hizo que perdiera parte de su encanto. Como una corona sin piedras preciosas.

Merryweather tomó la mano de Celia y en ella colocó la horquilla, cerrando ella misma sus dedos. La joven ya tenía los labios entreabiertos y una protesta a punto de salir, pero Merryweather no lo permitió.

—Por favor, no rechace este regalo. Nada me haría más feliz que verla luciéndolo en el próximo baile o en algún otro evento.

—Señora Merryweather… —las siguientes palabras nunca fueron dichas, quedaron implícitas. Celia consideraba que había demasiados errores en el discurso de Merryweather como para poder enumerarlos todos.

—Soy consciente de lo que ha dicho. Aun así, deje que Maddox lo intente. Estoy segura de que puede encontrar alguna forma de celebrar un baile en el que usted se sienta segura.

Celia no pudo responder a esto. No veía posible esa promesa, pero no se atrevía a menospreciar a Maddox y todo aquello que era capaz de lograr. Ya le había permitido tener una tarde como aquella.

Siguió con la horquilla en la mano, apretándola con suavidad para asegurarse de que no desapareciera.

Cuando estuvieron en la puerta, Merryweather se giró hacia ella y dijo algo más:

—Antes de marcharme he de decirle que, si hay algo que desee transmitirle al señor Maddox, puede decírmelo ahora.

Cuántas ideas había en la mente de Celia. Cuántos pensamientos todavía más profundos que aquella conversación que habían tenido. Cuántos secretos que no se atrevían a llegar a la superficie. Todas aquellas ideas estaban enterradas en el fondo de su corazón, incapaces de salir. Ninguna de ellas llegó a sus labios.

—Dígale que trate bien a Henrietta. Que sea simpático con ella, como un caballero interesado en una dama.

8

—¡La ópera fue una maravilla! No te haces a la idea. Maddox fue todo un caballero, no dejaba de hablar conmigo. Madre dice que nos prestó atención por igual a las dos, pero yo estoy segura de que Patrice estaba verde de envidia porque…

Su discurso se vio interrumpido por un súbito ataque de tos. Celia dejó de mover el plumero de inmediato.

—Lo siento, señorita Seymour.

Henrietta sacudió la cabeza y volvió a hablar en cuanto sus pulmones se lo permitieron.

—¡No pidas disculpas por nada! La tarde en la ópera fue todo un éxito, por fin estoy ganándome el respeto de madre. ¡Y todo gracias a ti!

Celia sacudió la cabeza.

—Me valora demasiado. Sin su habilidad para las relaciones sociales nunca habría podido lograr esto.

—Aun así —insistió Henrietta, que fue junto a Celia y le quitó el plumero de las manos— te estoy muy agradecida. Y creo que el éxito de la ópera se merece que lo celebremos.

—¿Celebrarlo? —preguntó Celia con las cejas alzadas. Henrietta le dio una sonrisa pícara.

—Ve a ponerte ropa de calle. Vamos a la ciudad.

Celia obedeció las órdenes de su hermanastra, como correspondía. Se puso unas ropas de doncella limpias y se arregló el cabello para acompañarla al exterior. Esperó dentro de su alcoba, en el ático, para que Edwina no preguntara qué estaba haciendo en la puerta. Henrietta vino a buscarla, como su permiso para salir de allí.

Celia permaneció en silencio mientras dejaban la casa y subían al carruaje. No hizo pregunta alguna, tampoco hizo falta: Henrietta se encargaba de contárselo todo.

—Le diremos a madre que hemos acudido al atelier para ver si tienen los arreglos de mi pelliza, pero que todavía no están listos. Esa será una buena excusa.

—¿Excusa? —se atrevió a preguntar Celia—. ¿Quiere mentirle a la señora Elton?

—Claro que sí. A madre no le gustan estas salidas sin avisar ni que vaya a la calle comercial. Sin embargo, tengo dinero y una tarde libre que aprovechar.

—¿No teme el resultado si la señora Elton la descubre?

Henrietta resopló. Tras unos segundos, miró de reojo a la joven.

—Querida Celia, lamento decirte esto: necesitas aprender a mentir. Solo así funcionará un plan como el nuestro.

Celia bajó la cabeza con una cierta vergüenza.

—¡Has conseguido ir a los bailes de Maddox! Puedes ser una buena mentirosa si te lo propones. Si no, no sé cómo puede sobrevivir una en esta casa.

Celia no respondió. Fingió que esas palabras no habían calado muy hondo en ella.

El carruaje se detuvo al inicio de la calle comercial. Había atelieres, joyerías y sombrererías, pero Henrietta ignoró todos esos comercios. Celia la siguió unos pasos por detrás hasta que llegaron a la pastelería.

Apenas asomarse al escaparate una sonrisa radiante apareció en su cara. Pasó a la pastelería con una mano en alto para saludar.

—¡Buenas tardes, Ann!

—Buenas tardes, Henrietta. ¿Cómo puedo ayudar?

Celia, esperando en la esquina, contempló su interacción. La pastelera le mostró todos los dulces que tenían en la vitrina y Henrietta los contempló detenidamente. Durante aquel proceso las dos muchachas no dejaron de hablar ni por un solo instante, pero la conversación no trataba en absoluto de pasteles.

Henrietta le contó todo sobre la noche en la ópera, lo flagrante que estaba siendo su entrada en la sociedad. Ann escuchaba con una sonrisa y preguntaba de vez en cuando sobre el teatro, sobre las reuniones sociales, sobre ese mundo tan ajeno a ella.

—Créeme, esas horas para tomar el té no son lo mismo sin tus pasteles —decía Henrietta mientras Ann colocaba una delicia de fresa sobre la bandeja—. Deberían servirlos en las casas más lujosas.

—Que se sirvan en tu casa es suficiente para mí, Henrietta —dijo Ann mientras colocaba los pasteles elegidos en una caja. Junto a las

delicias de fresa había colocado unos bollos de miel y algunas pastas para la próxima hora del té.

Celia, que había estado prestando especial atención, notó que Ann cogía con discreción un puñado de bombones, que estaba segura que Henrietta no había mencionado. Los colocó en el interior de la caja, añadió las últimas pastas que la clienta había pedido y bajó la tapa. Con un lazo rojo la envolvió y la cerró como si se tratara de un regalo.

—Tan dulce como siempre —sonrió Henrietta mientras salía de la pastelería con la caja en la mano.

—Hasta la próxima —se despidió.

Celia no pasó por alto que Henrietta se sentó en un banco con la caja de pasteles sobre las rodillas para comerlos ahora y no tener que llevarlos a casa. También se percató de la ilusión con que la abría, como si no acabara de elegir todo lo que contenía en su interior. Y finalmente la forma en que su mirada se iluminó cuando descubrió los bombones que le habían dejado de regalo. Cerró los ojos con placer mientras se llevó el primero a la boca.

—Debes probar esto —le dijo a Celia, dejando una delicia de fresa en su mano. Parecía que Henrietta necesitaría la ayuda de su hermanastra para terminar aquella caja antes de regresar a casa.

La siguiente carta de Maddox llegó antes de lo que ninguna de ellas habría esperado. Celia estaba fregando el suelo de rodillas cuando la noticia llegó y permaneció con las manos sumergidas en el cubo y el rostro oculto por la cofia, para disimular que el corazón le había dado un vuelco.

Quizá sería una nueva invitación a la ópera o a algún evento que sucediera por la tarde, para dejar la casa libre durante unas horas. ¿Eso quería? ¿Hacerle una nueva visita, charlar sobre algo con ella? La idea de esa situación le causaba un temor inevitable, pero a la vez una ilusión que no comprendía del todo.

La otra posibilidad era un baile, hecho que llenaba su corazón de melancolía. Que una de esas noches maravillosas fuera a ocurrir de nuevo y ella no tuviera la oportunidad de ir, a menos que quisiera

arriesgarse al mayor peligro de su vida.

Sus manos salieron del cubo y volvió a deslizar el trapo por el suelo, siempre en el mismo círculo, disimulando mientras escuchaba.

—¡Otro baile! —dijo Henrietta—. Lo sabía. No puede resistirse a bailar conmigo.

Las manos de Celia apretaron el trapo con dolor, haciendo que toda el agua fuera expulsada de su interior. Pensó en tomar el cubo y marcharse, pero la conversación continuó.

—No un baile cualquiera —dijo Edwina—. Una mascarada. Qué curiosa decisión

—¿Cómo va a bailar contigo si no sabe ni quién eres? —dijo Patrice burlándose de su hermana.

—Está claro que quiere encontrarme. Me buscará entre todas esas damas enmascaradas y me reconocerá. Será como en un cuento de hadas.

—No pienses que estás en un cuento de hadas —dijo Edwina—. Haz un esfuerzo.

—¡Lo haré! Ya lo verán, me presentaré con el vestido más hermoso…

El paño ya no se movía por el suelo. Celia lo sostenía en sus manos, levantado en el aire, con pequeñas gotas cayendo de vez en cuando de él. No importaba si su delantal se mojaba o si el suelo quedaba sin fregar por completo. Nada de eso parecía importar ahora, en absoluto.

La conversación seguía sonando de fondo, aunque Celia no podía comprender la mayor parte de ella. Hablaban sobre los disfraces y sobre el abanico de oportunidades que se había presentado ante ellas.

Celia necesitó unos segundos para recobrar el control de su cuerpo. Lo suficiente como para recoger el trapo y el cubo y ponerse en pie. Se retiró con lentitud, como si simplemente fuera a guardar los utensilios o a volver a llenar el cubo en el pozo del jardín. Su madrastra y hermanastras estaban demasiado distraídas con la nueva invitación como para prestar atención a lo que la doncella hacía.

Dejó el cubo en su lugar, se secó las manos y se retiró el delantal

húmedo. Hecho esto, retrocedió en silencio y cruzó la casa sin hacer apenas ruido. Llegó a las escaleras y comenzó a subir hacia el ático, atenta por si escuchaba la voz de alguna de las mujeres. Pero ninguna la llamaba.

Entró a su dormitorio. Cerró la puerta tras ella y se sentó sobre la cama. Se permitió tomar aire como si llevara un largo rato sin respirar.

Su mano se extendió hacia la mesilla, abriendo el cajón de madera donde había guardado ese pequeño tesoro. Celia sacó la horquilla de las perlas y la sostuvo entre sus manos como si se tratara de un pajarillo.

—Gracias —susurró con el corazón en un puño—. Gracias.

La habían escuchado. Maddox había planificado ese baile solo para ella. Para que pudiera acudir en paz, sin miedo a ser descubierta, pues no se la reconocería ni a ella ni a nadie.

Quizá ni siquiera ellos dos pudieran encontrarse. O bailaran sin reconocerse. Pero seguiría siendo su baile, la noche más hermosa que jamás podría imaginar. Esta vez sin miedo ni culpabilidad, solo diversión y alegría. Tal y como Merryweather había dicho que debían ser los bailes para las damas.

Era una mascarada. Aunque había escuchado y leído sobre ellas, jamás habría soñado con participar en una. Se puso en pie y se dirigió a su armario, donde volvió a contemplar el vestido de las dos últimas fiestas. ¿Sería suficiente con esa prenda? Un lazo podría cubrir su rostro dejando un espacio para sus ojos y cumpliría con el propósito de la mascarada. No tenía muchas otras opciones. Le gustaría disfrazarse. Le gustaría dejar volar su creatividad, ser parte de ese magnífico juego en el que todos participarían. ¿De qué se disfrazaría Maddox?

Regresó a la mesilla, para volver a mirar la horquilla que Merryweather le había regalado. Si no tenía ocasión de disfrazarse como todos los demás al menos podría lucir esa preciosa joya. Era lo que esa amable mujer le había pedido.

Sostuvo la horquilla en sus manos por un momento más, notando el inmenso agradecimiento brotar de su corazón. Iba hacia la señora Merryweather y sobre todo hacia Maddox, por haberle dado aquello

con lo que siempre había soñado y seguir ofreciéndoselo sin rendirse jamás.

Por un momento se sintió como si estuviera bailando de nuevo. ¿Cómo era aquella felicidad capaz de hacer a su corazón latir tan rápido? En esos instantes, aun encontrándose en su ático, sintió que se transportaba muy lejos de allí.

El instante de paz duró poco. Su viaje se truncó y fue arrastrada de vuelta al hogar por culpa de un sonido. Alguien llamaba a la puerta y Celia tuvo que actuar rápido.

Con una breve mirada comprobó que el armario estaba cerrado. Con un raudo movimiento volvió a guardar la horquilla en el cajón. Se puso recta, bajó la cabeza y llevó la mano al pomo conforme la llamada se hacía más insistente.

No tuvo que hacer mucho esfuerzo para esconder el brillo que la ilusión había llevado a sus ojos. Se desvaneció en el instante en que escuchó a su madrastra.

—Doncella. Abre la puerta ahora mismo.

Apenas terminaba la frase Celia ya obedecía la orden.

—¿Sí, señora Elton? —preguntó Celia con la cabeza baja.

—¿Por qué has subido a tu alcoba en este momento? No te encontraba por ninguna parte.

—Lo lamento mucho, señora. Mi vestido se mojó al fregar y tuve que subir para cambiarme.

—Demasiado exquisita para una criada —dijo Edwina entre dientes —. Ha surgido una nueva tarea y te necesitamos con urgencia. No puedes escabullirte así.

—Lo siento —repitió Celia—. ¿De qué trata esta nueva tarea?

Edwina hizo ademán de pasar a la alcoba y Celia, con cierto pesar, tuvo que permitírselo. Los pasos de la mujer resonaron contra la madera.

Se fijó, de reojo, en la mesa que Celia tenía. Ese pequeño espacio donde había podido hacer todo el trabajo relacionado con su vestido. Por un momento su garganta se encogió con miedo, temiendo que Edwina fuera a descubrir todo lo que en esa mesa se había hecho, todos los planes trazados, todas las desobediencias, con una sola mirada a su superficie.

—Tú sabes coser, ¿no es cierto?

Celia sintió que podría desmayarse de puro pánico. Pero no dejó que eso influyera de forma alguna en su postura. Siguió con la espalda recta, las manos juntas, la cabeza gacha. Tampoco influyó en su voz.

—Sí, señora Elton. Sabe que he estado haciendo sus remiendos desde que estoy a su servicio, y que llevo bordando desde mucho antes.

Edwina asintió con lentitud. Su mirada pasó de la mesa al vestido de Celia, donde podían distinguirse muchos de esos remiendos que había hecho sobre sus propias ropas.

—¿Has escuchado la conversación que acabo de tener con mis hijas?

—En parte, mientras fregaba. Han sido invitadas de nuevo a un baile, ¿no es cierto?

Edwina quedó mirándola durante unos segundos antes de responder, logrando que el miedo se acumulara en el pecho de Celia, como cada vez que sus respuestas no eran del todo verdades.

—No un baile cualquiera —dijo—. Se trata de una mascarada. Aunque no estés familiarizada con la vida en sociedad, ¿sabes lo que significa?

Celia asintió.

—Mis queridas hijas necesitarán disfraces —continuó Edwina—. Como sus rostros estarán cubiertos por antifaces necesitarán deslumbrar con sus ropas.

—Lo comprendo, señora Elton. Es muy importante.

—Cualquier vestido que compremos en un atelier no será suficiente. Necesitan adornos, necesitan vuelo, necesitan que esos trajes sean algo fuera de lo común.

—¿Qué es lo que requiere, señora Elton?

—Haz esos trajes. Que mis hijas vayan al baile con los vestidos que merecen. Será dentro de tres semanas. Ese es el tiempo que tienes para que vistan los disfraces más brillantes de la fiesta.

Los ojos de Celia se abrieron mucho y un escalofrío recorrió su espalda. Aun así, se obligó a alzar la voz.

—Señora Elton, esa cantidad de tiempo no es suficiente…

—¡Entonces trabaja más! —exclamó de pronto. El tono de su voz bajó en las siguientes palabras, pero siguió siendo firme, cada nota calculada—. Pierde menos tiempo en tu alcoba y dedícate a coser. Esa es la tarea más urgente ahora mismo.

—¿Y las demás? —dijo Celia con voz más débil—. Hoy tenía que limpiar las chimeneas y lavar las cortinas…

Aquellas palabras hicieron a Edwina detenerse por un segundo, aunque encontró una respuesta.

—Hoy no lo harás. Como he dicho, el baile se ha vuelto la tarea más urgente, mucho más que el cuidado de esta casa. ¿Lo has entendido, doncella? —Celia asintió—. Bien. Ponte un vestido de calle. Acudiremos a la calle comercial antes de que cierren.

—¿Compraremos los vestidos?

—Y todo lo necesario para adornarlos. Has de venir con nosotras para poder tomar lo que haga falta. Seguirás las órdenes y deseos de mis hijas, ¿entendido?

—Sí, señora Elton.

La mujer ya se dirigía a la puerta. Con la mano en el pomo volvió a hablarle:

—Nos prepararemos para salir. No quiero tener que esperarte. Vístete y llama al carruaje. Que todo esté pronto para cuando mis hijas salgan.

Celia asintió una vez más. Cuando Edwina hubo cerrado la puerta ella comenzó a seguir cada uno de sus mandatos, en orden. Se vistió rápido, salió al exterior y allí esperó junto al carruaje a que sus hermanastras aparecieran.

Tardaron más de lo que habrían esperado, y Celia tuvo que permanecer de pie junto a los caballos durante unos largos instantes. Salieron por la puerta todavía colocándose las capotas y atando sus lazos bajo la barbilla sin dejar de hablar.

—¿Qué crees que le gustará más al señor Maddox? ¿Un traje tradicional, quizá? ¿Debería llevar máscara o antifaz?

—Lo que más te cubra la cara será lo que más le agrade.

Henrietta empujó a Patrice, estando a punto de hacerla caer sobre los arbustos que había junto a la entrada. Edwina las obligó a ponerse rectas y hablar con más calma.

Celia les abrió la puerta del carruaje y permitió que las tres entraran, subiendo ella en último lugar. Se sentó y permaneció en silencio mientras la conversación seguía transcurriendo.

—Creo que debería ponerme algo llamativo —continuaba hablando Henrietta—. Algo interesante, exótico. Del sur, quizá. ¿Y si me vistiera como las italianas? Seguro que no podría resistirlo.

—Qué aspecto más descarado sería ese —resopló Patrice—. Yo quiero algo elegante. Puede que tengan algún traje tradicional en el continente.

—El vestido que deseéis se os concederá —dijo Edwina, mirando a Celia—. ¿Recordarás todo esto? ¿Sabes lo que tienes que hacer?

—Buscaré los mejores adornos para los trajes que las señoras quieren crear.

—¡Yo quiero unas enaguas! Que tengan mucho vuelo. Así destacaré entre todas las demás.

—Lo que usted desee. Seguro que en el atelier podemos encontrarla.

En el paseo en carruaje hasta la calle comercial fueron trazándose todos los planes. Henrietta y Patrice salieron con una idea clara de qué clase de ropa querían, así como las máscaras que utilizarían. Irían vestidas con trajes tradicionales de países lejanos y causarían sensación. Mientras ellas hablaban Celia recogía cada palabra y se esforzaba por recordar sus deseos bajo la atenta mirada de Edwina.

El coche las paró a las puertas de la calle comercial e inmediatamente se dirigieron al atelier. El sastre se sorprendió al escuchar sobre aquella mascarada, pues solo ellas habían acudido con tanta prisa a solicitar sus servicios. Pronto el baile sería la comidilla de toda la comarca y muchas mujeres acudirían a probarse sus vestidos, pero ellas habían sido las primeras.

—Entonces, ¿quiere un traje tradicional holandés para su hija?

—Quiero una falda con las formas holandesas, una camisa con sus mismas mangas y escote. ¿Lo ha entendido?

—Por supuesto. Aun así, para que se reconozca el disfraz deberíamos añadirle unos bordados como estos.

—No debe preocuparse por eso. Tengo un sastre personal que se ocupará de hacer que esas faldas luzcan extranjeras. Aquí solo he

venido a por los materiales.

Así fueron comprando todo lo que necesitaban. Edwina pedía, Celia observaba, Henrietta y Patrice se encaprichaban. Buscaban lazos, encajes, accesorios que lograran llamar la atención de todos. Tanto el sastre como su madre trataban de guiarlas hacia unos detalles acordes con el tema, aunque no siempre era posible. Henrietta le echó el ojo a unos lazos de colores pasteles a pesar de que su vestido de italiana necesitaría de rojo y negro.

—¡Celia! ¿Qué te parece esto? —le preguntó la joven, agitando un lazo en el aire frente a su rostro. Celia, que había estado ocupada observando unas agujas, necesitó un segundo para reaccionar. Tiempo suficiente para que su otra hermanastra hablara.

—¿Y qué sabe ella? Los vestidos son para nosotras, ella solo tiene que coser lo que le digamos.

Henrietta frunció el ceño ante esa interrupción. Celia, sin embargo, no mostró reacción alguna. Bajó la cabeza y volvió a centrarse en las agujas. Una vez más estaba cumpliendo las órdenes de su hermanastra.

Después pasaron a fijarse en las enaguas, para poder llevar amplias faldas. Se las probaron, posaron con ellas y terminaron llevándose más de dos, para poder decidir entre varias una vez el vestido estuviera preparado.

Parecía que nada detenía el dinero a la hora de salir del ridículo de Edwina. Por una vez no reparó en gastos, permitiendo a las muchachas conseguir sus mejores caprichos, desde los zapatos hasta los adornos del pelo. Escuchaba al sastre, escuchaba a las dos muchachas, incluso llegó a escuchar a Celia cuando esta, en voz baja, propuso unas agujas decoradas que harían que el vestido aguantara más peso.

Abandonaron la tienda cuando ya cerraba y el sol había empezado a ponerse. Celia habría cargado con todas las compras si el sastre no se hubiera compadecido de ella dándole su ayuda hasta llevarlas al carruaje. Henrietta y Patrice salían llenas de emoción, cada una fantaseando sobre lo que había comprado. Edwina era la más seria de todos, con los labios juntos y la mirada ladeada. Contemplaba de reojo a Celia, como si aquella tarde en el atelier hubiera despertado

un nuevo rencor.

La joven sabía el porqué. Habían hecho una gran inversión y de ella dependía que todo hubiera merecido la pena. Si los vestidos no daban el resultado que ansiaba tendría una culpable a la que señalar.

Aunque al llegar a casa era ya de noche, Edwina le dijo a Celia que guardara y ordenara todas las compras para al día siguiente comenzar a trabajar a primera hora.

Sobre un maniquí colocó las enaguas y uno de los vestidos que habían comprado. Dejó el otro en una percha y ordenó las telas y los accesorios sobre la mesa. Todo aquello ocurría en el ático, en su pequeño dormitorio, ahora convertido en un atelier en miniatura. Apenas quedó espacio para dejar la cama descubierta.



Quedaban tres semanas para la mascarada. El primer día, Celia lo pasó ajustando el vestido a sus hermanastras y escuchando sus planes para los disfraces, así como hojeando las revistas y los grabados que habían conseguido para buscar ideas.

Así pasó Celia las horas, rodeada de telas y de trabajo. Durante aquella primera jornada su único descanso de coser fue en los momentos en que tuvo que bajar a hacer la cena, lavar los platos, barrer y todas las tareas imprescindibles para que la casa siguiera en pie.

Fueron pasando los días. En apenas una semana ya se había establecido una nueva rutina.

—Doncella, la lámpara ha dejado una mancha en la pared. ¿Y si vienen visitas? —podía decirle Edwina una tarde, para después protestar—: No se te ocurra abandonar los vestidos. Que estén a tiempo para el baile es algo esencial.

Celia cumplía con ello como podía. Pasada la primera semana, la tela ya estaba ajustada a los cuerpos de sus hermanastras y había podido empezar a trabajar en los adornos. Cubriría la falda de Henrietta con una tela roja mientras que la de Patrice sería azul. Una estaría llena de volantes y otra de bordados. Una se pondría flores de tela en la cabeza y para la otra debía buscar cómo crear una cofia

puntiaguda.

Cuando quedaban dos semanas para el baile, Celia se encontraba de pie en medio de la caja de costura que ahora era su habitación. Los vestidos comenzaban a tomar forma, pero a cambio en el suelo se veía el desperdicio de todos los adornos que habían sido rechazados. Cuántos lazos, cuántos encajes, cuántas joyas y detalles que se perdían. Celia se agachó en esta montaña, tomando en sus manos un lazo del rosa más suave.

Miró al frente y encontró otra de las enaguas abandonadas. Tan ancha, tan única, y que seguramente quedaría olvidada por no prestarse a los disfraces que Henrietta y Patrice habían escogido.

¿Cuánto dinero había gastado Edwina en aquel atelier? ¿Afectaría a sus finanzas, tan atenta como estaba siempre a ellas? Quizá lo consideraba una inversión, como si estuviera segura de que sus hijas iban a alcanzar el éxito en esa mascarada y la fortuna les llovería después.

Celia sabía que no podía comprender la mente de Edwina, que nunca sería tan analítica ni podría trazar planes tan precisos. Todo lo que sabía es que había preciosas telas y adornos tirados por el suelo a la espera de un vestido que decorar. Era un desperdicio que a la joven le dolía.

Tomó una de las telas, de color perlado, y se la puso alrededor de la cintura. ¿Cómo se vería con más amplitud, como si llevara las enaguas debajo? ¿Cómo se vería con lazos como aquel adornándola, con encaje en sus bordes, con el peinado acompañándolos?

Celia ya había soñado con un vestido hermoso una vez, cuando había sacado sus viejas prendas para adornarlas y repararlas, antes de ir al primer baile en la mansión de los Maddox. En esos momentos se sentía como una fantasía imposible de realizar, pero lo había logrado. Había ido al baile y se había sentido hermosa.

En aquel momento no había tenido tantos recursos. Ahora, sobre el suelo, una nueva oportunidad se presentaba ante ella. Miró su reflejo en el espejo mientras su corazón formulaba un nuevo deseo.

Aquella noche permaneció despierta hasta tarde, cuando al día siguiente tendría que levantarse con el sol y seguir trabajando en la costura y en sus tareas. No le importó. Fingió que tenía esas

energías y pudo hacerlo, porque había encontrado algo a lo que aferrarse. Una esperanza que le daba alas.

Quedaban dos semanas para la mascarada y Celia había empezado a trabajar en un tercer vestido.

9

—¡Qué maravilla! ¡Qué maravilla, Celia!

—No os entretengáis. Quiero que lleguemos al baile lo antes posible —ordenó Edwina mientras se acercaba a Henrietta y a Celia, que le estaba poniendo el vestido—. Estrecha más esa cintura.

Patrice se encontraba colocándose y recolocándose la cofia. Cuando al fin pareció conforme se colocó el antifaz en el rostro, dejando solo visibles los labios.

—¿Tenemos que llevar esto desde ahora? —preguntó con una mueca de incomodidad.

—Por supuesto. No podéis terminar de vestiros al bajar del carruaje —dijo Edwina mientras le colocaba el antifaz a su otra hija.

Todo estaba preparado. Las hizo ponerse en pie y girar sobre sí mismas, observando atentamente cualquier fallo que pudiera haber en los trajes. Celia no se atrevió a respirar mientras esperaba el veredicto de Edwina, que no fue más que un asentimiento y un gesto a sus dos hijas para que abandonaran la estancia.

Antes de cruzar ella misma la puerta, Edwina se giró hacia Celia.

—Quiero que esta alcoba esté recogida para cuando regresemos del baile —dijo—. Y quiero que todo el abandono que tu nuevo trabajo ha generado en la casa quede reparado. Que para nuestro regreso esté tan resplandeciente como merece. ¿Lo has entendido?

Celia asintió al momento.

—No quiero arrepentirme de haberle dado a una doncella un trabajo tan esencial.

Con esas palabras, Edwina cerró la puerta.

Celia quedó sola en el interior de su alcoba. Las escuchó bajar por las escaleras, oyó los relinchos de los caballos y el paso del carruaje al iniciar su marcha. Poco a poco se alejó y llegó el silencio. Celia se quedó sola.

Al fin tuvo el valor de dirigirse al armario y sacar el tesoro que había estado guardando. Se puso las enaguas, las telas, el corsé, cada adorno, cada lazo y cada pluma. Y sobre sus ojos una cinta de encaje, lo bastante ancha como para ocultar el rostro de su portadora. El aspecto de criada la abandonó, se transformó.

Descendió de la alcoba y se adentró en la noche, siguiendo aquel camino que ya conocía, como si condujera hacia su hogar.



Todo en aquel baile era el esplendor más absoluto, de una forma muy peculiar. Un hombre disfrazado de Sir Lancelot daba la bienvenida a todos los presentes y cuidaba que nadie quedara falto de atención.

Todos los rostros estaban ocultos. ¿Quién era quién? No había forma de saberlo. No había amigos o enemigos, no había familias rivales ni aliadas. No había ni hombres ricos ni caballeros en riesgo de caer en la pobreza. Todos eran iguales. Puede que incluso se hubiera colado alguien que no perteneciera a ese baile, un intruso. ¿Qué importaba? Era todo parte del juego. Era la esencia de la mascarada.

Unas damas de vestidos extranjeros se pavoneaban por la sala, con sus amplias faldas abriéndose paso. Algunas llevaban vestidos de colas tan largas o sombreros tan altos que su figura se perdía. Un grupo de caballeros iban disfrazados con telas sobre sus hombros como los guerreros griegos, y su rostro cubierto. Un arlequín daba el espectáculo buscaba la atención de una mujer vestida de reina. Una dama corría burlándose del hombre disfrazado de bufón italiano, pues le había robado la máscara de gran nariz que llevaba.

Todos eran caballeros. Todos se conocían de distintas ocasiones. Pero esa noche habían abandonado la campiña inglesa, ese mundo de lujo y coqueteo, para sumergirse en el encanto y el espectáculo. Como si la mansión al completo se hubiera convertido en un teatro.

Y como correspondía en el teatro, todos contuvieron el aliento cuando la actriz principal hizo su aparición. Fue de los últimos invitados en cruzar las puertas, como era costumbre en ella. Entró con disimulo, sin querer llamar la atención por su tardía arribada. Sin embargo, deslumbró.

Celia bajó la cabeza cuando empezó a sentir los ojos posándose sobre ella. Como si hubiera olvidado que había una tela cubriendo su rostro para proteger su identidad, el propósito de todo aquel baile.

Deseó tener su abanico entre las manos. Deseó que las plumas

que tenía en su moño descendieran y cubrieran su rostro. Pero aunque lo hiciera nadie dejaría de mirar ese vestido, ese disfraz al completo que sus agotadas manos habían cosido en tan poco tiempo.

Si los invitados supieran cuánto esfuerzo había puesto Celia en ese vestido pensarían que había merecido la pena cada hora sin dormir, cada dolor en las manos, cada callo entre los dedos. Pensarían que una obra de arte como aquella merecía cualquier sacrificio.

Al contemplar su disfraz, sus faldas de colores pasteles y sus telas cuajadas de adornos, su alto moño y las plumas que lo coronaban, los invitados creían por un instante que la reina María Antonieta había regresado de entre los muertos, había escapado de la Francia imperial para acudir a aquel baile de disfraces.

Entre la multitud se sintieron algunos aplausos de pura admiración, como corresponde a la entrada de la actriz principal.

Apenas unos segundos después de su entrada ya hubo alguien que se acercó a ella. Celia esperó que el maquillaje pálido que llevaba hiciera suficiente para ocultar su rubor.

Por un instante creyó que se trataba de Maddox, que había podido reconocerla entre toda aquella parafernalia. Pero levantó la cabeza y se encontró con un caballero vestido con algún traje del continente, con el rostro cubierto por un antifaz y la cabeza descubierta. Celia vio el cabello pelirrojo brillante y comprendió que no podía ser Maddox. Tenía ante ella a un caballero desconocido prestándole toda su atención.

—Señorita, su elegancia me ha cautivado. ¿Me haría el honor de concederme el primer baile?

Apenas pudo hablar. Solo fue capaz de tomar la mano que le ofrecía y darle un asentimiento que terminó en reverencia.

Cuando las primeras notas comenzaron a sonar Celia se dejó llevar. Como si las manos que tomaba no fueran las de un desconocido. Podía imaginar que estaba frente a Maddox, que estaban haciéndose uno en el baile.

Su pareja era elegante y su danza era fluida, todo lo necesario para que ella pudiera sumirse en la música. Durante esos momentos ni siquiera temió que sus lazos se cayeran o que su peinado se

deshiciera, no hizo más que disfrutar.

Solo se distrajo un momento para pensar en Maddox. ¿Dónde estaría? ¿Con quién bailaría aquella primera pieza? ¿Habría podido reconocerla entre la multitud? ¿La buscaría?

Esos pensamientos acudieron a su mente al principio. Poco a poco, conforme la música se hizo más intensa y el baile más animoso, no tuvo ocasión de pensar en nada ni nadie más.

La danza terminó, y Celia y su caballero desconocido se hicieron una mutua reverencia. Él la tomó del brazo y le preguntó si había algún caballero al que le hubiera prometido el segundo baile, a lo que ella respondió que no.

Creía que se marcharía y le permitiría descansar, sentarse tras la perturbación en el corazón que suponía un baile. No fue así: otro caballero, vestido de paje, se acercó a ellos. Por la forma en que trataba a la pareja de Celia no cabía duda de que eran buenos amigos.

—He visto su forma de bailar y es muy hermosa. ¿La compartiría conmigo en la próxima pieza?

Celia solo pudo responder que sí. Sus mejillas ardían, su corazón se aceleraba tanto por el ejercicio como por la emoción.

Aquellas atenciones eran distintas a las de Maddox. No se sentían tan profundas, pero no por ello eran menos disfrutables. Eran dos desconocidos compartiendo un baile y gozando de la compañía, pasándolo bien en aquella fiesta. No volverían a verse y, aunque lo hicieran, no podrían reconocerse tras esas máscaras.

Sus parejas de baile se disfrazaban de extranjeros o de tiempos pasados. Ella se había vestido de reina, aunque quizá el verdadero disfraz era actuar como una dama, recibir las atenciones de los caballeros presentes, pasear por el salón sin tener que ocultar su rostro. Vivir el baile como debía hacerlo cualquier dama de su posición, disfrutando de su juventud.

Era solo una noche, un espejismo, como todo aquel baile. Cuando el reloj diera las doce, se desvanecería y tendría que correr de vuelta a casa y cubrir sus pasos. Todo se desaparecería entonces.

Pero aquella noche era real. El latido emocionado de su corazón era real. Y durante esos instantes antes de que el día acabara nadie

podría arrebatársela.

Su segunda pareja de baile la acompañó hasta un rincón para poder tener un breve descanso y se despidió de ella después de que otra dama se ganara sus atenciones. Celia se concedió un instante de tranquilidad hasta que un nuevo caballero se acercó a ella.

—Disculpe, señorita, se le ha caído esto.

La joven se giró al instante ante el sonido de esa voz. Un caballero vestido de Sir Lancelot estaba ante ella, extendiéndole uno de los lazos rosados que las agujas sujetaban a su vestido.

Celia tomó el lazo de sus manos y sus ojos se encontraron.

—Es usted.



No le había cabido duda desde el instante en que había escuchado su voz. Tan cerca de ella, con su mano en la suya, no había forma de que Maddox pudiera confundirla.

Le dijo que la había reconocido no con palabras, sino con la inmensa sonrisa que se esbozó en su rostro. Una reverencia la siguió. Después, una petición.

—¿Me concede este baile?

—Siempre —respondió ella, mientras tomaba sus manos y las notas empezaban a sonar.

—Creo, señorita —susurró Maddox mientras sus pies empezaban a

moverse— que es la más hermosa y mejor vestida de esta mascarada.

—¿Usted cree?

—Y como anfitrión tengo voz para decidir esto.

La joven dejó escapar una risita.

—Debe haber sido un trabajo enorme —continuó Maddox—. Porque no me cabe duda de que lo han hecho estas manos.

—Así es. Aunque es un engaño.

—Todo en este baile lo es. ¿Por qué dice eso?

—Sus costuras no están bien terminadas, aunque un ojo que no es experto no lo aprecie. Todos los adornos lo disimulan, pero estos también se caen. Usted lo ha visto. Seguramente cuando regrese a casa se caiga a pedazos.

—Quizá este hecho le da todavía más valor. Es una belleza frágil y efímera.

Frágil y efímera. Como la magia de aquella noche. Como la felicidad de Celia en esos instantes. Como ella misma.

El baile continuó, con Maddox tomándola con delicadeza de las manos, haciéndola girar para que su vestido deslumbrara todavía más a los presentes. No permitió que nadie olvidara que aquella era su invitada, su pareja de baile, su estrella aquella noche.

Cuando el baile terminó, Maddox se inclinó ante ella y la tomó del brazo con una pregunta.

—Desearía pediros otro baile, pero hay una promesa que debo cumplir. Decidme, ¿con qué otra dama de este salón debería bailar?

Celia comprendió la pregunta, y así le respondió.

—Con la italiana. Si puede darle a entender que sabe quien es, mejor. Evite a la holandesa.

Maddox marchó a cumplir con esa parte de su cometido, pero Celia no permaneció a solas mucho tiempo. En apenas un instante había otro caballero desconocido inclinándose ante ella, con una efusividad en su reverencia que la joven no esperaba.

—Su real majestad —dijo el caballero, para luego levantar la cabeza con una sonrisa que se le contagió a Celia. Su siguiente baile fue con él.

Llegó a distinguir a Maddox bailando con Henrietta, y para la

siguiente pieza estuvo acompañado de otra dama vestida como la reina Titania. Cuando aquella pieza terminó, Maddox tomó del brazo a su pareja y ambos se dirigieron hacia Celia.

—Supongo que usted será su pareja en el próximo baile —dijo, y entonces se inclinó ante ella—. Encantada de conocerla al fin.

Celia no supo bien qué contestar a aquellas palabras, pero no fue necesario. Maddox la tomó de las manos y la muchacha se separó de ellos, con una sonrisa que no abandonaba su rostro.

—Es el momento de un nuevo baile —dijo Maddox, con las manos de Celia entre las suyas.

—Así es —susurró Celia—. ¿Me lo pedirá antes de que termine la noche?

A su pesar, no podía evitar mirar el reloj en la pared, sabiendo que la medianoche pendía sobre ella como una espada de Damocles. Maddox quería tomarla de las manos y arrodillarse ante ella para suplicarle que se quedara hasta que saliera el sol, pero sabía que no le estaba permitido.

Su noche era efímera, y todo lo que podía hacer era otorgarle toda la felicidad que merecía mientras pudiera. La hizo bailar otra vez, con toda la emoción, la cercanía, la pasión presente en su danza. En aquella ocasión los músicos estaban tocando un vals.

Nunca habían compartido una pieza así. Sus cuerpos nunca habían estado tan cerca el uno del otro, unidos por el lento baile. Lo bastante cerca como para poder confesar los pensamientos que escondían en lo más profundo del corazón.

—Gracias —susurraba Celia—. Gracias por este baile.

Algo en su voz se quebraba, a la vez que el tiempo pasaba y comenzaban a formarse grietas antes de que todo se rompiera en pedazos.

—Gracias por haberme dado la noche más maravillosa. Creí que ya no podría sentirlo de nuevo, pero usted lo ha conseguido. Gracias, señor Maddox. Ha sido el baile más feliz que podía imaginar. Así es como deben ser siempre para las damas.

—Usted es una dama. Es su baile, es lo que merece.

—Gracias, señor Maddox —siguió susurrando Celia—. Gracias por esta felicidad. Ojalá el baile durara eternamente.

—Que así sea, entonces —dijo. Su voz era un susurro y sus palabras una súplica—. Quédese aquí. No vuelva a su casa con esa terrible familia.

A la vez que Maddox pronunciaba las palabras más valientes, las campanadas del reloj comenzaron a sonar.



En los bailes anteriores había pasado desapercibida al desaparecer. En aquella ocasión, muchos de los invitados se preguntaron a dónde había ido aquella reina que se había ganado las atenciones de todos los presentes.

Mientras la fiesta continuaba, Celia corría de regreso a casa. Tenía razón, su vestido se hacía pedazos, y si Maddox hubiera querido encontrarla solo habría tenido que seguir el rastro de lazos y plumas que dejaba a su paso.

Pero Maddox sabía dónde estaba, y también sabía que no podía sacarla de allí. Pasó el resto de la noche bailando con otras damas, entre ellas Henrietta, y fingiendo que no le dolía en el corazón el haber visto a Celia marcharse otra vez.

Sentía que la perdía un poco más cada medianoche.

Celia cumplió con cada uno de sus cometidos, como le correspondía. Guardó su vestido en los cajones como quien entierra un tesoro oculto. Se quitó el maquillaje del rostro para volver a mancharlo con polvo y cenizas al ordenar y limpiar. Hizo rauda todas las tareas que Edwina le había encomendado antes de que su tiempo se acabara.

Cuando al final pudo dejarse caer en la cama, cuando quedaba poco para que saliera el sol, se quedó dormida antes de que su cabeza tocara la almohada. Soñó con el baile que continuaba no muy lejos de allí.

10

A PESAR DEL AGOTAMIENTO por el baile, el ánimo no abandonó a Celia ni por un solo instante. Tarareaba las melodías que sonaban en el baile mientras trabajaba en la noche, y al despertar al día siguiente se sentía como en una nube de ensueño. No había dolor en sus pies, no sufría por el agotamiento. Cuando la hora llegó estuvo en la cocina para preparar el desayuno de su madrastra y sus hermanastras, que sirvió sin la menor molestia.

—¿Por qué sonríe así esta? —murmuró Patrice, haciendo que Celia tuviera que disimular su expresión.

—Hay muchos motivos para sonreír. Por ejemplo, que una Seymour ha logrado seducir al caballero más rico de la comarca.

—Si anoche bailó dos veces contigo, debió ser porque no tenía ni idea de quién eras.

La conversación, más cercana a una discusión, entre las dos hermanas continuó. Edwina no dijo ni una palabra. Se limitó a mirar de reojo a Celia mientras recogía los platos y se dirigía a la cocina a buscar la escoba.

Cuando regresó y se puso a barrer el salón, Edwina ya se había marchado mientras que Henrietta y Patrice continuaban desayunando. Celia no prestó atención a esto, se limitó a barrer los suelos como cada día.

Ya no tenía que ocuparse de trazar y coser hermosos vestidos. No había excusa para escapar de tareas más mundanas como aquella. Pero no le importaba, en absoluto. Sostenía la escoba entre sus manos, igual que tantos días de aquellos últimos cinco años, y en algunas ocasiones sentía que estaba bailando con ella.

Terminada la tarea de barrer, dejó la escoba en su lugar y se sacudió las manos en el delantal. Pensó en subir al ático para descansar los pies y quizás recordar la noche anterior, solo un momento, antes de seguir con el trabajo.

Había vuelto a su rutina y no había nada de especial en ella. No debería haber temido nada mientras subía las escaleras, tampoco cuando encontró la puerta de su alcoba entornada. Esa inocencia, esa falta de preparación, hizo que su corazón se saltara un latido al

encontrar a alguien dentro.

—Señora Elton… —susurró Celia con el temor en la voz. Edwina se giró hacia ella con lentitud.

—Doncella —dijo—. ¿Puedes explicar esto?

La ventana estaba entrecerrada, apenas entraba luz en la alcoba y la mirada se le había nublado de puro pánico. Celia no pudo ver lo que Edwina le mostraba, solo pudo sentir terror.

—¿Por qué ha subido aquí, señora?

Edwina terminó de girarse hacia ella y la encaró.

—¿Me prohíbes moverme por mi propia casa?

—No, no, jamás —dijo Celia temblando. Una parte de ella quería caer de rodillas y pedir perdón, aunque no sabía por qué—. Pero apenas… apenas pasa por aquí.

Fue una pobre excusa, pero Edwina respondió.

—Había venido a comprobar que todo estaba en orden en esta habitación, como te pedí que hicieras anoche.

—Lo comprendo. Disculpe —murmuró—. ¿Hay algo mal?

—En esta alcoba tan ordenada he encontrado algo que no debería estar aquí. ¿Puedes explicarme, doncella, qué es esto?

Esta vez lo puso justo delante de su rostro y Celia pudo descubrir lo que era sin duda alguna. No era el vestido que había llevado anoche, no era más que un pequeño detalle. Una horquilla decorada con perlas.

—Yo no he comprado esto —insistió Edwina antes de que pudiera buscar una excusa—. Y una joya como esta no debería estar aquí. ¿Qué es esto?

Formuló la última pregunta con una lentitud aterradora, sílaba a sílaba. Celia comprendió la encrucijada en la que se encontraba y tuvo que actuar rápido, con una insensatez que la atormentaba y un valor que no sabía si tenía.

Recordó lo que Henrietta le había dicho. Las mentiras eran necesarias para sobrevivir en esa casa.

—Lo compró Henrietta —dijo con voz aguda—. La última vez que fuimos a la calle comercial. Pensó que lo usaríamos para su disfraz, pero al final no fue así.

La mirada de Edwina era inquisitiva, como un juez esperando a

dictar la condena. Su silencio podía ser peor que sus palabras. Celia se obligó a seguir hablando.

—Puede preguntárselo a ella. Me apenó que una joya tan bonita como esta se desperdiciara por no quedar bien con su disfraz, por lo que la guardé.

—¿Guardarla? —dijo Edwina al fin—. ¿Guardarías un collar de oro o un vestido de seda entre la paja de un establo?

Cada palabra que salía de sus labios destilaba veneno. Celia cerró los ojos con dolor.

Aprovechando su cabeza gacha, Edwina alzó la horquilla y la colocó en el cabello de Celia, junto a la cofia. Al hacerlo se la clavó ligeramente en la piel, lo que la hizo estremecerse.

—Mira esto —dijo Edwina, poniéndole a Celia una mano en la barbilla para obligarla a levantar la cabeza—. Mira esta hermosa horquilla con sus perlas brillantes. Y mírate. Este cabello destrozado, esta piel sucia, estas ropas viejas de criada. Deberías haber visto el baile anoche: estaba lleno de disfraces. Aunque el que tú lleves una joya como esta ni siquiera parece un disfraz, es algo mucho más ridículo.

Le quitó la horquilla de pronto, causándole un tirón de pelo al hacerlo. Celia se encogió, pero no dijo nada. Edwina apretó la horquilla en su puño con tanta fuerza que la joven temió que fuera a romperla.

—No sé a qué estás jugando —dijo—, o qué fantasías absurdas tienes en esa cabeza. Pero no te entrometas en el camino de mis hijas, que están más cerca del éxito de lo que tú lo estarás jamás.

Celia no dijo nada. Sus manos estaban cerradas, temblando, pero no reaccionaba a lo que Edwina decía. Permanecía recta y con la cabeza baja, como una doncella fiel.

—Quiero que te quede claro. Yo tengo la renta de mi anterior marido. Tengo dos hijas en edad de casarse que están a punto de alcanzar la fortuna. Tú no tienes más que un padre muerto y una herencia rota.

Esas fueron sus últimas palabras. Después comenzó a caminar, pasando al lado de Celia y abandonando la habitación. Cerró la puerta con fuerza al salir.

Celia no se permitió romperse hasta que Edwina se hubo marchado. Entonces cayó al suelo de rodillas, todo su cuerpo temblando.



Hacía tiempo que no pisaba ese lugar. Pero cuando regresó, lo hizo con el mismo porte firme y seguro de años atrás, con esa fuerza y orgullo que siempre la acompañaban para conseguir lo que deseaba. Aunque ya habían pasado años y su cabello se había teñido de gris, el mismo hombre la reconoció al instante. Se quitó las gafas y se puso en pie, retirándose del escritorio para recibirla.

—¡Señora Merryweather! Bendita sea, ¿cómo puedo ayudarla?

La dama cruzó el despacho para sacudir la mano del abogado en un saludo.

—Señor Wilson —le saludó—. Cuánto tiempo, ¿cómo van los negocios?

Una vez sentados, los dos viejos amigos empezaron a ponerse al día. Wilson le habló del nieto que acababa de tener y Merryweather sintió una cierta culpabilidad por no haber venido a visitar a su abogado hasta que había necesitado de sus favores.

Dejó que la pusiera al día, que le contara todo sobre el bebé, y no habló de sus propios asuntos hasta que el propio Wilson le preguntó.

—Bien, señora Merryweather, ¿qué es lo que la trae por aquí? Espero que no haya tenido ningún problema con su hacienda…

—No, no, en absoluto. Esta vez se trata de una herencia distinta.

Wilson bajó sus gafas y la miró con interés. Merryweather prosiguió:

—Conoce usted a la familia Maddox, ¿verdad? Unos viejos amigos míos. Debe saber que el muchacho ya se encuentra en edad de casarse. Mi estimado Richard, a quien quiero como a un hijo. Qué rápido crecen.

—Espero que le vaya bien al joven.

—Precisamente eso es lo que he venido a comprobar.

Wilson levantó las cejas.

—¿De qué se trata?

—Sabe que ya estamos en la temporada, y Maddox ha tenido

oportunidad de conocer al bello sexo. Aunque no lo admita, sé que hay una muchacha de la que se ha quedado prendado.

—¿Y usted cree que es apropiada para él?

—Es hija de un caballero, de eso no he de preocuparme. Sin embargo, su fortuna es algo que me genera más dudas. No es tan rica como Maddox, eso lo sé, pero temo que su situación sea peor de lo que nos ha hecho saber.

—Comprendo —murmuró Wilson, juntando las manos—. ¿Cómo se llama esta señorita?

—Celia Elton.

—Elton, Elton… ¿Es posible que sea una huérfana?

—Así es, aunque tiene una madrastra.

Wilson asintió.

—Sí, sé de quién se trata.

—¿Acaso ha trabajado con ellas?

—Tuve alguna consulta de la señora Elton. No llevé todo el asunto de su hacienda, pero algo escuché.

—Y… ¿sería posible que compartiera lo que escuchó, señor Wilson?

El hombre sacudió la cabeza.

—Señora, soy un abogado. No puedo compartir esa información.

—Lo comprendo. Sin embargo, le pido que intente entender mi punto de vista. Usted me conoce, señor Wilson, y sabe que no le pediría algo así si no fuera vital. Se trata de Richard Maddox, de una decisión de la cual depende el rumbo de su vida. Su madre, mi más querida amiga, murió cuando era un niño. Yo le prometí de corazón que cuidaría de él y así lo he hecho desde entonces. En esta ocasión temo que la situación pueda escapárseme de las manos.

Wilson negó con la cabeza.

—Si sospecha que la señorita Elton no es una esposa adecuada para él, lo mejor que puede hacer es sugerirle que no la corteje y busque a otra dama. Su hija, por ejemplo. ¿No había rumores sobre su futuro compromiso?

—Pero se olvida de un detalle clave, señor Wilson. No se trata exclusivamente de la fortuna del señor Maddox, se trata de su felicidad. Me temo que se ha enamorado de ella.

Hubo un suspiro por parte del hombre.

—Señora Merryweather, lo que me pide es demasiado.

—No se lo pido como abogado, señor Wilson, sino como amiga.

Estas palabras parecieron ser el toque final. Wilson se levantó del escritorio y con las manos a la espalda comenzó a mirar por la ventana.

—¿Qué es lo que sabe sobre esta dama, señora Merryweather?

—He escuchado que la herencia que tiene es pobre. Que su padre no estableció un mayorazgo para protegerla, por lo que se dividió.

—Entre ella y su madrastra —Wilson asintió con lentitud—. Eso es cierto.

Merryweather apretó los labios, no quiso expresar nada que pudiera revelar lo que esas palabras habían causado en ella.

—Así que la mitad de esa poca fortuna pasará a las Seymour…

El señor Wilson se puso recto de repente.

—¿Disculpe?

Merryweather se enderezó también.

—¿Ocurre algo, señor Wilson?

—¿Ha dicho Seymour?

—Así es, señor. Ese es el apellido que llevan las hijas de la señora Edwina Elton. Seymour debió ser el apellido de su primer marido.

—Oh —murmuró. Sus ojos se habían abierto mucho. Merryweather se puso en pie y fue junto a él.

—¿Qué ocurre?

Tras unos segundos más de duda, Wilson sacudió la cabeza para despejarse y la miró.

—Sé que quiere proteger a su ahijado, señora Merryweather. Ha hecho bien previniendo una situación como esta.

Merryweather no sabía si sentir miedo o esperanzas. Le pidió al señor Wilson que hablara.



Celia se limpió las cenizas de los dedos e introdujo la mano en el agua, comprobando a cada rato si ya estaba a la temperatura adecuada. Preparó la esponja y los jabones para que estuvieran al alcance de la mano.

Cada uno de estos pasos lo realizó con lentitud y cuidado, quizá

porque gran parte de sus fuerzas la habían abandonado. No pensaba, no se hundía en el dolor, simplemente se centraba en su trabajo y nada más. Como debía ser.

Avisó a Henrietta cuando la bañera estuvo lista, y la joven comenzó a desvestirse mientras murmuraba entre dientes.

—Maldita sea, si la hubieras escuchado… Espero que este baño me relaje, porque no aguanto más…

Le costó deshacer los lazos de la cotilla y Celia acudió en su ayuda. Después se apartó, cuando Henrietta se metió en la bañera. Lo hizo con ira contenida, salpicando un par de charcos de agua.

—No la soporto. A veces incluso desearía casarme de verdad para salir de aquí.

Celia respiró hondo y habló.

—¿Qué ha ocurrido, señorita Seymour?

—¡Patrice, eso ha ocurrido! —exclamó. Sacó los brazos del agua, causando nuevas salpicaduras—. Está celosa de que yo tenga la atención de Maddox, eso es lo que le pasa. Aunque tenga a otros caballeros detrás de ella. No soporta que me vaya mejor, tan acostumbrada que está a ser siempre la favorita.

Dejó escapar un resoplido. Se hundió un poco más en el agua, hasta la barbilla.

—Cómo puede decirme unas cosas así…

Celia se giró lentamente, mirándola con ojos compasivos. Fue junto a la bañera y cogió la esponja.

—Lo siento tanto. Sé lo dolorosas que pueden ser las palabras.

Henrietta guardó silencio por unos segundos. Dejó que Celia impregnara la esponja con jabón y se la entregara.

—¿Y a ti qué te pasa? —preguntó Henrietta mientras se frotaba los brazos—. ¿Por qué esa cara tan larga?

Celia dudó, sin saber si sería lo correcto darle una respuesta. Al final suspiró.

—Las palabras, como le he dicho.

Henrietta también guardó silencio tras esa breve conversación. Siguió enjabonándose y lavándose el cuerpo hasta que dejó caer la esponja.

—Esto no me ayuda en absoluto.

Celia recogió la esponja y las botellas de jabón.

—¿Le gustaría un té?

—No. Pero sé de algo que seguro que me animará. Y a ti también —se esforzó por ponerse en pie y salir de la bañera—. ¡Voy a vestirme!



Pasados unos minutos ya se encontraban subidas a un carruaje, con ropa de calle y algo de dinero en el ridículo, camino a la calle comercial. Ambas permanecían en silencio, sin fijarse en nada salvo en el paisaje que se movía más allá de las ventanas. Celia no tenía fuerzas para hablar y Henrietta parecía preferir el silencio por una vez. El ambiente no era mucho mejor que en el baño.

No hubo un cambio hasta que el carruaje se detuvo y llegaron a la pequeña ciudad. Cuando sus pies tocaron el suelo de tierra Henrietta pareció llenarse de nuevas energías, algo que a Celia no le sucedió. Ella siguió caminando detrás de ella, encorvada, dejando que la guiara a donde quisiera.

Iban a un lugar que ya habían visitado juntas antes. Por supuesto que Henrietta había acudido allí.

Celia sintió el aroma de azúcar y pan recién hecho que llenaba el ambiente, y vio como el rostro de Henrietta se suavizaba tan pronto como entraba en la pastelería. Empezó a preguntarse cómo de especial era realmente esa tienda para su hermanastra. Si sería un lugar donde escapar, como los bailes habían sido para Celia.

Henrietta fue al mostrador, esperando que alguien más apareciera. Ann cruzó la puerta que daba al horno, limpiándose en el delantal las manos manchadas de harina.

—¡Henrietta! Buenos días. ¿Puedo ayudarte? —dijo las palabras cordiales que correspondían a cada clienta que pasaba a la pastelería. Pero cuando miró a la muchacha su rostro cambió—. ¿Qué ocurre?

Henrietta se deshizo el lazo bajo la barbilla y se quitó la capota, sosteniendo el sombrero entre sus manos. Dejó escapar un suspiro.

—Estoy muy cansada de esa casa.

Celia apartó la mirada. No entendía bien por qué Henrietta la había

llevado allí, pero sentía que en esos momentos estaba viendo una escena que no tenía derecho a contemplar. Ocultó su rostro en la cofia y cerró los ojos, aunque seguía oyendo las voces.

—Lo sé, querida, lo sé —hubo unos segundos de silencio por parte de las dos mujeres. Luego, Ann volvió a hablar—. Dame un minuto. Estoy segura de que esto te animará.

Después sonaron sus pasos y la puerta que daba a los hornos cerrándose tras ella. Celia solo se atrevió a abrir los ojos cuando Ann ya se hubo marchado, pues quería comprobar cómo se encontraba Henrietta. Aunque seguía habiendo una cierta tristeza en sus ojos, Celia creyó distinguir que parte del color había vuelto a sus mejillas.

Ann regresó apenas un minuto después, y lo hizo con una bandeja humeante en las manos. Unos brioches recién cocinados llenaban el aire con su aroma, opacando a todos los demás dulces de la pastelería.

Quizá era por la poca azúcar que tenía ocasión de tomar en casa, pero Celia sintió que se le abría el apetito ante la vista de aquellos bollos, cuando creía que la amargura la había dejado sin nada de hambre.

Ann colocó la bandeja sobre el mostrador y separó un par de brioches del resto de la masa.

—Cuidado, está caliente —le dijo a Henrietta mientras le ponía uno en la mano. La joven ignoró sus advertencias y se lo metió en la boca tras un par de soplidos.

Su respiración se cortó de pronto y tanto Ann como Celia temieron que se hubiera quemado. Pero una amplia sonrisa apareció en el rostro de Henrietta.

—¡Qué delicia! Haces milagros con ese horno y esas manos, Ann.

Dio un nuevo bocado, seguido de una risita que le contagió a la pastelera. Un ligero rubor había llenado sus mejillas ante los halagos de Henrietta.

Celia vio como su hermanastra se giraba hacia ella, llamando su atención.

—¡Celia! Ven aquí, tienes que probar esto.

Aunque seguía sintiendo que no debía intervenir en aquella escena, Celia hizo lo que Henrietta le pedía. Se colocó junto al

mostrador y esperó a que Ann partiera un brioche más, y otro para sí misma.

Celia comió con más delicadeza que su hermanastra, soplando con suavidad y esperando a que el bollo estuviera atemperado. Ann hizo lo mismo, aguardando mientras le servía un brioche más a Henrietta.

Era dulce, cálido y esponjoso. Celia disfrutó más de aquel bollo recién hecho que de los pasteles cargados de azúcar y mermeladas que Henrietta solía comprar cada vez que iban allí, aunque ella parecía gozarlo todo por igual.

Celia quiso centrarse más en su propio dulce que en la escena que ocurría a su alrededor. Evitó participar en la conversación, pero de vez en cuando no podía evitar levantar la mirada hacia Henrietta y Ann. El rostro de la pastelera era amable y había un cierto brillo en sus ojos cuando charlaba con ella. A Celia le pareció que Ann miraba a Henrietta como Maddox la miraba a ella.

Con ese pensamiento bajó la cabeza y dio el último bocado al brioche.

Cuando salieron de la pastelería Henrietta se encontraba brillante. Tomó aire, sintió los rayos de sol sobre su piel y tomó a Celia del brazo con alegría.

—¿Hay algo más que quieras hacer? Yo ya tengo todo lo que necesito.

Celia sacudió la cabeza.

—Me gustaría regresar a casa, si a usted le parece bien. Imagino que no querrá ver de nuevo a la señorita Patrice…

—¿Patrice? —Henrietta necesitó un segundo para comprenderla—. Ah, sí. ¿Qué me había dicho…? Da igual. Volvamos a casa.

Volvieron a sentarse en el carruaje. Esta vez Henrietta no iba en silencio, quería charlar sobre los dulces y la encantadora compañía que habían encontrado. Celia respondía de vez en cuando con las palabras justas para que la conversación pudiera fluir.

Deseaba haber encontrado la misma calma que su hermanastra, que unos dulces y una charla agradable le hubieran devuelto los ánimos. Quizá Celia necesitaba a otra persona para poder lograrlo.

MADDOX SE MOVÍA de un lado a otro de la habitación, sus dedos jugueteando nerviosos. Odiaba que esa sensación le invadiera de nuevo, la falta de control mientras todo se desarrollaba más allá de sus manos.

Al menos en esta ocasión podía estar en su casa, dejándose llevar por los nervios tanto como necesitaba. No tenía que estar en el teatro mostrando amabilidad y fingiendo que sentía algo de aprecio por la señora a la que le sacudía la mano.

Cuando el mayordomo se asomó a la puerta y le informó de que la señora Merryweather había regresado, Maddox se puso en pie de un salto.

Fue a recibirla a la puerta y le pidió que le acompañara a la salita. En cuanto se cruzó con ella trató de leer su rostro e intuir los detalles sobre lo que había ocurrido. Pero la expresión de Merryweather nunca era reveladora, siempre mostraba lo que su portadora quería enseñar y nada más.

Se sentaron en la salita uno frente a otro en un silencio tenso. Una sirvienta vino a traerles una bandeja de té para la conversación. Maddox se puso en pie y cerró la puerta una vez la empleada se hubo marchado. Al girar la llave respiró hondo.

—¿Y bien?

Merryweather se puso recta, hablando con las manos juntas.

—El señor Wilson ha sido muy considerado, ha revelado más de lo que un profesional debería. Ahora sé que la señora Elton dijo la verdad.

Los ojos de Maddox se abrieron mucho.

—¿Entonces es cierto? ¿La herencia está dividida?

Merryweather asintió con lentitud.

—Así es, y la hacienda y la fortuna de los Elton pertenece tanto a Edwina como a Celia. Tiene el mismo derecho.

Maddox sintió que se hundía y dejó caer los hombros con un suspiro.

—Pobre muchacha…

—Sin embargo —añadió Merryweather, haciendo que Maddox se enderezara al instante— hay otro detalle sobre la señora Elton.

—¿Qué es? —preguntó de inmediato, sintiendo que sus esperanzas

volvían a salir a flote.

—Tiene que ver con en qué ha estado gastando la herencia. Esa caída en su nivel de vida, el convertir a su hijastra en criada para no tener que pagar por el servicio… Había un asunto económico ahí del que no teníamos ni idea. Pero ahora sé qué es lo que ocurre.

Maddox la miró con los ojos muy abiertos, la expectativa y la ansiedad en ellos. Merryweather continuó.

—En realidad esto no es culpa de Edwina Elton, sino de su primer marido: el señor Seymour. Wilson conocía ese nombre, pues su fama no era precisamente buena. Seymour era un jugador. Se gastó gran parte de su fortuna en apuestas sin importarle cómo pudiera afectar a su familia. Y luego murió y dejó una avalancha de deudas tras él.

—Eso… Eso es terrible —murmuró Maddox.

—Lo es. Ante su muerte repentina, los acreedores comenzaron a acosar a la viuda para que pagara sus deudas, pues tenían dudas de que fuera a poder permitírselo. Era una mujer sola cuya dote de viudez daba vergüenza. Por eso buscó un nuevo marido rápido, y los acreedores parecieron calmarse cuando se hubo casado con el señor Elton. Pero cuando la viudez volvió a sacudirla estas deudas regresaron con toda su fuerza. Y la mayor parte de su renta se va en pagarlas.

—Entonces… —susurró—, la herencia de Celia…

Merryweather asintió y puso en palabras lo que su ahijado no era capaz de decir.

—La señora Elton le hizo creer que necesitaban juntar sus dos herencias para poder tener una vida digna, que dependían la una de la otra. La realidad es que es Edwina la que depende de Celia, pues todo su dinero se va en las deudas y es ella la que les permite tener una renta para vivir.

Con todo aquello revelado, Maddox se llevó las manos al rostro. Tras unos segundos respirando hondo, levantó la cabeza y volvió a mirar a Merryweather.

—Eso es horrible. Qué terrible mujer, qué víbora.

—No me cabe duda. Aunque despreciándola no haremos ningún avance. Hemos de pensar en Celia.

—Lo sé, lo sé —dijo Maddox—. En ese caso, ella no depende de su

madrastra.

—No tanto como le ha hecho creer. Tiene la mitad de esa casa tan querida, es cierto, pero la señora Elton tiene la otra mitad y las deudas y malas prácticas no le pueden arrebatar eso.

—No lo merece —dijo Maddox entre dientes.

—Lo sé, pero así se decretó en la herencia. Aunque duela, especialmente para Celia, Edwina Elton y esa casa son inseparables.

—Lo comprendo —dijo Maddox con un suspiro agotado—. En ese sentido la situación no cambia. Pero…

—¿Sí?

Maddox levantó la cabeza con decisión.

—Pero ha estado engañándola. Le ha ocultado la verdad y Celia merece saber eso. Y si lo supiera, quizá… —temía hacerse falsas esperanzas, pero su corazón no podía evitarlo— quizá las cosas cambien.

—No podemos saber cómo ocurrirá. Pero estoy de acuerdo con usted. La señorita Elton merece saber la verdad.

Era el inicio del plan que tenían que trazar. Los pasos a seguir para ayudarla.

—Necesitamos volver a reunirnos con ella. ¿Podría volver a invitar a su familia a algún evento, para que su casa vuelva a quedarse vacía y yo pueda visitar a Celia? Aunque quizá usted quiera estar presente.

Maddox, sin embargo, sacudió la cabeza.

—Preferiría no tener que reunirnos en su casa.

—Bueno, eso reduce nuestras posibilidades —dijo Merryweather con sorpresa—. ¿Por qué no?

—Esa casa... como ha dicho, es propiedad de Edwina Elton. Aunque Celia lo considere su hogar, creo que no es un lugar seguro. Y Celia también lo siente así. Allí dentro no se comportará como lo haría fuera, no tendrá la misma libertad.

—Entonces, ¿quiere hablar fuera de esa casa? ¿Quiere que Celia venga aquí?

—Sí. Sé que reduce nuestras opciones, que solo podría ser en una fiesta. Pero la he visto en los bailes y la he visto en su casa, y sé en qué ambiente se sentirá realmente segura. Tiene que salir de ahí, lo

necesita.

Merryweather guardó silencio durante unos largos segundos, contemplado a Maddox con las manos juntas. Al final asintió.

—Un baile, pues.

Contar con el permiso de Merryweather le causó un inmenso alivio. Como si de pronto aquel plan se sintiera más real, incluso posible.

—Y supongo que querrá que sea enseguida —añadió la mujer.

—Así es. Quizá crea que es impulsivo, que será extraño celebrar dos bailes tan cerca el uno del otro, pero deje que me explique: Celia también se dará cuenta de que es extraño. Es más perspicaz de lo que ella misma cree. Intuirá que pasa algo importante, que la he convocado por algún motivo. Y acudirá aunque tenga miedo de ser descubierta.

—Está poniendo demasiado peso en suposiciones, Maddox. No puede saber con seguridad cuáles serán las decisiones de la señorita Elton.

—Tal vez. Quizá todo el plan dependa demasiado de ella. Pero se trata de su historia, y tengo que confiar en que sabrá tomar las mejores decisiones para sí misma.

Eran todas las esperanzas que le quedaban, tener fe en que esta vez sería diferente.

—Incluso en el peor de los casos, si ella no apareciera —comentó Merryweater—, siempre podrías escabullirte e ir a buscarla. No es la opción más ideal, pero siempre es beneficioso ser previsor.

—¿Hemos de comenzar, pues?

Merryweather se puso en pie e hizo sonar la campanita que llamaba a los criados.

—Que nos hagan llegar tinta y papel.

La llegada de la invitación fue toda una sorpresa. Ya no era el acontecimiento de exclamaciones emocionadas, pero no por eso dejaba de ser extraordinario para las hermanas Seymour, o al menos para una de ellas.

—¿Otro baile? ¿En tan poco tiempo? —dijo Patrice con las cejas levantadas.

—Por supuesto que sí. ¡Por supuesto que sí! No puede esperar para verme de nuevo.

—Si quisiera hacer eso podría invitarte al teatro o a un paseo. No sé qué interés tiene este hombre con los bailes.

—Quizá mi forma de danzar le ha fascinado.

Patrice resopló como una burla y Henrietta la miró con enfado. Mientras la discusión proseguía, Edwina tomó la invitación y la contempló con detenimiento.

—Es extraño que celebre otro baile tras tan pocos días, especialmente sabiendo la gran inversión que fue la mascarada. Todavía ni habrán terminado de limpiar el salón.

—¿Qué importa? Tenemos que ir, madre. Estoy segura de que el señor Maddox me prestará todavía más atención…

Edwina no dijo nada más. Contempló la invitación, pasando sus dedos sobre las palabras escritas a mano. La tinta apenas había tenido tiempo de secarse.

Pasados unos momentos volvió a dejar la invitación en el centro de la mesilla y se marchó del salón. Patrice y Henrietta hicieron lo mismo, dirigiéndose cada una a un lugar de la casa, a seguir con su día.

Celia salió de la cocina y se quedó a solas en el salón. Se acercó a la mesilla y contempló la invitación que ahí estaba. Esta vez la tomó entre sus manos.

Edwina tenía razón, era extraño que el baile se repitiera tan pronto y que avisara con tan poca antelación. Aunque en el papel no había grandes diferencias. Las mismas palabras escritas por la mano de Maddox estaban ahí, insistiendo en lo mucho que le agradaría que todas las muchachas de aquella familia acudieran a su baile, poder verlas en la noche.

Se vio sobrecogida por la emoción y presionó la invitación contra el centro de su pecho.



No hubo tiempo de preparación, apenas tuvieron cuatro días. Cuando Patrice y Henrietta se vistieron para el baile tuvieron que hacerlo con los vestidos y las joyas que ya habían lucido en

ocasiones anteriores. Por lo demás, la rutina no varió. Edwina les ordenó que se arreglaran mientras ella llamaba a un carruaje. Celia se esforzó por cumplir las tareas del día y así tener tiempo de prepararse cuando ellas se hubieran ido.

La misma rutina. La preparación de la fiesta para las Seymour, la huida para Celia.

La joven, vestida de doncella, dejó la escoba en su lugar de la cocina. Se limpió la suciedad de las manos y retiró su delantal que sería lavado al día siguiente. Se arregló los mechones de cabello que se habían soltado a causa del trabajo y se sintió preparada para retirarse.

Miró la hora en el reloj. Sabiendo que quedaba muy poco para que la familia se marchara, decidió regresar a su ático y esperar allí a que la casa estuviera vacía. Se dirigió a las escaleras y subió al primer piso.

Al pasar junto a su puerta, pudo escuchar la conversación de Patrice y Henrietta mientras se vestían, las quejas sobre lo mucho que una le estaba apretando el vestido a la otra. No era nada fuera de lo común, aunque no escuchó a Edwina mandándolas callar.

Cruzó la puerta que daba a las escaleras del ático, mucho menos hermosas y señoriales que las que daban al primer piso. Subió por ellas como hacía tantas veces todos los días, con una mano apoyada en la barandilla de madera. Tenía que hacerlo, pues no había demasiadas ventanas en aquellas escaleras, mucho menos luz. Cuando se hacía de noche Celia caminaba en la penumbra hasta llegar a la puerta de su alcoba, donde al fin podría prender la luz.

Había tanta oscuridad que tuvo que tantear para encontrar el pomo. No hizo falta girarlo, la puerta estaba entreabierta.

Pensaba en el baile al que acudiría en cuestión de minutos, en los motivos que habían llevado a Maddox a celebrar otra fiesta tan pronto. Quizá todo eso hacía que Celia se encontrara demasiado distraída. Su corazón no estaba preparado para lo que se iba a encontrar ahí.

Prendió su luz, y bajo el resplandor anaranjado de la vela se encontró con ella. La imagen casi causó que la cerilla se le cayera de las manos.

Su madrastra estaba ahí. Sentada, como si hubiera estado esperándola. Aquello habría sido suficiente como para causar un estremecimiento en todo su cuerpo, pero no era lo peor que había en la alcoba. Eso lo descubrió al bajar la mirada y contemplar el cajón de su armario abierto, todos sus secretos revelados.

El vestido estaba ahí. Sacado del cajón, tirado por el suelo como un trapo cualquiera. Aquel era el hermoso disfraz que había causado sensación en la mascarada, convertido ahora en un desperdicio. Un pie de Edwina estaba sobre este, como quien atrapa bajo su zapato a un insecto.

Edwina no pronunciaba una sola palabra. Dejaba que su pie sobre el vestido y la expresión afilada de su rostro hablasen por ella.

Todo el cuerpo de Celia temblaba, el terror apoderándose de cada fragmento de su ser. Cayó de rodillas, como le había suplicado a Henrietta semanas atrás. Pero sabía que esta vez no recibiría ni un ápice de compasión.

—Ponte en pie —ordenó Edwina. Aunque sus piernas apenas se atrevían a sostenerla, Celia se obligó a obedecer.

La madrastra también se levantó. Sus pasos sonaron en el eco de la habitación mientras se acercaba a Celia.

—Qué estúpida fui —dijo, con su mirada clavada sobre la muchacha—. Está claro que no he sido lo suficiente severa contigo. No te he tratado como la criada que eres y has olvidado cuál es tu lugar. ¡Mírame!

Celia tenía la cabeza baja. Edwina la agarró de la barbilla y la obligó a mirarla a los ojos. Esos ojos verdes que parecían penetrar en su alma.

—Y qué estúpida has sido tú. ¿Creías que podrías mentirme por mucho tiempo? ¿A cuántos más has metido en este engaño? ¡Responde!

El corazón de Celia estaba tan aterrorizado ante la idea de hablar como ante la opción de quedarse callada. El pánico la obligó a obedecer.

—Lo siento, señora Elton, yo…

Nunca pudo terminar la frase. Edwina le cruzó la cara de una bofetada. Al hacerlo rompió sus palabras, su voz, su equilibrio. Celia

volvió a caer de rodillas al suelo.

—Tus disculpas no valen nada. Igual que tú.

12

MADDOX LLEVABA PADECIENDO un mal presentimiento todo el día. Igual que después del primer baile, cuando pasó las siguientes horas buscando una forma de localizar a Celia.

Ahora no tenía que ir a por ella. Todo lo que podía hacer era esperar, rezar. Que Celia viniera, que oyera lo que Merryweather y él tenían que decirle. Si se atreviera a desear, pediría que Celia les escuchara y aceptara su ayuda. Pero sabía que todo aquello estaba lejos de su control.

Falló tantas veces al atarse la corbata que tuvo que acudir al vestidor para que el ayuda de cámara se ocupara de ello. Después fue a la recepción de los invitados, obligándose a sí mismo a estar listo.

Venían menos personas, de esto se percató al instante. Un baile tan repentino y con tan poco tiempo de diferencia con el anterior significaba que algunos invitados no podrían acudir. Aquello estaba bien si quería encontrar a Celia entre la multitud cuanto antes.

Las primeras en presentarse fueron las Merryweather, como no podía ser de otra manera. La mujer le dio una sonrisa amable a Maddox y un apretón en el hombro para darle ánimos. Le recolocó un mechón de cabello que le había caído sobre la frente y se retiró a sentarse, en una silla algo apartada donde Maddox sabría encontrarla cuando la necesitara.

Dawn, por otra parte, se quedó a su lado.

—Así que esta noche también esperamos a su misteriosa dama —susurró en un intento por aligerar el ambiente, pero la expresión de Maddox seguía siendo seria.

Los invitados fueron pasando uno tras otro. Maddox se inclinaba ante ellos y les daba la bienvenida. Enmascaraba su rostro tras una sonrisa cortés, aunque con sus ojos no podía hacer nada. Estos no dejaban de mirar alrededor, temblorosos, buscando la lejana imagen de su dama.

Cuando la entrada de los invitados hubo terminado Maddox trató de ignorar el nudo de nervios que había en su garganta. Se decía a sí mismo que la recepción había durado menos de lo normal, que

ella acostumbraba a llegar tarde, que en cualquier momento cruzaría esas puertas.

Sin embargo, la entrada al baile se había cerrado y nadie aparecía de pronto para abrirla. Los invitados se acomodaban y comenzaban a charlar, los músicos se colocaban en posición y preparaban los instrumentos. Quedaba poco para que el baile comenzara y Celia todavía no estaba ahí.

¿Alguna vez se había perdido el primer baile? Quizá en la primera fiesta, aunque Maddox no le había prestado atención hasta después. No podía saberlo.

Creía mantener una fachada calmada, aunque algo de su angustia debió escapar entre las grietas. Sintió que Dawn le ponía una mano en el brazo.

—¿Señor Maddox? ¿Va todo bien?

Debería haberlo ocultado, pero seguía mirando a la puerta y esta no se abría, y el temor no dejaba de crecer en su interior.

—La señorita Elton no ha llegado todavía.

Dawn imitó a Maddox mirando alrededor y comprendió sus preocupaciones. Quiso decir algo para acompañarlo, aunque no hubo ocasión. Las primeras notas de la música comenzaron a sonar.

Tanto Maddox como Dawn regresaron a los papeles que estaban interpretando, tomándose de las manos y dando inicio a ese baile. El joven agradeció que fuera en pareja y no en grupo, para poder centrarse únicamente en Dawn.

—¿Está preocupado por ella? —preguntó la joven en un susurro. Maddox asintió.

—No sé por qué esta noche tengo un mal presentimiento…

El baile les dirigió cerca de Merryweather. Maddox aprovechó el instante para compartir una mirada con ella, y descubrió que la sensata mujer también tenía esa expresión de preocupación en el rostro. Su ansiedad solo pudo empeorar después de eso.

Se obligó a sí mismo a ser paciente, como tanto le había enseñado esa historia. A no sacar conclusiones precipitadas antes de que hubiera terminado el primer baile. Celia todavía tenía tiempo de llegar.

A pesar de sus angustias se centró en bailar con Dawn, aunque sus

pasos eran lentos y su experiencia apenas se notaba. Casi parecía que era ella quien lo guiaba.

Pareció durar una eternidad. Todo lo que Maddox podía hacer era pensar en Celia, con la débil esperanza de que la encontraría entre la multitud, aunque las puertas seguían cerradas.

Quizá no la había reconocido cuando ya estaba ahí. Quizá había entrado sin hacer ruido, sin que nadie se diera cuenta, como si hubiera intervenido la magia. Quizá podría compartir el próximo baile con ella.

La pieza terminó, la música se detuvo. Se inclinó ante Dawn mientras la dama le observaba con rostro preocupado.

Maddox volvió a mirar alrededor. Y una vez más no pudo encontrarla, a pesar de que sí halló unos rostros terriblemente conocidos.

Henrietta y Patrice estaban ahí. Y tras ellas, como siempre, su madre. Las dos muchachas estaban demasiado distraídas como para prestarle atención mientras estaba tan lejos, pero Edwina sí lo vio. Se giró y sus ojos se cruzaron con los de Maddox.

Había algo en esa mirada que le hizo estremecerse y que aumentó el nudo en su estómago. Ni siquiera sabía bien por qué. ¿Era así como se sentía Celia cada vez que se encontraba con Edwina? ¿Por eso la temía tanto?

Maddox se preguntó qué quería decirle con esa mirada fija. ¿Acaso estaba esperando a que invitase a bailar a las hermanas? Eso no había sucedido en bailes anteriores, nunca le había contemplado así. Y en su rostro no veía la simpatía de una madre que buscaba casar bien a sus hijas. Si había algo en esos ojos, solo podía ser crueldad.

El joven fue el primero en bajar la mirada. Se sintió como una derrota. Dawn le tomó del brazo.

—¿Maddox? —susurró, la preocupación llenando su voz.

El joven respiró hondo, cerró los ojos con fuerza y le habló a Dawn en un susurro, para que nadie más lo escuchara.

—Algo no va bien.

La muchacha ocultó como pudo la perturbación que le causaron esas palabras.

Maddox sacudió la cabeza y volvió a hablar desde el fondo de su

corazón:

—Necesito salir de aquí.

Dawn quedó pensativa unos instantes. Luego su rostro se llenó de decisión. Se acercó un poco más a Maddox para poder susurrar también:

—No se asuste.

Maddox ni siquiera llegó a asimilar las palabras antes de que Dawn se pusiera en acción.

Un suave quejido escapó de sus labios. Luego, de pronto, las rodillas de Dawn fallaron y todo su cuerpo colapsó.

A pesar de su lentitud, Maddox estuvo a su lado para sostenerla antes de que cayera al suelo. Sus ojos estaban muy abiertos mientras la tenía entre sus brazos, y los de Dawn estaban cerrados. Su respiración era suave, súbitamente débil.

Maddox permaneció paralizado unos segundos mientras todo a su alrededor seguía moviéndose. Unos caballeros cerca de ellos se apartaron y una dama se acercó ofreciendo ayuda, dándole su abanico.

—Déjenla respirar —dijo uno de los hombres. Maddox, por su parte, estaba pasando el brazo flácido de Dawn sobre sus hombros, ayudándola a caminar.

—Disculpen. Permítannos pasar, por favor —decía mientras se movía entre la multitud del baile hacia la salida. En algún momento Merryweather se unió a ellos, siendo ella quien abrió la puerta.

Cuando al fin estuvieron en el pasillo, Maddox soltó a Dawn y miró a la madre y a la hija con ojos preocupados.

—Tengo que ir a buscarla —susurró—. Excúsenme ante los demás, por favor.

Ambas asintieron de inmediato. Dawn puso rumbo a las habitaciones para excusar su ausencia mientras que Maddox descendió por las escaleras, buscando los establos. Quiso montar él mismo, pero comprendió que un carruaje sería más cómodo para Celia, aunque tuviera que depender de un cochero.

Los caballos fueron espoleados y el carruaje se marchó de allí, siendo el único coche que abandonaba la fiesta en vez de acudir a ella.

El camino fue angustioso, mucho más que la espera en el baile. La mirada y la expresión de Ewdina se clavaban en él, su pánico no le abandonaba. Al mirar por la ventana en la noche oscura no tenía forma de saber en qué lugar se encontraba, y eso aumentaba su angustia. ¿Cómo de lejos estaba esa casa a la que solo había ido en un par de ocasiones? ¿Alguna vez se había sentido un viaje en carruaje tan largo?

Cuando el cochero tiró de las riendas y detuvo a los caballos Maddox ya estaba poniéndose en pie. Tropezó con la salida del carruaje y corrió hacia la puerta de aquella casa.

El camino de piedra a través del jardín se sintió igual de eterno, como una odisea que no terminaba jamás. Al alcanzar la puerta de la entrada no sintió que hubiera llegado a puerto.

Llamó. Golpeó la puerta insistentemente. Tocó la campana, sacudió la madera.

—¡Señorita Elton!

Una vez y otra volvió a tocar la campana, a llamar a la puerta, a gritar su nombre. No dio resultado alguno.

—Celia… —susurró, con la frente apoyada en la madera. Había intentado poner el oído y escuchar algo, aunque no había nada ahí. Aquel recibidor estaba vacío. Quizá toda la casa lo estuviera.

Buscó otro lugar. Comenzó a correr alrededor de la casa, por el pequeño jardín que la rodeaba. Quizá pronto encontraría las plantas de las que Celia se sentía tan orgullosa, ese manzano plantado por su padre.

Los zapatos se le llenaban de barro y las puntas de los elegantes pantalones se le manchaban, pero no podía detenerse. Buscó cualquier rincón, cualquier puerta de la casa. Y al final encontró los establos.

Aquella puerta era mucho más fácil de abrir. Aunque su chaleco se manchaba y su corbata y peinado se deshacían, hizo aquel esfuerzo sin miramientos. Empujó una, dos, tres veces hasta que la puerta se abrió ante su fuerza.

Maddox apenas tenía conocimiento de cómo era el interior de ese lugar, pero supo que se encontraba en la cocina. Se imaginó cuánto tiempo habría pasado Celia allí.

A la luz de la luna pudo encontrar una palmatoria y, tras unos instantes tanteando alrededor, unas cerillas. La encendió y miró alrededor, con la pobre esperanza de que la dama estuviera allí.

—¡Celia! —volvió a llamarla. Solo respondió el eco de la casa vacía.

Con la palmatoria en la mano salió de la cocina, llegando a la pequeña sala en la que habían tomado el té en su primera visita. Recordaba aquel recorrido, por lo que llegó al salón principal, contemplando las escaleras que ascendían. ¿Qué debía hacer, seguir buscando en el piso de abajo o esperar que Celia estuviera arriba? Maddox se concedió unos segundos para pensar y sus instintos terminaron diciéndole que subiera.

Recorrió el pasillo superior. Al abrir una de las grandes puertas encontró un dormitorio, de Edwina o de alguna de sus hijas. Sabía que a Celia nunca le ofrecerían un lecho de tal lujo.

Maddox miró las puertas que se extendían por el pasillo. Todas eran grandes y elegantes, sin duda daban a habitaciones similares a esa. Si Celia no dormía en ninguna de esas habitaciones, ¿cuál era su alcoba?

La respuesta llegó cuando alcanzó el final del pasillo, oculta entre las sombras. Había otra puerta ahí, de madera vieja, mucho menos cuidada que las demás. Maddox se lanzó a ella de golpe, con el corazón diciéndole que la encontraría al otro lado.

No fue así. En su lugar encontró un ambiente cerrado y húmedo que le hizo toser, y una escalera que ascendía en espiral. Aquel rincón de la casa no era como el resto, se sentía frío y oscuro, como si se metiera en la boca del lobo. Y aun así Maddox se adentró ahí, buscándola.

Subió por las escaleras lo más deprisa posible para no tropezar. El mundo se hacía más oscuro a cada paso y su respiración se aceleraba por el esfuerzo. Pero pronto los escalones se detuvieron, llegó a su cima. Y allí encontró una nueva puerta de madera, una habitación cerrada. Y la certeza de que había llegado a su destino.

—¡Señorita Elton! —gritó a la vez que golpeaba la puerta. Después pegó la oreja a la madera, buscando una señal de que estaba donde debía.

Y la respuesta llegó, con una respiración temblorosa desde el

interior.

—Señorita Elton —dijo en voz más calmada, o quizá más débil—. ¿Está ahí?

Aunque la respuesta se hizo esperar, llegó.

—¿Señor Maddox…?

—Sí. Estoy aquí.

—No debería —dijo ella, en un murmullo débil que era difícil de distinguir a través de la puerta.

—Estaba preocupado por usted. ¿Puede abrirme la puerta?

Esta vez la respuesta fue rápida.

—No puedo. Está cerrada con llave.

Aquellas palabras le causaron a Maddox un estremecimiento. ¿Hasta qué punto había llegado Edwina?

—¿Sabe dónde está la llave? Puedo buscarla.

—No lo haga

Maddox ignoró esas palabras. Sus manos comenzaron a tantear las paredes y los suelos en busca de una forma de abrir.

—No debería estar aquí —dijo la joven desde el interior.

—Es usted la que no debería estar ahí —insistió Maddox—. Esta noche hay un baile y usted es la invitada de honor.

—Nunca debí ir —susurró Celia—. Ni esta noche ni ninguna de las anteriores. Nunca fue mi lugar.

Maddox dejó de buscar. Se quedó quieto, una mano apoyada en la puerta.

—Por supuesto que era su lugar —dijo—. Esos bailes no habrían sido lo mismo sin usted.

—No lo entiende —insistió Celia con voz amarga—. No comprende esta situación. Mas yo sí, y la señora Elton también. Ella ha hecho lo que debía.

Maddox cerró los ojos con fuerza ante aquellas últimas palabras.

—¿Qué ha hecho la señora Elton? —preguntó—. ¿Qué le ha hecho?

—Lo ha descubierto —susurró Celia—. Todo. No hay nada más que hacer.

Y le había prohibido ir al baile. Y la había encerrado.

Maddox puso la mano sobre el pomo de metal frío que cerraba la puerta. Por supuesto, no giraba.

—No habrá baile esta noche. No habrá ninguno más —continuó Celia. De pronto, su voz comenzó a sonar más rápida, más asustada —. No sé qué pasará cuando regrese. Y usted está aquí, en vez de en la fiesta bailando con Henrietta. Cuánto la enfurecerá eso. ¿Qué hará al volver…?

—Señorita Elton —dijo Maddox, interrumpiendo esos pensamientos descontrolados—. Apártese. Voy a abrir la puerta.

—¡No! —exclamó Celia, con más fuerza que en cualquier otro momento de esa conversación.

—No voy a dejarla ahí encerrada. Tenga cuidado.

—¡Basta! ¡Ya ha hecho suficiente!

Aquellas súplicas no sirvieron de nada. Maddox empujó. La puerta era tan vieja y el pomo tan débil que no resistió siquiera el primer golpe.

Bajo el brillo anaranjado de su palmatoria y la luz de la luna, con el corazón en un puño, buscó a Celia.

Estaba ahí, dejada caer en el suelo junto a un montón de telas. Necesitó unos segundos para darse cuenta de que aquello había sido su precioso vestido en la mascarada.

Celia levantó la mirada hacia él y la imagen le estremeció el corazón. Su rostro estaba pálido y desesperado, y en su labio había una herida apenas recién cerrada.

—Ya ha hecho suficiente, ¿no se da cuenta? —dijo con voz rota.

La mano de Maddox tembló cuando la vio esforzarse por ponerse en pie, por mirarle mientras hablaba.

—¡Todo esto ha sido culpa mía, por negarme a aceptar este destino, por desobedecerla! Nunca debí haber ido a aquel baile, y usted nunca debió invitarme otra vez, nunca debió venir a visitarme…

—No, señorita Elton —dijo Maddox con dolor—. No tiene culpa de nada. Todo lo que le ha hecho Edwina Elton es inaceptable.

—¡Es lo que merezco! Han pasado cinco años ya, debí haber aceptado este destino. Pero aquella noche cometí la insensatez de acudir al baile, y usted... —dejó de hablar, y su mirada se volvió más afilada, más acusatoria. Aunque cuando miraba esos ojos todo lo que Maddox podía ver era un inmenso dolor—. Usted me mostró ese

mundo. Me tomó de la mano y me introdujo en él. Me hizo creer que podía ser mío...

Sacudió la cabeza, cada vez más desesperada.

—¡Por usted, señor Maddox! ¿Por qué le enseñaría algo tan hermoso a alguien que no lo merece, que nunca podrá tenerlo? ¡¿Cómo puede ser tan cruel?!

Tomó aire después de esas palabras. Una profunda bocanada, como si hubiera estado ahogándose. Levantó la cabeza para volver a mirar a Maddox, esperando encontrarlo igual de furioso, o quizá a punto de huir de allí. Habría sido más fácil que encontrarse con esos ojos llenos de compasión.

En su lugar, lo que Celia vio fue un pañuelo. Una seda fina, impoluta, con las iniciales *R. M.* bordadas en él. Lo había sacado de su bolsillo y ahora se lo tendía.

Por unos segundos Celia solo miró el pañuelo en vez de los ojos del caballero. No comprendía por qué se lo ofrecía hasta que Maddox se lo explicó.

—El labio —dijo en apenas un susurro.

Celia se llevó la mano a la boca y notó las puntas de sus dedos manchándose de sangre. Al gritar, la herida del labio se había abierto de nuevo.

Sin mirarle tomó el pañuelo de sus manos y se lo puso sobre el labio, presionando la herida con sus dedos temblorosos. Después de esto, un largo silencio invadió la pequeña estancia, como si una tormenta hubiera parado de pronto, sin saber bien cuándo iba a recobrar su fuerza.

Lo que ocurrió no fue el regreso de la tempestad, con su viento, sus torrentes de agua y su violencia. Fueron unas pequeñas gotas que tímidamente caían sobre la tierra.

Los sollozos comenzaron a sacudir a Celia de forma débil, casi imperceptible si no estuvieran en tal silencio. Poco a poco fueron cobrando fuerza, invadiendo sus pulmones y su garganta, haciendo que no pudiera respirar si no era sollozando.

Sus rodillas temblaron y volvió a caer al suelo antes siquiera que las lágrimas comenzaran a correr por su rostro. Todo pasaba demasiado rápido a la vez. Todo en ella se desmoronaba.

Maddox se agachó, dejando la palmatoria en el suelo. Si bien no se acercó a ella, y apenas se atrevió a moverse, permaneció ahí.

Celia seguía presionando el pañuelo contra su labio, como si fuera la única tabla a la que agarrarse en medio de una tormenta. Detenía la sangre, pero las lágrimas seguían cayendo por sus mejillas y su garganta seguía luchando por cada aliento.

Todo lo que se escuchaba en la noche eran sus sollozos. Estaban tan lejos del baile, del resto de hogares. Ahí arriba, en lo alto de la casa, parecía que no había nada más en el mundo salgo ellos y su dolor.

Maddox habría querido llorar con ella. El dolor que había en su pecho ansiaba ese consuelo, aunque no le estaba permitido. Todo lo que podía hacer en esos instantes era permanecer fuerte y firme mientras la joven se derrumbaba.

Al principio ni siquiera se atrevió a tocarla, aunque nada ansiaba más que tomarla en sus brazos para darle consuelo, como había querido que hicieran con él de niño. No podía hacer eso. Tras unos instantes de angustiosos sollozos, se atrevió a extender el brazo hacia ella, a poner una mano suave sobre su hombro.

La respiración de la joven se cortó por el inesperado tacto. Luego, los sollozos regresaron con más fuerza.

Maddox no esperaba lo que iba a venir, pero lo aceptó al instante. Celia se inclinó hacia él, dejándose caer como si tuviera la seguridad de que iba a recogerla. Y lo hizo.

La cabeza de Celia quedó enterrada en el hombro de Maddox, y él la sostuvo entre sus brazos temblorosos. No se atrevió a abrazarla con fuerza, la sentía tan delicada en esos instantes que temía que se rompiera.

Una parte de él se había paralizado. Nunca la había tenido tan cerca, ni siquiera en un baile. Nunca la había visto tan triste y asustada, ni siquiera cuando había hablado sobre la tragedia de su vida o cuando había venido a buscarla y ella le había rechazado.

Maddox había querido salvarla entonces, sin que ella lo permitiera. Aquella noche en el ático todo parecía cambiar.

Poco a poco, en los brazos de Maddox, los sollozos de Celia comenzaron a calmarse. Las lágrimas seguían cayendo de sus ojos

como una cascada, pero era capaz de hablar de nuevo. Aunque solo fuera un susurro, Maddox la escuchó.

—Ayúdeme…

El corazón le dio un vuelco al sentir esas palabras. De nuevo quedó sobrecogido ante ella, sin saber cómo reaccionar. Temía asustarla de nuevo, temía no estar a la altura.

Su mano descendió por el brazo de Celia, hasta encontrar su mano. La que tantas veces había sostenido en los bailes. La tomó entre sus dedos y la apretó con gentileza. Después, con lentitud, la hizo ascender hasta llevarla a su rostro, a sus labios. Dejó en sus nudillos el beso más ligero, como una mariposa que se posa en una flor.

Permanecieron así todo el tiempo que hizo falta. Hasta que la respiración de Celia se calmó y pareció volver a ser capaz de sostenerse a sí misma, sin necesitar aferrarse a Maddox. El caballero habría permanecido así minutos, horas, lo que ella hubiera necesitado hasta ser capaz de ponerse en pie de nuevo.

No soltó su mano mientras lo hizo. Fue Celia la que trató de levantarse, la que se separó de Maddox, y él le dio su apoyo durante cada instante. Hasta que ambos estuvieron en pie en medio de aquel ático, sin dirección que seguir, sin rumbo en aquel vasto mundo.

Maddox apretó un poco más la mano de Celia.

—Déjeme sacarla de aquí —le pidió una vez más. Esta vez Celia aceptó, no con palabras, ni siquiera con gestos. Pero cuando Maddox se dirigió hacia la puerta ella lo siguió.

13

La joven permaneció con la cabeza baja todo el camino. Sostenía la mano de Maddox como si él fuera su guía en la oscuridad. Descendieron por las largas escaleras y regresaron al primer piso. De ahí a la planta baja. Maddox notaba la angustia de la prisa y se preguntaba si Celia se sentiría así cada vez que se había escapado de casa. El mismo temor a ser descubierta, un miedo que se había hecho realidad esa noche.

Salieron por la puerta principal y Maddox sintió un golpe de alivio cuando vio que el cochero seguía esperándolos en la puerta. Ni siquiera se sentía capaz de decir cuánto tiempo había pasado: puede que el hombre y sus caballos hubieran estado ahí horas, puede que se sorprendiera de que hubieran regresado tan pronto.

Celia había permanecido con la cabeza gacha todo el tiempo, sin prestar la menor atención a la casa que abandonaba. Sin embargo, cuando cruzaron la puerta y se hallaron en la entrada, Celia giró la cabeza en dirección al jardín. Y sus ojos no dejaron de contemplarlo hasta que hubieron llegado al carruaje.

Maddox abrió la puerta y le tendió su mano para ayudarla a subir. Luego pasó él mismo. Notó que Celia había girado la cabeza hacia la ventanilla, contemplando el exterior, la silueta de su casa en la noche.

A Maddox le dolió romper aquel paisaje, pero el cochero le preguntó si se ponían en marcha y él tuvo que decir que sí.

Se escuchó el chasquido de las riendas, luego el paso de los caballos y las ruedas sobre el barro. Todos los sonidos venían del exterior, en el interior del coche no se sentía nada.

Celia permaneció mirando por la ventana incluso cuando su casa ya no se distinguía en el horizonte, cuando todo lo que había más allá era la negra noche.

Maddox nunca la había visto con el cabello suelto, que ahora caía despeinado sobre sus hombros. Era una imagen íntima que nunca debería haber salido de su alcoba. Sus manos estaban cada vez más tensas sobre su andrajoso vestido, la curación de su labio era delicada, la herida era capaz de reabrirse en cualquier momento. Era

una imagen tan frágil y vulnerable, que una parte de Maddox sentía que no debía verla así. Y sin embargo, no podía dejar de contemplarla, tratando de asegurarse de que estaba a salvo.

Maddox solo podía maldecir a Edwina por haber dejado a Celia en esa situación.

No se atrevía a decir nada, a romper el tenso silencio que se había construido ahí dentro. Era mejor que los sollozos y los gritos desesperados anteriores.

Cuando Celia volvió a hablar, estuvo disponible para ella al instante.

—Señor Maddox —dijo con un hilo de voz.

—¿Sí? —susurró él. Toda la dulzura del mundo estaba presente en su tono.

—¿Dónde me lleva? —bajó los ojos con timidez—. No puedo ir al baile así…

—No, no —respondió Maddox de inmediato—. El baile se ha acabado para usted y para mí.

—Pero en su casa la fiesta seguirá…

—No vamos a mi casa. Conozco un lugar en el que estará a salvo, si usted me permite llevarla allí.

A pesar de que el asentimiento de Celia fue sutil, Maddox lo vio y eso fue todo lo que hizo falta. El carruaje siguió moviéndose bajo la nueva dirección que el caballero había dado.

No hubo más palabras durante el viaje. Maddox no hizo más que contemplar a Celia, preguntándose si se habría calmado o si volvería a romperse en cualquier momento; si se sentía segura en aquel lugar, junto a él, o si el miedo que la invadía sería cada vez mayor.

No podía tener respuesta a esas preguntas, pues se encontraban en el fondo del corazón de Celia. Maddox podía actuar como él creyera mejor; como había estado intentando hacer hasta ese instante. Y rezar por que fuera suficiente.

El carruaje se detuvo. Maddox fue el primero en bajar y cuando se giró para tenderle la mano a Celia descubrió que ella seguía en el asiento sin moverse, igual que había estado durante el viaje.

—Señorita Elton —la llamó, haciendo que la joven se enderezada de pronto, como despertada de un sueño. Siguió su voz con la

mirada y se encontró con la mano que Maddox le tendía. La tomó, poniéndose en pie y descendiendo con lentitud del carruaje. Solo cuando sus pies estuvieron en la tierra levantó la cabeza, para encontrarse con la esplendorosa mansión a la que habían acudido. Una mansión que era desconocida para ella.

—Este es el hogar de las Merryweather —explicó Maddox—. Creo que ya conoce a su matriarca.

—Así es —susurró Celia—. Es una mujer muy dulce.

Aquellas palabras dieron un poco de seguridad a Maddox. Se dirigió a la puerta principal con Celia siguiéndole, a su pesar sin tomar ya su mano. Llamó a la campana con esperanzas de que les abrieran rápido aun siendo tan tarde.

La situación fue todavía mejor de lo que esperaba cuando la puerta se abrió y tras ella apareció la propia señora Merryweather. Maddox sintió una oleada de alivio que le sacudía, pero la mujer no fue con él, sino con su acompañante.

—Oh, querida. Bienvenida —Merryweather avanzó hasta tomar de ambas manos a Celia, teniendo en su rostro la sonrisa más tierna del mundo. La muchacha bajó la cabeza y deseó encogerse en sí misma hasta desaparecer, la vergüenza apoderándose de ella.

—Gracias por su amabilidad, señora Merryweather —dijo en voz baja—. Lamento mucho haberme presentado en su casa con este aspecto. No he tenido ocasión…

—Querida, no se preocupe por eso —dijo la mujer—. Es asunto mío. Venga por aquí, el servicio podrá ayudarla.

De pronto Merryweather tiraba de sus manos y la arrastraba al interior de la mansión. Maddox, sin saber bien qué hacer, quedó bajo el marco de la puerta. Mientras iba por el pasillo Celia se giró hacia él, buscándole con la mirada. Pero el joven no la siguió.

La había llevado a esa casa por un motivo. Sabía que allí estaría en mejores manos que con él.

—Por aquí —fue guiándola Merryweather hasta que ascendieron al primer piso. El baño está aquí. Ya debería haber algo preparado para usted.

Cuando abrieron la puerta las acogió la nube de vapor de una bañera ya calentada y dos doncellas preparadas para el servicio.

Celia quedó paralizada en la puerta, sobrecogida por aquella bienvenida. Merryweather la devolvió a la realidad con un suave apretón en la mano.

—¿Le parece bien recibir un baño ahora? Si es lo que quiere la dejaré a solas. Aunque entenderé si prefiere descansar antes.

Celia negó con la cabeza y aceptó el baño al instante. Merryweather salió del cuarto y las criadas se acercaron para ayudar a que la dama se quitara esas ropas andrajosas y sucias. Las prendas de sirvientas que ellas llevaban eran muy diferentes, aunque sus tareas eran las mismas.

En cuanto estuvo desnuda, Celia se colocó en el interior de la bañera. El agua estaba tan cálida que apenas la sentía. Era como una caricia, y no como el golpe frío que experimentaba cada vez que quería lavarse por no tener tiempo para calentar el agua.

El jabón desprendía un aroma a flor de mayo que llenaba toda la estancia. Cuando se deslizaba por su piel, sentía que eliminaba cada rastro de suciedad que la había acompañado durante años. Era como si esas manos nunca hubieran limpiado la ceniza de la chimenea, como si esas piernas nunca se hubieran manchado de barro al trabajar en el jardín.

Una de las criadas mojó un pequeño paño y lo pasó por su rostro, limpiando lo que Celia imaginaba que era la sangre seca. Sin una sola pregunta, sin una mirada extrañada. La doncella hizo su trabajo sin causarle la menor incomodidad.

Aun así, Celia no pudo evitar preguntarse si la herida en el labio se seguiría notando, y si el agua que caía sobre su cabeza sería capaz de borrar los surcos que las lágrimas dejaban en sus mejillas.

El tacto de la doncella sobre su cabello fue suave, entre cascadas de agua y caricias de sus manos enjabonadas. Lo envolvió en la tela para secarlo a la vez que la otra doncella le ofrecía una toalla para salir de la bañera.

Habría querido que ese baño hubiera durado un poco más. Cerrar los ojos y relajarse en su calidez, como si se tratara de una manta. No se daba cuenta de lo rápido que pasaba el tiempo, de que el agua ya había empezado a enfriarse.

Cuando por fin estuvo seca como para vestirse, Celia miró de reojo

sus ropas. Las habían dejado en una esquina del baño, perfectamente dobladas y amontonadas. Como si pretendieran lavarlas, como si se pudiera hacer algo por salvarlas.

No tuvo que volver a ponérselas. Había otra prenda esperándola allí. Una doncella le acercó el camisón y la otra le ayudó a ponérselo.

—Es de la señorita —explicó mientras ataba sus lazos—. Lamento que le quede un poco grande.

Celia no tuvo la menor queja. Hacía mucho tiempo que no se vestía con unas prendas tan blancas, tan suaves. Miró su reflejo en el espejo medio empañado y le pareció que se veía tan elegante como cuando estaba en el baile, o quizá más.

Una vez la tarea en el baño estuvo terminada, las doncellas le preguntaron si necesitaba algo más. Algo que comer, cualquier cosa. Celia lo negó todo, no solo por cortesía, sino porque en esos momentos también quería descansar.

La guiaron hacia una habitación destinada a los invitados. Celia creía que estaría sola allí, pero encontró a Merryweather al entrar. Estaba alisando la cama, asegurándose de que no hubiera una sola arruga.

—Señorita Elton, ¿cómo se encuentra? ¿Ha estado bien el baño? —dijo nada más verla. Ella le expresó su agradecimiento, algo que Merryweather no consideró necesario—. Puede descansar ahora, si es lo que quiere.

—Creo que es lo que más necesito en estos instantes —murmuró Celia mientras se sentaba en la cama.

—En tal caso, descanse. Duerma todo lo que necesite. En la mañana tendremos un desayuno preparado para usted, pero también comprenderé si quiere dormir hasta tarde.

—Muchas gracias, señora Merryweather. De veras —dijo Celia con un asentimiento cansado.

La mujer la contempló por unos segundos más, la vista puesta en su rostro.

—Dígame, querida, ¿se siente lo bastante bien como para ser dejada a solas? ¿O prefiere la compañía?

Celia apretó los labios.

—Solo quiero dormir. No tiene que quedarse aquí.

—Duerma entonces. ¿Quiere algo que la ayude? ¿Una infusión, quizá, o un vaso de leche?

Celia negó con la cabeza. Merryweather lo aceptó y se puso en pie.

—Aquí tiene la campana para avisar a la doncella —dijo, enseñándole la cuerda que tiraba de ella—. No tenga reparos en llamar en medio de la noche. Es nuestra invitada, señorita Elton, y estamos a su servicio.

La joven volvió a asentir. A cada instante se sentía más agotada, notando como el peso de la noche la golpeaba.

—Pero, querida, va a quedarse dormida ahí sentada —dijo Merryweather de pronto a su lado. Tomó la colcha y deshizo la cama —. Vamos, acuéstese ya.

Celia obedeció cada palabra que le decía, no como si fueran órdenes, sino porque confiaba en sus deseos de cuidar de ella.

Pronto estuvo sumida entre los edredones y las mantas, con los ojos cerrados. Ya no distinguía si las luces estaban encendidas o si Merryweather estaba ahí con ella.

Su cuerpo la arrastraba al sueño, desesperado por el descanso y por la calma.



Merryweather le había dicho que no tenía que acudir al desayuno si no se sentía con fuerzas. Y estaba agotada al despertar, con su cuerpo y su mente exhaustos y doloridos. Pero jamás en esos cinco años, por mal que se sintiera, había faltado a su tarea de levantarse con el sol y cumplir con las tareas de la mañana. Cuando el amanecer llegó los ojos de Celia ya estaban abiertos.

Las dos Merryweather ya se encontraban a la mesa cuando Celia llegó al comedor, guiada por un mayordomo que había estado esperándola en la puerta del dormitorio. Al verla entrar, la mujer se puso en pie y acudió a tomarla de las manos.

—Buenos días, señorita Elton —dijo—. Espero que haya descansado y que nuestra habitación de invitados le haya sido acogedora.

Celia quería expresar agradecimiento, pero no era fácil decir en voz alta que esa cama era el lecho más cómodo en que había dormido

en años, que hacía mucho que no sentía tanta calidez en las noches ni tenía una alcoba tan grande.

—Todo ha sido maravilloso, señora Merryweather —terminó diciendo.

—Confío en que el desayuno también lo sea. ¿Por qué no se sienta con nosotras?

Celia giró la cabeza para ver a la joven que acababa de hablar, la otra Merryweather. Dawn la recibió con una amplia sonrisa y le acercó un vaso de zumo.

Se sentó junto a ellas y contempló la escena matutina. Se sintió extraña la forma en que ambas mujeres la trataban, con la tranquilidad de unas anfitrionas, como si ella fuera una invitada cualquiera.

Sintió un nudo en la garganta al pensar en las condiciones de su llegada y en el hombre que la había acompañado. Dio un sorbo al zumo.

—El señor Maddox… —comenzó, tratando de reunir el valor para hablar sobre esa noche—. ¿Dónde se encuentra?

—Regresó a su mansión después de traerla aquí —dijo Dawn—. Tenía un baile del que ocuparse, después de todo. Aunque he escuchado que se retiró con discreción bastante temprano.

¿Ya había rumores sobre lo ocurrido? Celia sintió un estremecimiento.

—No se preocupe, imagino que recibiremos su visita pronto —continuó la joven—. Si usted está de acuerdo, por supuesto.

No supo qué responder.

—Supongo que nuestra invitada se sentirá cansada hoy —dijo Merryweather—. De todas formas, está lloviendo a cántaros. No creo que nadie tenga ganas de salir hoy.

—Quizá sea un día para quedarnos en casa, es cierto —Dawn se quedó mirando a Celia, el camisón que llevaba. Extendió una mano para tomar su manga, para sorpresa de la joven—. Aun así, podríamos hacer algo. Si va a ser nuestra invitada, me gustaría que llevara ropa cómoda.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Celia, sorprendida por su actitud.

—Tenemos una doncella que cose a la perfección. Estoy segura de que con algunas puntadas, este camisón le quedará como un guante.

Celia se retiró suavemente para que Dawn soltara la prenda y murmulló:

—No es necesario. Estoy cómoda así, de veras.

—Quizá, pero cuando salgamos no me gustaría que tuviera que llevar un vestido que no le encaja.

Esas nuevas palabras sorprendieron todavía más a Celia, que miraba a Dawn como si no comprendiera lo que decía.

—Mañana, por supuesto —añadió la joven—. Quizá entonces haga sol.

El resto del día transcurrió en absoluta calma, sin visitas y sin salidas. Quizá era a causa de la fuerte lluvia, quizá se debía a que las Merryweather habían dejado ese día vacío a propósito. Celia no quería pensar demasiado en ello.

Después del desayuno se reunieron en una pequeña salita. Dawn se puso a tocar el piano, una pieza lenta que daba al ambiente un toque más de tranquilidad.

Merryweather se dirigió a la biblioteca para tomar un libro que leer y le ofreció a Celia acompañarla. Aquel cuarto era inmenso, como todo en la mansión, con las paredes llenas de libros de arriba abajo. Celia no quiso abusar de la hospitalidad y no miró con demasiada atención, simplemente eligió una estantería al azar y se centró en ella.

Hubo suerte, porque sus ojos se cruzaron enseguida con un título que le era familiar.

—Oh —dijo en voz baja, con sus dedos rozando el lomo. Merryweather se percató de esto.

—¿Qué tiene ahí?

—Cuentos de Shakespeare. Disculpe. Mi padre solía leérmelo cuando era niña.

—¿No me diga? —respondió Merryweather, ladeando la cabeza con ternura—. Puede cogerlo si quiere. Espere, creo que esto le gustará también.

Celia terminó saliendo de la biblioteca con tres libros en sus

manos, aunque el primero que abrió fue los Cuentos de Shakespeare. Le colocaron un sillón junto a la ventana para que pudiera leer mientras la lluvia golpeaba los cristales, y así comenzaron a pasar las horas.

En una ocasión bajó el libro para descansar los ojos, y se encontró con la mirada de Merryweather.

—¿Era su padre un erudito, señorita Elton? —preguntó, con la cabeza apoyada en una mano.

—Supongo que sí. Nunca tuvo una gran biblioteca como esta, no teníamos el espacio ni la renta suficiente. Pero era muy leído y procuraba que yo también lo fuera. Solía visitar las iglesias de la zona para ver los libros que allí guardaban y pedirlos prestados.

—Siempre he creído que esa labor de las iglesias es una gran ayuda, especialmente para los más pobres, que no pueden permitirse bibliotecas o siquiera una estantería.

—Mi padre también lo creía. Y cuando tenía ocasión hacía donativos a esas iglesias para que pudieran mantener el servicio.

Merryweather sonrió ante esas palabras. Ambas regresaron a sus lecturas.

El día transcurrió en paz. Tras el descanso para el té, Celia fue llevada a un pequeño taller en una de las habitaciones de la casa. Allí las doncellas comenzaron a tomar sus medidas y a colocar alfileres en su vestido para poder ajustarlo a su talla.

Era una visión extraña. Celia había arreglado sus propios vestidos trabajando sobre sí misma, lo que era una tarea mucho más incómoda y difícil que lo que estaban haciendo las sirvientas. También sabía lo que era arreglar el vestido para otra persona, lo había hecho con sus hermanastras cada vez que tenían un nuevo evento, cada vez que había que mover una talla.

Nunca había estado en esa posición, nunca habían cosido para ella. No sabía bien cómo sentirse al respecto, no era la situación más agradable. Sintió alivio cuando las manos y las agujas invasivas se retiraron, cuando pudo bajar del taburete en que la habían puesto y se permitió respirar de nuevo.

Agradeció a las doncellas su trabajo y regresó a su dormitorio para tener un instante de soledad que necesitaba con urgencia.

Hacia el final del día, Merryweather la invitó a la salita para seguir leyendo. Desde la ventana pudo ver el sol poniéndose en el horizonte, en aquellas tierras que también pertenecían a esa mujer.

Cuando el crepúsculo llegó, Celia cerró el libro y lo colocó en la mesilla que había frente al sillón. Se puso en pie, juntó las manos y miró a Merryweather.

—Le agradezco de corazón este día, señora —comenzó—. Y no quisiera abusar de su hospitalidad. Si me proporcionara un carruaje o al menos me indicara el camino, podré marcharme sin más molestia.

Hubo unos segundos de silencio. El piano dejó de sonar, el libro que Merryweather había estado leyendo se cerró.

—Señorita Elton, lamento darme cuenta de que no hemos sido lo bastante claras con nuestras intenciones —dijo la mujer—. Es nuestra invitada y no es posible que abuse de nuestra hospitalidad.

—Pero ya ha pasado un día y una noche. No quiero excederme.

—Un día y una noche es una cantidad ínfima de tiempo. Señorita Elton, he tenido amigas de Londres que han venido a pasar el verano en la campiña, quedándose meses en la misma habitación que usted.

Celia no supo qué hacer. Terminó evitando la mirada de ambas y abrazándose a sí misma, nerviosa.

—Querida, ¿qué es lo que le preocupa? Como le he dicho, no tiene que marcharse esta noche, ni tampoco mañana.

La joven negó con la cabeza.

—Debería, tanto por mí como por ustedes. No está bien que pase tanto tiempo lejos de mi casa.

Con un suspiro compasivo, Merryweather se puso en pie.

—Señorita Elton, si está aquí, es precisamente para no tener que volver a esa casa. Fue la intención de Maddox al traerla y la nuestra al acogerla.

—No podemos impedirle volver, por supuesto —dijo Dawn desde el piano—. Pero podemos ayudarla a tomar una decisión.

El silencio se apoderó de las tres, hasta que Celia sacudió la

cabeza.

—Es por el bien de todas. Sé que la señora Elton no estará contenta con esto. ¿Y si viene a buscarme? ¿Y si las acusa a ustedes…?

Merryweather le puso una mano en el hombro, en un intento de calmarla.

—Le digo con total seguridad, querida, que la señora Elton no hará eso.

—¿Cómo puede saberlo? —dijo con un aire desesperado en la voz, sintiendo que la ansiedad de la noche anterior regresaba.

—Es muy sencillo: porque sería un escándalo —dijo Dawn, que también se había puesto de pie y había ido junto a ellas—. La señora Elton está bastante preocupada por escalar en la sociedad. Si ahora se pusiera a buscar a su hijastra, todo el mundo se enteraría de que se ha escapado de casa… Además, correría el riesgo de abrir la caja de Pandora y que todo el mundo se enterara de la verdadera situación en su casa y su relación con usted —añadió—. Si la señora Elton es como Maddox nos la ha descrito, le aseguro que no quiere que nada de eso ocurra. Lo que más le conviene ahora mismo es quedarse en su casa, en silencio, y esperar a que usted vuelva con el rabo entre las piernas.

Aquellas palabras fueron como un golpe y como un bálsamo relajante a la vez. Celia se sintió sobrecogida y tuvo que retroceder, sentándose de nuevo en el sillón donde había pasado la tarde.

—Querida hija, en ocasiones tienes que medir tus palabras —dijo Merryweather—. ¿Se encuentra bien, señorita Elton?

—Sí, discúlpeme…

—No hay nada que disculpar. Le aseguro que ambas somos conscientes de la dificultad de la situación.

Pasaron unos segundos de silencio, con Merryweather palmeando suavemente la mano de Celia mientras esta miraba por la ventana, tomando aire y tratando de calmarse.

—Todavía quedan unos momentos para la cena —dijo Dawn—, por si quiere ir un momento a su dormitorio a calmarse.

Celia asintió con lentitud.

—Lo agradecería.

Con aquel permiso regresó a ese dormitorio que ahora era suyo. Se dejó caer en la cama, recostándose con comodidad. Cerró los ojos, siendo consciente de que se le permitía estar ahí, que no tenía que regresar a la cama dura del ático. No por el momento.

En esos instantes pudo sentir esa habitación como lo que estaba destinado a ser: un refugio.



14

AL DÍA SIGUIENTE, como Dawn había predicho, salió el sol. Eso hizo que la joven recibiera a Celia en el desayuno con una sonrisa y una gran cantidad de planes para el día.

Celia se sentó y comió con calma hasta que Dawn empezó a plantear esas posibilidades.

—Dígame, señorita Elton, ¿ha visitado alguna vez los Jardines Vauxhall?

La emoción de Dawn por el nuevo día se sentía como una corriente contra la que Celia no podía luchar. Quizá era porque su cuerpo y su espíritu habían empezado a recobrarse de la angustiosa noche del baile, pero se vio capaz de acompañar a Dawn en aquella jornada.

Acudieron al vestidor y las doncellas la ayudaron a meterse en un vestido azul ahora adaptado a su talla. Tuvo ocasión de mirarse en el espejo, de contemplarse en la elegancia de un vestido de tarde, una pieza que llevaba tantos años sin ponerse. Quizá nunca había llevado telas tan caras como aquellas a las que Dawn estaba acostumbrada.

Dio una vuelta sobre sí misma y sintió una cierta vergüenza al descubrir a Dawn en la puerta, observándola. Pero la sonrisa de la dama estaba llena de dulzura. Tenía dos capotas en la mano y le tendió una de ellas a Celia, para que las protegiera del sol cuando cruzaran la puerta.

Subieron al carruaje y Dawn le dio al cochero la indicación. Celia quedó mirando por la ventana mientras avanzaban, contemplando ese paisaje de la campiña. Poco a poco iban apareciendo más hogares y calzadas más firmes, conforme se acercaban a la ciudad.

—¿Nunca ha estado en esos preciosos jardines? —preguntó Dawn, que no tenía ningún paisaje que mirar en el exterior—. ¿Ni en Ranelagh?

—Lo cierto es que no, nunca he visitado unos jardines que no sean los de mi casa o los de algunos vecinos.

—Eso no puede ser. Toda dama de sociedad debería visitar esos lugares alguna vez, y descubrir que son muy diferentes a los jardines que una puede encontrar en una casa particular.

Celia no sabía si esas palabras eran un comentario casual o si realmente querían despertar sus ganas de estar ahí, pero lo cierto es que lo consiguieron.

Apoyada en una mano, Dawn sonrió.

—Está hermosa con ese vestido.

—¿Usted cree? —dijo Celia, pasando la mano para disimular una arruga de la falda.

—No tanto como en los bailes, por supuesto. Sus vestidos eran preciosos.

—Se lo agradezco —murmuró con una cierta vergüenza—. Aunque no tenían la calidad de este, en absoluto. Eran mucho más baratos.

—El precio no lo es todo —Dawn se acercó a ella—. ¿Es cierto que los cosió usted misma? Fue lo que Maddox me dijo, aunque siento que podía estar exagerando.

Celia sintió que el color ascendía a sus mejillas.

—¿El señor Maddox le ha contado esas cosas?

—Por supuesto, no deja de hablar de usted.

La joven bajó la mirada y trató de ocultar ese rubor.

—El vestido lo compré hace algunos años, no lo cosí de cero —respondió—. Pero estaba viejo y me esforcé por remendarlo y añadirle adornos y bordados…

—¿Así que lo hizo usted? Sin duda esas manos están llenas de talento. Deberían dedicarse a bordar en vez de a fregar.

Celia ladeó la cabeza. La mención de Maddox junto a los halagos estaba siendo demasiado para ella. Al hacerlo descubrió el camino por el que el carruaje se había adentrado, la imagen que ya aparecía en el horizonte.

—Estamos llegando —dijo Dawn, con una sonrisa radiante en el rostro.

Cuando el carruaje se introdujo de pleno en los jardines, Celia supo que Dawn tenía razón. Todo lo que allí había era diferente a los patios particulares que había conocido, a los bosques y a los paseos.

Al salir del coche, sintió un golpe de viento sobre ella que le hizo sujetar la capota. Levantó la cabeza y solo pudo contemplar el mundo nuevo que se extendía ante ella. Sus ojos brillaron llenos de admiración.

Dawn no miraba esos jardines a los que estaba tan acostumbrada, en su lugar miraba a Celia. Había estado expectante por ver su reacción a ese sitio y no estaba decepcionada con ello.

Celia parecía haberse quedado paralizada, como si tuviera el derecho a entrar en aquel sitio pero no a pasear por él. Dawn tuvo

que tomarla del brazo para guiarla por ese inmenso lugar.

Tenía razón. Era demasiado grandioso para ser un jardín, y tampoco parecía un bosque salvaje. Todo estaba perfectamente ordenado y quienes lo habitaban eran señores vestidos con trajes tan elegantes como los de ellas.

Había amplios árboles colocados en línea recta para marcar un camino principal, que ambas recorrieron. Había parterres de flores que Celia se detuvo a admirar, y que contenían especies que ella no había visto nunca.

—Puede que vengan de las colonias —dijo Dawn—. Aquí traen flores que no crecen en ningún otro rincón de Inglaterra.

No todo eran plantas y caminos. En alguna ocasión se detuvieron bajo un templete o admiraron una galería de estatuas colocada a lo largo del camino. Se sentaron en un banco junto a una cascada que, por lo que Dawn le explicó, no era una corriente de agua natural sino un aparato mecánico.

Dawn se detenía a contarle muchas cosas sobre aquellos jardines, mantenía la conversación viva todo el rato. Celia no llegaría a recordar todo lo que le dijo en ese día, lo que sí supo es que no le soltó el brazo ni por un momento.

—Es un lugar maravilloso.

—Lo es, y todavía no lo ha visto en todo su esplendor. Hay eventos especiales en algunas ocasiones. Una vez estuve en una exposición de globos aerostáticos. Deberíamos venir de nuevo cuando hubiera algo así.

Celia se sintió sobrecogida por la forma en que Dawn pensaba sobre el futuro mientras ella se sentía incapaz de visualizarlo. De pronto, la joven tiró de ella para que se pusieran en pie.

—Pero esta noche sí que se celebra algo. He oído que hay un concierto con la cena. Venga, vayamos a buscarlo.

Celia se dejó llevar, pues era Dawn la que conocía bien ese lugar y sabía dónde y a quién preguntar. Pronto se encontraron en una mesa al aire libre, esperando a que les sirvieran la cena y que los músicos del templete cercano terminaran de preparar sus instrumentos.

—¿No es magnífico? —dijo Dawn, y Celia solo pudo asentir. Antes

de que el concierto tuviera ocasión de empezar, alguien se acercó a ellas.

—¡Señorita Merryweather! ¿Es usted?

Inmediatamente, Dawn se puso en pie, con una sonrisa cordial en los labios.

—Señor Blackwood —saludó con una inclinación—. Señora Blackwood.

—¿Qué la trae por aquí?

—¿No hace un día muy hermoso? Estaba pidiendo que viniera a los jardines. Y, además, quería mostrárselos a ella —extendió una mano para ayudar a Celia a levantarse—. Permítame que les presente a la señorita Celia Elton.

—Encantada de conocerla —dijo la mujer, y el caballero le ofreció su mano.

La conversación que mantuvieron con Dawn fue breve, el cordial encuentro entre unos conocidos, y Celia no participó en ella. Quedó callada mientras seguían esperando la comida. Dawn, por supuesto, notó ese cambio en su actitud.

—Señorita Elton, ¿ocurre algo?

La joven sacudió la cabeza, sabiendo que no serviría de nada intentar ocultarlo.

—Ese matrimonio nos ha visto y me ha presentado. Pensé que… no sería una buena idea dejarme ver con usted.

Dawn sonrió.

—Todo lo contrario. Una parte imprescindible de las visitas a estos jardines es ser vista.

Celia levantó la cabeza con una expresión de extrañeza.

—Y no solo ahora. Mientras estábamos paseando por los jardines estoy segura de que muchos conocidos nos vieron juntas. Es algo inevitable. Y deseable, también.

—Disculpe —murmuró Celia—. Supongo que no comprendo aún estas costumbres de la sociedad.

—Se acostumbrará. Puedo ayudarle a aprenderlas si lo necesita. La llevaré a nuevos lugares. A la ópera o al teatro, quizá. Hay mucho que visitar.

—Y allí seguiremos dejándonos ver —completó Celia.

—Por supuesto. Me encantaría que la sociedad conociera a mi nueva amiga.

Celia abrió mucho los ojos ante esas nuevas palabras, pero no hubo ocasión de profundizar más en ellas. Un camarero trajo los entrantes a la vez que las primeras notas del concierto comenzaban a sonar.

Aquella velada fue muy diferente a los bailes. O quizá no era tan distinta. Con su necesidad de marcharse a medianoche Celia nunca había llegado al momento de la cena.

La música era hermosa, sentía que su corazón se aceleraba aunque no estuviera bailando. El jardín se oscurecía, iluminado solo por los faroles, las luces que rodeaban al templete y las velas de las mesas. Se llenaba de un aire de encanto que no había tenido durante el día, como si el concierto en los jardines las hubiera transportado a otro mundo.

Quizá era así. Un mundo muy distinto al que ella conocía.

El día siguiente en casa de las Merryweather comenzó de forma pacífica. Se reunieron para tomar el desayuno, la señora se dedicó a preguntarles sobre su escapada al jardín. La timidez no abandonaba a Celia a la hora de hablar sobre su día, pero la emoción terminaba mostrándose en su voz.

Parte de aquella paz se perturbó en el momento en que el mayordomo pasó por la salita diciendo que iba a abrir la puerta. Celia se encogió en sí misma inconscientemente, mientras que Merryweather se puso en pie y se dirigió a la entrada junto a su empleado.

Dawn permaneció en la salita junto a Celia.

—¿Ha probado esto? —dijo, ofreciéndole uno de los bombones que tenían en el centro de la mesa.

No tuvieron que estar en vilo demasiado tiempo. Merryweather regresó pronto, con una sonrisa en los labios y un caballero acompañándola.

—Señorita Elton, tiene una visita.

Maddox entró a la sala, con el sombrero entre las manos y la

mirada baja. Celia se puso en pie al instante. Las Merryweather se apartaron de ahí, retirándose de la estancia con discreción.

Aquellos movimientos sirvieron para dejarlos solos, uno frente a otro, en silencio. Ninguno de los dos se atrevió a hablar o a levantar la cabeza en los primeros segundos. Hasta que, al fin, Maddox hizo la pregunta que llevaba plagando su mente los dos últimos días.

—Señorita Elton, buenos días. ¿Cómo se encuentra?

—Bien —dijo ella, con el mismo tono de voz bajo e inseguro—. Mejor que la última vez que nos vimos.

—Eso es un alivio. ¿Las Merryweather la están cuidando bien?

—Sí, no le quepa duda. Son las mujeres más amables que he conocido.

Maddox asintió, con una sonrisa muy breve. Celia lo observaba de reojo, contemplando la forma en que jugueteaba con el sombrero y evitaba mirarla a la cara. Se le ocurrió la inesperada idea de que el señor Maddox estaba nervioso ante ella.

Cuando el silencio regresó, para sorpresa de ambos, fue Celia quien lo rompió.

—¿Y usted, señor Maddox? ¿Cómo se encuentra?

—Perfectamente. No ha de preocuparse por mí, es de usted de quien quería hablar.

—Es muy amable, pero de veras me gustaría saber cómo ha estado usted, y… —apretó los labios, las dudas llenándola. Sabía que no era apropiado hacer una pregunta así, mas no podía evitarlo—. Y saber qué ha hecho en estos dos días que no nos hemos visto.

El aspecto de Maddox cambió ante esas palabras. Sus ojos se abrieron mucho, sus brazos cayeron a sus lados y su rostro se llenó de compasión.

—Señorita Elton —preguntó en voz baja—, ¿hubiera querido que yo pasara estos dos días con usted?

—No le culpo —respondió Celia—, aunque es cierto que me extrañó su ausencia.

Maddox suspiró y se pasó una mano por la cabeza.

—He sido estúpido y no he sabido comprenderla bien —resopló—. Le pido disculpas.

Celia le miró con extrañeza. Maddox seguía moviendo el sombrero

entre sus manos, reuniendo fueras y valor para contar lo que debía.

—Si me he mantenido al margen estos dos días, es porque confiaba en las Merryweather para cuidarla mejor que yo. Temía asustarla, como ya lo hice una vez.

Los ojos de Celia se abrieron mucho ante aquellas palabras, y luego se llenaron de compasión. Se llevó una mano al pecho.

—No se culpe por ello. Es cierto que me asusté cuando vino a por mí, porque era una cobarde. Si lo hubiera aceptado entonces, no habríamos llegado a este punto.

De pronto y sin que lo esperara, Maddox se acercó a ella y entre sus manos tomó la de Celia.

—No se llame cobarde —dijo el caballero—. Tenía miedo, cualquiera lo habría tenido en su situación. Pero fue lo bastante valiente como para volver al baile, igual que hace dos noches fue lo bastante valiente como para huir.

Se hizo el silencio entre ambos. Apenas se escuchaban sus respiraciones aceleradas y sus ojos solo se dirigían a las manos que ahora se sostenían.

Cuando terminó su discurso Maddox pareció volverse consciente de esto, y con cuidado soltó la mano de Celia y retrocedió un paso. El silencio había regresado, igual que las miradas ladeadas. Maddox carraspeó.

—Hay un motivo por el que he venido. Para hablar con usted y con las Merryweather.

Celia asintió. El momento entre ambos terminó cuando las dos mujeres volvieron a entrar en la salita.

—De acuerdo, querida —dijo Merryweather mientras le colocaba el asiento a Celia—. Hay un asunto importante que descubrimos hace poco y que no podemos seguir ocultándote.

—La idea era contárselo en el baile, de hecho —murmuró Maddox. Celia lo miró con sorpresa.

—¿De qué se trata?

Merryweather puso una taza de té frente a la muchacha y permaneció sentada a su lado, tomándole una mano con cariño. Quería asegurarse de que estaba cómoda antes de empezar a contárselo, y así lo hizo.

Pronto la taza de té quedó olvidada a medio beber, su contenido enfriándose. Y la mano que Merryweather le daba era apretada con fuerza. Y la piel de Celia se volvía más pálida, su rostro más dolorido.

Era un camino difícil, pero era necesario cruzarlo. Ahora sabía la verdad.

Maddox habría esperado que Celia gritara, que se enfureciera, que todos sus sentimientos dolorosos salieran a la superficie. Igual que esa noche en el ático, donde todo se había roto.

Sin embargo, Celia no pronunció una sola palabra mientras Merryweather hablaba. Y cuando hubo terminado, todo lo que la joven hizo fue hundir el rostro entre las manos. Tomó una respiración temblorosa y profunda.

Maddox esperaba al otro lado de la mesa, aunque su corazón le decía que se pusiera en pie y fuera urgentemente con ella, que la consolara. Al final, con más tranquilidad de la que su corazón le ordenaba, se puso en pie y se colocó junto a la silla de Celia.

—No puedo creerlo —susurró la joven, con las manos sobre los labios—. No puedo…

—Lo sé. No es fácil creer que una dama pueda ser semejante víbora —dijo Dawn. Su comentario hizo poco por aliviar el ambiente.

—Me temo que esa es la realidad y tengo fuentes que la corroboran, señorita Elton —dijo Merryweather—. Si usted quiere hablar con mi abogado, estoy segura de que le dará la información sin problemas.

—No es necesario. Sé que son sinceras. Pero… pero…

—Es una idea tan cruel —completó Maddox—. El haberla estado usando así a usted y su dinero.

—Lo cierto es que es despiadado —continuó Dawn—. No se limitó a quedarse con sus ingresos. La convirtió en criada para ahorrarse pagar el servicio y peor aún, para aislarla de la sociedad y que no conociera a nadie. Así no se casaría y el dinero no dejaría de fluir hacia ella.

Celia sacudió la cabeza casi con desesperación. Maddox le puso una mano en el hombro.

— Las cosas han cambiado ahora.

La joven levantó la cabeza para mirarle.

—¿Eso cree? —dijo con amargura—. Ha dicho que la renta se dividió como ella dijo, que sigue teniendo la mitad de la casa.

—Eso es cierto —dijo Merryweather—. La casa es propiedad de Edwina Elton, y usted no lo es.

—¿Importa? —suspiró Celia—. Sigue siendo el único hogar que conozco y no puedo regresar. No me atrevo a pensar en qué hará si vuelvo…

Maddox le apretó el hombro. Merryweather le habló.

—No piense en ello, porque no sucederá. Mientras nosotros estemos aquí usted tendrá un hogar en que quedarse.

Celia volvió a sacudir la cabeza.

—Piense en el futuro. ¿Dónde puedo ir con esa pobre renta y sin hogar?

Se hizo el silencio por unos segundos. Fue Dawn la que lo rompió.

—Sé que no son muchas las opciones para una mujer soltera fuera de la casa paterna, pero existen. Puede que la admitan en un colegio o que consiga un puesto como institutriz.

—No me creo capacitada para ninguno de esos lugares —murmuró Celia.

—Ha encajado como doncella, siento que sería mucho más fácil —continuó Dawn—. También existe la opción del matrimonio, esa puerta que Edwina Elton creía haberle cerrado.

Celia ladeó la mirada.

—Quizá debería renunciar a la alta sociedad y buscar un trabajo…

—Ya ha trabajado tanto —suspiró Maddox—. Lo que merece ahora es descansar.

Se hizo el silencio entre los presentes. Todas las opciones parecían desagradables o difíciles y no era posible encontrar una solución en esa breve reunión entre los cuatro. Merryweather apretó la mano de Celia un poco más fuerte.

—Mientras nosotros estemos aquí, usted tendrá un hogar —repitió.

15

La señora Merryweather pasó la tarde fuera, visitando a la señora Huntington y la señora Reynolds en casa de esta última. Las acogió con amabilidad y con una mesa preparada para el té. Prestaron poca atención a la bebida y menos todavía a las pastas que había para picar, pues lo esencial estaba en la conversación.

—Dígame, señora Reynolds, ¿cómo le va a su querida hija? ¿Se oyen campanas de boda?

—Hace poco estuve visitando al señor Eastwood. El pobre parece que está en las últimas.

—¿Habéis escuchado sobre la nueva compra de Bibury Hall? Deberíamos darle la bienvenida a la comarca.

—La semana pasada fui a la iglesia de Rye. Es un templo modesto para un pueblo modesto, pero tienen una pequeña biblioteca construida con cariño.

—¿Qué le llevó por allí, señora Merryweather? —preguntó Huntington—. ¿Hay alguna obra de arte en esa iglesia?

—Sus vidrieras son preciosas, cierto es. Y el pastor fue bastante amable. Me dijo que trata de mantener esa iglesia y su escuela en pie, aunque no siempre es fácil.

—Puedo imaginarlo, en esos pobres pueblos.

—Hace unos años tuvieron un patrón, no sé si lo conocen: el señor Elton.

Las dos mujeres negaron con la cabeza. Ella continuó.

—Él tampoco tenía la mayor de las fortunas, pero estaba interesado en esa escuela y en su biblioteca. De vez en cuando pedía prestados algunos libros y hacía generosas donaciones en agradecimiento.

—Un hombre muy cortés.

—Y leído —añadió Reynolds—. En esas iglesias puedes encontrarte libros que faltan en la colección de las grandes bibliotecas de Londres.

—Así es. El señor Elton siempre apreció las pequeñas bibliotecas por ese motivo, así como por su labor de llevar los libros a todo el mundo. Un hombre admirable, si me preguntan.

Merryweather terminó esas palabras con un suspiro triste. Las otras dos mujeres la miraron, esperando que continuara.

—Una lástima que ya no esté —dijo la señora—. Nos dejó hace cinco años, y el pastor me dijo que su ausencia se ha notado con pesar en la iglesia.

—Una lástima, es cierto —dijo Huntington—. No solo para la iglesia, sino para la sociedad. Ni siquiera tuve ocasión de conocerle.

—Puede que no conociéramos al señor Elton —dijo Merryweather —. No obstante, su legado sigue en este mundo. Dejó una hija que ahora es una encantadora jovencita.

Reynolds dejó la taza en el plato, con una expresión de sorpresa.

—Ahora recuerdo por qué ese apellido me era familiar. Habla de la señorita Elton, ¿verdad? Mi nieto la vio el otro día paseando con su hija Dawn.

—Precisamente —sonrió Merryweather—. Si he podido conocer a este gran hombre, ha sido gracias a ella. Mi querida hija y la señorita Celia Elton se conocieron hace pocos meses, en un baile en la mansión de los Maddox. Desde entonces, ha florecido una amistad preciosa entre ambas.

—No he tenido el gusto de conocerla —dijo Huntington.

—Lo cierto es que Celia Elton no comenzó a hacerse notar en la sociedad hasta hace muy poco. Es tímida y su familia no es la más destacada. Es una flor apenas salida del capullo. Pero le aseguro que es una muchacha tan hermosa como maravillosa y que pronto todos la conocerán. Ahora está pasando unos días en mi casa, invitada por Dawn.

—Así que considera que es una digna hija de su padre —completó Reynolds.

—Así es, como también es una perfecta señorita por sí misma. Mi querida Dawn la adora, y sé que también ha llamado la atención del señor Maddox.

—¿De veras? Creía que el joven Maddox solo tenía ojos para su hija.

—Señora Huntington, es la época. Están en la flor de la vida. Deje que los jóvenes se conozcan, bailen y se diviertan.

—No debería hablarnos así de una señorita sin darnos la

oportunidad de conocerla —dijo Reynolds—. Hace tiempo que no veo a la señorita Merryweather, seguro que está más hermosa que nunca.

—Diría lo mismo del señor Maddox —añadió Huntington—. Aunque creo que a él no lo veo desde que era un muchacho. Deberíamos concertar una reunión con esos jóvenes.

—Si no se encuentran demasiado ocupados aprovechando que están en la flor de la vida.

Merryweather sonrió y dio un pequeño sorbo al té.

—Me encantaría. Hemos de organizarlo.



Las mujeres cumplieron su promesa muy pronto. Pocos días después, las señoras Merryweather y Reynolds aparecieron en casa de los Huntington, yendo la primera acompañada por su hija, su ahijado y esa nueva dama de la que no dejaba de hablar.

Al bajar del carruaje Maddox le ofreció su mano a Celia. Mientras se adentraban en la mansión, Dawn la tomó del brazo y caminó a su lado. Una vez en la salita del té Merryweather le movió la silla para que pudiera colocarse.

Celia se sentaba entre la madre y la hija, con Huntington enfrente presidiendo la mesa, y Maddox y Reynolds a sus lados.

Había tres doncellas en la sala. El té y los dulces estaban ya servidos, por lo que ellas no tenían más trabajo que el de permanecer de pie, esperando algún tipo de orden por parte de la dueña o los invitados.

Al principio la hora del té transcurrió con tranquilidad. La conversación la llevaban las tres mujeres mayores, como las viejas amigas que eran. Al principio Dawn, Maddox y Celia no dijeron más que algunas breves frases sobre querer un poco de azúcar o probar alguna pasta.

—He oído que su sobrino ha obtenido una vicaría, señora Huntington —comentó en una ocasión Maddox, de forma casual, solo para participar en la conversación.

—Así es, aunque lamento decir que no confío del todo en sus habilidades.

—¿Por qué dice eso? —dijo Celia, que había reunido el valor para hablar.

—Lo conozco desde niño y ese joven es un desorganizado. Honestamente, creo que lo que más falta le hace es una esposa que le obligue a tener algo de orden.

—La mayoría de vicarías estarían condenadas sin una esposa detrás —comentó Dawn, escondiendo su expresión tras un sorbo del té.

—En su caso, estoy segura.

Huntington había estado añadiendo leche a su té mientras conversaban y en ese momento fue a tomar un sorbo. Su ceño se frunció en el momento que la porcelana tocó sus labios, y bajó la taza.

—¡Doncella! —exclamó—. ¡Esta leche se ha quedado fría! ¿Por qué no solucionas esto?

En ese mismo instante la jarra de leche fría se volvió el último de los problemas de la mesa. Sin que nadie se percatara hasta que el daño ya estuvo hecho, la mano de Celia tembló y la taza de té que sostenía se cayó de entre sus dedos.

Dio contra la mesa y no llegó a romperse, aunque su contenido se volcó por completo por el mantel y el suelo.

Celia se llevó las manos a los labios, su semblante súbitamente pálido.

—Lo siento —dijo casi sin aliento—. No saben cuánto lo siento…

Huntington ya había hecho un gesto a la doncella para que fuera a limpiar ese desastre. Maddox había echado su silla hacia atrás y estaba preparado para ponerse en pie en cualquier momento.

Sin que nadie hubiera visto cómo, una nueva mancha de té había aparecido en el mantel frente a Dawn.

—Qué mala pata —dijo la joven—. Señora Huntington, a mí también me han sorprendido sus súbitas protestas. Por favor, discúlpenos.

Por parte de Celia apenas hubo más reacción. Seguía tan pálida y paralizada como en el momento en que la taza se le había caído. Temía que fuera a resbalar de nuevo y romperse en pedazos.

Fue otra mano la que recolocó la taza sobre el platito, la de la

doncella que había acudido a ayudar. Dawn le hizo espacio para que pudiera comenzar a limpiar el mantel y el suelo.

Solo entonces Celia reaccionó. Se puso en pie para apartar la silla y que la doncella tuviera espacio para trabajar. Y cuando se dio cuenta de que el té goteaba hacia el suelo, se agachó junto a ella para limpiarlo.

—Señorita, no hay necesidad —dijo la doncella, pero Celia sacudió la cabeza.

—Ha sido mi error. Terminemos pronto para que pueda volver a atender el té —le ofreció su servilleta a la doncella y esta la usó para cubrir la parte mojada del mantel. Cuando el suelo estuvo limpio, la doncella le colocó la silla a Celia para que pudiera volver a tomar asiento, con una sonrisa.

—Muchas gracias, señorita. Por favor, disfrute del resto de la tarde.

Otra sirvienta vino a traerle una taza limpia. Dawn le colocó una pasta en el nuevo platito. Maddox al fin se atrevió a destensar los hombros.

—Parece que la señorita Elton sabe ganarse al servicio —susurró Reynolds a Merryweather—. Esa siempre es una habilidad importante para una señora de la casa.

—Desde luego —respondió la mujer en el mismo cuchicheo—. Nuestras doncellas están encantadas con ella.

La hora del té continuó, olvidando ese pequeño accidente, si bien Celia permaneció tan callada como antes. Con las tazas de té terminadas y en los platos de las pastas apenas quedando las migajas, los invitados fueron levantándose.

Huntington le pidió a Dawn que les deleitara con alguna pieza al piano, lo que ella cumplió enseguida. Apenas tuvo ocasión de ponerse en pie Maddox fue junto a Celia, ofreciéndole su mano.

Los invitados se dispersaban por los rincones del salón. Maddox buscó un lugar alejado del resto y lo encontró junto a la chimenea. Guio a Celia hasta allí de la mano, quedando ambos de pie junto a su repisa.

—Lamento mucho el espectáculo de antes —susurró Celia apenas estuvo a solas con Maddox—. No quería humillarnos así, en especial después de recibir esta invitación…

Maddox no soltó su mano, y la caricia de su pulgar contra su dorso la hizo callar.

—No hay nada de lo que disculparse, señorita Elton. Esta no es ni de lejos la hora del té más caótica que he vivido.

Celia seguía con la cabeza ladeada y la vergüenza presente en su expresión. Maddox insistió.

—Han mencionado al joven señor Reynolds, ¿no es cierto? Debería saber que en una ocasión rompió tres tazas porque le pareció ver una araña.

Contra su buen juicio una sonrisa temblorosa apareció en el rostro de Celia, de la cual una risa amenazaba con escapar. Maddox sonrió también.

—La señorita Dawn me ha contado que ayer pasaron la tarde en Hyde Park —dijo, y Celia agradeció el cambio de tema.

—¡Sí! Estuvimos paseando junto al lago. Había un pequeño desfile que Dawn quería ver.

—¿Lo había visitado antes?

—La verdad es que no. Es un lugar hermoso.

—Lo es. Hace tiempo que no acudo, pero cuando era niño, mi madre solía llevarme después de la misa del domingo. ¿Vio alguna ardilla?

—Sí, cuántas ardillas hay correteando entre sus árboles —Celia sonrió—. Parece que ni siquiera tienen miedo de los visitantes…

—Me está dando deseos de volver a ir a ese parque —dijo Maddox. Celia no notó la forma en que sus ojos evitaban los de ella, como si los nervios le hubieran invadido de pronto—. Y estoy seguro de que sería una tarde encantadora si la pasara con ustedes.

La mirada de Celia se contagió de aquellos mismos nervios.

Ninguno de los dos era consciente de que a pocos pasos de ahí había varios pares de ojos que los contemplaban. Un nuevo comentario que las mujeres no escucharon, pues hablaban en susurros, hizo que ambos rieran suavemente. Merryweather sonrió, mientras que Huntington la miró con curiosidad.

—Señora Merryweather, me temo que estoy viendo tambalearse ese plan de matrimonio que tenía para su hija.

—Señora Huntington —respondió ella—, sabe que la prosperidad y

la felicidad de mi hija me preocupan mucho. Y que, por suerte, preveo que están garantizadas.

—¿Y en cuanto al señor Maddox? —preguntó Reynolds con curiosidad.

—Ustedes saben bien que es como un hijo para mí, su felicidad me importa mucho. Y si la encuentra, ¿cómo podría decir algo yo en contra de eso?

Sin nada más que añadir, Merryweather volvió a contemplar la imagen de los dos jóvenes junto a la chimenea. Ahora habían callado, pero en sus rostros había unas sonrisas que hablaban por sí solas.

El mayordomo de la familia Maddox se dirigió hacia la puerta para responder a la llamada. Al abrir, encontró un rostro desconocido. Aun así, tuvo que responder a sus demandas educadamente, como haría con cualquier otra persona, fuera invitada o no.

—Lo lamento, el señor Maddox no se encuentra aquí —respondió a su pregunta.

—¿Y la señorita Celia Elton?

A pesar de lo que le decían sus instintos, el mayordomo tuvo que responder con la sinceridad que le debía a quienes servía.

—La conozco, aunque no se encuentra hospedada aquí. ¿Por qué pregunta?

Ella no fue tan educada como él. No le respondió, tan solo se marchó con la furia en el rostro.

Ni siquiera le dio su nombre para dejarle un mensaje a Maddox. El mayordomo cerró la puerta y se retiró como si nada hubiera pasado.

Maddox jamás se habría imaginado comparando a Celia con, de entre todos los animales, un zorro.

No era la clase de criatura que recordaría a una dama tan delicada y sensible como ella. Sin embargo, no importaba lo salvajes, astutos y depredadores que fueran los zorros. Cuando se enfrentaban a los hombres, se convertían en los débiles, en la presa, en los que huían despavoridos ante los disparos de las escopetas.

Se suponía que aquella reunión social se centraba en la caza del

zorro. Sin embargo, la mayoría de hombres jóvenes habían encontrado una presa distinta.

Así lo sentía Maddox. Creyó ver un gatillo apretándose, un intento de disparo, cuando contempló a un hombre besar la mano de Celia. Merryweather estaba a su lado, al parecer ella los había presentado cuando Maddox se había apartado por un momento.

—Si sigue mirándolo así, cualquiera pensará que su objetivo es dispararle al propio señor Gable —dijo Dawn a su lado, mientras jugueteaba con el crop entre sus manos. Ni siquiera le miraba.

—No esperaba que fuera a estar aquí. Mucho menos que fuera a hablar con Celia.

—Si no esperaba que el señor Gable se pusiera a conversar con la nueva dama que es la comidilla de la sociedad, es que no le conoce.

—Precisamente —dijo con un suspiro, presionando el tabique de su nariz—. ¿Por qué sugirió que acudiéramos a la caza del zorro? Ni siquiera parece la clase de actividad que Celia disfrutaría.

—¿Eso cree? Eche un vistazo.

Volvió a mirar a Celia, y encontró que se había agachado en el suelo para acariciar entre las orejas al galgo del señor Gable. Susurraba algo al perro con una brillante sonrisa.

Maddox resopló.

—En realidad, la caza del zorro no es un problema. El problema es la gente que acude, la cantidad de hombres jóvenes que hay aquí.

Esta vez, Dawn lo miró con genuina indignación en su rostro.

—¿Acaso una dama de sociedad en la flor de la vida no puede hablar con los caballeros de la temporada?

Maddox era consciente de las ocasiones en las que Dawn hacía preguntas cuya respuesta ya conocía, solo con el objetivo de indignarle. Sin embargo, siempre acababa cayendo en sus redes.

—No se trata de una dama de sociedad cualquiera, eso usted lo sabe mejor que nadie —dijo en voz muy baja—. Y, dicho sea de paso, el señor Gable no es un caballero cualquiera. Ni siquiera deberíamos llamarlo caballero después de lo que ocurrió con las hermanas Sinclair.

—Oh, cierto, escuché esos rumores —dijo Dawn, apretando los labios. Su mirada recorrió el resto del campo, donde los hombres se

encontraban ocupándose de sus caballos o de sus escopetas—. Mi primo, el señor Tilbury, está por ahí. Podría interrumpir la conversación para presentárselo a Celia.

—¿Tilbury? He visto cómo se comporta en las celebraciones, no creo que a Celia le convenga conocer a alguien tan irresponsable. ¿Y va a participar en la caza? Dudo que pueda disparar con ese pulso que le deja el alcohol…

Divagó mientras Dawn le miraba, cada vez más indignada con sus palabras.

—Dígame, mi querido señor Maddox, cuál de los hombres aquí presentes sería, para usted, digno de conocer a Celia.

—¡Es que ninguno de los hombres aquí presentes se la merece!

Fue consciente de lo potentes que eran sus palabras a la vez que salían de sus labios, y se obligó a cerrar la boca y bajar la cabeza en el segundo siguiente. Se ganó una mirada curiosa de Dawn, acompañada de una suave risa.

Maddox se pasó una mano por el rostro y los cabellos, y tomó aire. Cuando hubieron pasado los suficientes segundos como para que se recompusiera, Dawn le tomó del brazo y le hizo acercarse un poco más hacia el borde de la colina, donde Celia y Gable seguían hablando. El galgo se había acomodado a los pies de la joven y no dejaba de mover el rabo.

—Mírela. ¿Acaso no ve lo mucho que está disfrutando?

Gable se había acercado un poco más a ella, parecía mirar su rostro fijamente, de una forma que a Maddox le causó un estremecimiento. Se encontraba lo bastante cerca como para escuchar su conversación.

—Siento que he visto este rostro antes, ¿es posible?

Celia bajó la mirada con una sonrisa tímida.

—Tal vez. He acudido a algunos bailes en la mansión Maddox.

Gable se mostró pensativo durante unos segundos. Luego, la ilusión pareció iluminar sus ojos.

—¿Es posible…? —retrocedió unos pasos, extrañando a Celia. A continuación, le hizo la más exagerada reverencia—. Su majestad, la reina María Antonieta.

Una suave carcajada escapó de los labios de Celia, con las mejillas

sonrojadas de alegría.

En ese instante, Maddox dejó de prestar atención al señor Gable o a cualquier otro hombre presente en aquel campo. Incluso dejó de sentir la mano de Dawn sobre su brazo.

El sol brillante de la tarde caía sobre los cabellos de Celia, los mechones que el viento había soltado. Cuando la escuchó reír, le pareció más radiante que nunca.

A lo lejos, un disparo de escopeta hizo que varias aves echaran a volar.

Maddox se colocó el pañuelo y el sombrero mientras esperaba en la puerta. Sacudió unos hilos sueltos que había en su traje de noche, deseando que su aspecto fuera impecable.

Cuando la puerta se abrió se puso recto, encontrando tras ella a Merryweather y a Celia. Su mirada recorrió el recibidor, sin encontrar a la dama que faltaba..

—Señor Maddox —fue el saludo de Merryweather—. Lamento informarle de que la pobre Dawn se ha sentido indispuesta esta tarde y no podrá disfrutar de su invitación al teatro.

Maddox se sorprendió por unos segundos, pero la respuesta caballeresca llegó enseguida.

—No se preocupe por la invitación. Le deseo a la señorita Merryweather una pronta recuperación.

—Ella misma ha dicho que no hay razón para preocuparse, que solo necesita una noche de descanso. Y que espera que ustedes disfruten de la obra en su ausencia.

Le hizo un gesto a Celia para que avanzara. Ella, con timidez, puso un pie fuera de la mansión.

—Si usted tiene deseos de ir al teatro en mi compañía, que así sea —dijo Maddox, tendiéndole a Celia el brazo para guiarla al carruaje.

—Es usted un caballero, señor Maddox.

La ayudó a entrar al coche y se pusieron en camino hacia la ciudad. Celia parecía tranquila, con la vista puesta en la ventanilla. Maddox la miraba a ella, con ese peinado con mechones sueltos que caían sobre su rostro y algunas horquillas sosteniendo su moño, ese vestido azulado que recordaba haber visto a Dawn vistiendo hacía algunos años, aunque el bordado en las mangas parecía nuevo.

—Está muy elegante —le dijo con una sonrisa. Celia ladeó la mirada y escondió un mechón tras su oreja.

—Gracias. Es trabajo de Dawn y sus costureras.

—Me costaría creer que usted no ha tenido nada que ver, teniendo en cuenta su historial.

La joven no se atrevió a responder. Maddox decidió cambiar de tema y ojeó el programa que tenía en sus manos.

—Dijo que no había ido al teatro antes.

—No, nunca he tenido la oportunidad.

—Tome —le tendió el papel—. Espero que la obra sea de su interés.

Lo era, y Celia no pudo dejar de leer y releer ese programa o de contemplar los grabados que adornaban su portada. Antes de darse cuenta el carruaje ya se había detenido en la puerta y la sensación de nervios en su pecho había decrecido.

Aquel no era el teatro más grande ni más esplendoroso de Londres, pero había un encanto especial tanto en el edificio como en la pequeña obra que acogía. Igual que con el programa, Celia no dejó de levantar la cabeza para apreciar el edificio, tanto en el exterior como cuando ya estuvieron dentro.

—Venga por aquí —la guio Maddox entre la multitud y hacia arriba de las escaleras. Había mucha gente, tanta como en los bailes en su salón. Celia hacía lo que podía para pasar entre la multitud sin molestar, pidiendo perdón cada vez que su hombro daba con alguien y dejando que Maddox dirigiera el camino.

No tardaron demasiado en llegar a su oasis. Unos pasos y el pasillo estrecho en que se encontraban se abrieron a la amplitud de todo el teatro. Maddox sonrió mientras retiraba la cortina y le mostraba a Celia la vista desde el palco.

La gente seguía levantándose y esforzándose por localizar su asiento en la platea, y el caos de siempre reinaba en la galería. Pero ese palco era solo para ellos.

Celia avanzó hasta que sus manos quedaron sobre la barandilla, asomándose como si ese palco diera a la vista más hermosa del mundo. Quizá era así. A Maddox le recordó al balcón de una obra mucho más grande que la que iban a ver esa noche.

Aquel era un mundo del que le habían privado y que podía apreciar ahora. Maddox se acercó a ella para acompañarla en este descubrimiento.

Celia se giró hacia él cuando se colocó a su lado, y una sonrisa llenó su rostro.

—Es un lugar magnífico. No puedo esperar a que la obra comience.

—No todo es la representación —dijo Maddox—. Disfrute ahora.

Ella siguió mirando el interior de la sala con admiración, desde sus butacas rojas hasta los techos pintados al fresco. Los momentos de soledad no pudieron durar demasiado.

—¿Señor Maddox? ¿Es usted?

El joven reconoció la voz y se giró de inmediato al hombre que pasaba al palco.

—¡Señor Moore! ¿No me diga que ha venido al teatro esta noche?

—Es decisión de mi esposa. Admira a este dramaturgo, o eso dice. Puede que solo quisiera salir de casa.

Todavía desde la barandilla Celia contemplaba la conversación entre los dos hombres. Había sonrisas alegres en los rostros de ambos y una cercanía que no pasaba desapercibida. Maddox tardó un breve instante en volver a girarse hacia ella.

—Disculpe. Permítame que le presente a mi acompañante —la tomó de la mano para acercarla—. Señorita Celia Elton, este es el señor Joseph Moore.

—Encantado —respondió él con una reverencia cortés—. Me alegra ver que mi viejo amigo está tan bien acompañado.

Celia apartó la mirada con el rubor llenando su rostro.

—Es usted muy amable.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo Maddox—. ¿Cómo se encuentra su esposa?

—Tal y como la recuerda. Concédame un instante, no debería haberla dejado esperando en el pasillo.

Moore desapareció del palco para regresar pocos segundos después con una mujer del brazo.

—Señora Moore —dijo Maddox. Su sonrisa se había vuelto más cortés que alegre—. Esta es la señorita Celia Elton.

La mujer tomó su mano y se inclinó ante ella.

—Encantada —dijo Celia, con toda la cortesía que conocía—. Espero que disfruten de esta noche en el teatro.

—Y yo que ustedes también lo hagan —dijo la mujer—. Disculpe, señorita, ¿ha sido presentada en sociedad recientemente? Temo que no he tenido el placer de conocerla antes.

Maddox, tomando el brazo de Celia, dio un paso entre ambas mujeres.

—Lo cierto es que sí, la señorita Elton no ha tenido ocasión de darse a conocer hasta hace poco. Pero le aseguro que su compañía es maravillosa.

—No me cabe duda —dijo el señor Moore—. Está muy hermosa esta noche, señorita Elton.

—Es cierto. Ese vestido es hermoso —comentó la señora Moore—. Me encantan los bordados de las mangas.

—Los he hecho yo —dijo Celia con timidez.

—¿No me diga? —la señora Moore dio un paso hacia delante y llevó su mano al bordado para apreciarlo mejor—. Un gran trabajo, señorita Elton. Estoy segura de que quería verse elegante para esta velada. Ojalá un cabello que le hiciera justicia.

Su mano se dirigió a uno de los mechones que caían sobre su rostro, entrelazándolo por un instante antes de volver a separarse de ella. La sonrisa no había abandonado el rostro de Moore, pero el de Celia sí. Su rostro había cambiado y sus pies retrocedían, deseando alejarse de aquel lugar.

Un largo silencio había caído sobre los cuatro.

—Disculpen —dijo Maddox—, parece que la obra va a comenzar.

—Sí —respondió el señor Moore, tomando a su esposa del brazo—. Deberíamos ir a ocupar nuestro palco. Un placer verle, señor Maddox.

Se marcharon antes de cruzar otra palabra. Celia no llegó a despedirse.

Maddox fue hasta la puerta del palco y comprobó que no había nadie más. Entonces, regresó con su acompañante.

La encontró dando la espalda a la entrada y al balcón también. En una esquina de aquel pequeño espacio parecía haber encontrado un refugio. Maddox se acercó a ella con lentitud.

—Señorita Elton, ¿se encuentra bien?

Era una pregunta absurda. La forma en que Celia tensó la espalda y se giró hacia él no mejoró la situación.

—No se preocupe, señor Maddox. Es mejor que me marche ahora.

Maddox abrió mucho los ojos. El dolor disimulado que veía en el rostro de la joven le encogía el corazón.

—Señorita Elton —trató de insistir en un tono suave—. Esa era la señora Moore. Siempre ha sido ruin y desagradable, y me compadezco de mi pobre amigo que acabó casado con ella.

Celia sacudió la cabeza.

—No se trata de ella. Míreme —se abrazó a sí misma—. Una conversación tan breve y… Estoy dándole mala imagen, señor Maddox. Sería mejor que no me vieran en compañía suya.

—Eso no es cierto. Y aunque así fuera, sigo prefiriendo estar con usted —habló con sinceridad, sin que sus palabras pudieran consolarla. Vio la forma en que sus piernas temblaban y se fijó en los asientos libres del palco. Con un cuidado absoluto fue a tomar su brazo para guiarla a ellos. Sentarse pareció hacer algo para calmar su cuerpo, pero no su espíritu.

—Debería haber venido Dawn —susurró Celia—. Ella sí sabe actuar como una dama.

—Dawn ha tenido toda la educación que una dama requiere. Usted no.

—Por eso mismo —dijo Celia sacudiendo la cabeza—. Si no tengo lo que hace falta tal vez no merezca estar aquí.

Cada palabra se sentía como un puñal en el pecho de Maddox, quien solo podía imaginar lo que ocurría en el corazón de ella.

—Es una dama y se comporta como una, señorita Elton —trató de explicar—. Sé que los comportamientos de la sociedad pueden ser difíciles, mas usted es amable y de buen corazón. Son otras las personas que deberían avergonzarse de su comportamiento.

Celia ni siquiera le estaba mirando a los ojos, aunque aquellas palabras parecieron calar hondo en ella.

—¿De veras piensa eso de mí?

—De todo corazón.

El tono de su voz no dejaba lugar para la duda. Aun así, Celia

sacudió la cabeza.

—No todo el mundo es tan amable y dulce como usted —respondió —. Qué creerán de mí…

—No hay nadie más aquí —susurró Maddox—. Nadie la juzga, yo no lo haré.

Eso fue todo lo que dijo. Después vino un largo silencio, roto solo por los aplausos desde la galería.

Celia y Maddox prestaron poca atención a lo que sucedía más allá del palco. Ella se centraba en su mundo interior, en calmar la tormenta que tan fácilmente había comenzado. Maddox se centraba en ella, en tomar su mano y contemplar su rostro.

Sabía que dar consuelo no siempre era fácil. Que en ocasiones todo lo que uno podía hacer era estar ahí mientras la tempestad pasaba.

Las voces comenzaron a sonar más allá de su palco, en el mundo exterior. Celia tardó unos segundos en oírlas siquiera.

—Lo lamento —susurró ella—. Ni siquiera estamos disfrutando de la obra a la que me ha traído…

—Muchos de los presentes tampoco prestarán atención —dijo Maddox—. Además, apenas ha empezado. Tenemos tiempo de sobra si quiere disfrutar de ella.

Hubo unos segundos más de silencio, hasta que Celia terminó haciendo caso a esas palabras. Tras unos instantes comenzó a mirar de reojo el escenario, y luego se colocó en el asiento para tener una mejor vista.

De pronto el silencio que había en el palco no se debía a la tensión sino a que respetaban el teatro. Los ojos de Celia seguían a los actores en lugar de estar perdidos en la nada. La vorágine de sus pensamientos desaparecía.

El agarre en su mano se hizo más fuerte, y Maddox no la soltó. Así escapó de la tormenta.

—¿La señorita Elton vuelve a estar fuera, señora Merryweather? —preguntó Huntington al sentarse a la cena.

—Sí, me temo que sí. El señor Maddox tenía unas entradas para el teatro y decidió invitarla.

—¿Solo a ella? ¿Qué pasa con usted, señorita Dawn?

—Me lo ofreció, aunque esta mañana me encontraba algo indispuesta y lo rechacé. Aunque parece que la tarde de descanso me ha ayudado a recuperarme.

—Sé que preferiría estar con gente de su edad antes que con unas viejas glorias como nosotras —dijo Merryweather—. Pero gracias por acompañarnos.

—No diga eso, madre.

—Señorita Dawn, el otro día nos cruzamos por Hyde Park, ¿no es cierto? —dijo Reynolds.

—Sí. ¿No se lo había contado, madre? Celia y yo estuvimos por allí.

—Es cierto, y ambas fueron tan dulces como siempre.

—No me cabe duda —suspiró Merryweather—. Y me alegra mucho que la señorita Elton haya encontrado unas personas con las que salir más… cercanas a su carácter.

Hubo algo en el tono en que pronunció esas palabras que hizo que Huntington y Reynolds bajaran los cubiertos.

—¿A qué se refiere, señora Merryweather?

Ella sacudió la mano.

—Oh, no debería decir estas cosas. Es su familia, al fin y al cabo.

Se hicieron unos segundos de silencio. Reynolds metió la cuchara en la sopa y sorbió.

—En realidad yo opino lo mismo —dijo Dawn en voz baja—. No lo han oído de mis labios, y no me extraña que Celia prefiera pasar tiempo en esta casa antes que con su familia.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Huntington—. Señora Merryweather, si usted siempre está hablando bien del difunto señor Elton…

—Y él se merecía todos esos halagos, pero tristemente ya no está. Y quien ha ocupado su lugar como señora de la casa y tutora de Celia… —Merryweather sacudió la cabeza con pesar.

—He escuchado que enviudó y se volvió a casar —dijo Reynolds.

—Así es —respondió Dawn—. Si hay un solo defecto que se le podía reprochar al señor Elton era su gusto al elegir esposa.

Reynolds se llevó una mano a los labios ante la osadía de ese comentario.

—Creo conocerla —dijo Huntington, con aspecto pensativo—.

Edwina Elton, ¿no es cierto? Puede que haya coincidido en algún baile con ella y con sus hijas —dudó por unos segundos, antes de añadir un comentario más—. No destacan precisamente por su educación y decoro.

Dawn tuvo que ocultar su risita tras la servilleta, fingiendo que se limpiaba.

—Sin duda se debe a la educación que les dio su madre —dijo Merryweather—. No la he conocido en persona, aunque por lo que Celia ha compartido conmigo y por lo que he apreciado, diría que es una mujer ofuscada con la idea de escalar en la sociedad. Y que no se encuentra a la altura.

—Pero madre…

—Es lo que pienso —se encogió de hombros—. Utiliza a sus hijas para ascender. Y en cuanto a su hijastra… creo que no la trata bien.

Los ojos de Huntington y Reynolds se abrieron mucho, y sus rostros se llenaron de compasión.

—¿Es eso cierto?

—Oh, la pobre muchacha. No es de extrañar que prefiera estar con ustedes.

Dawn tomó un sorbo de agua con discreción.

—Lo cierto es que Celia no se merecía entrar en una familia como esa, ni tampoco su padre —dijo Dawn—. Por supuesto, esa mujer mantuvo ocultas tales actitudes antes de casarse.

—No merecía un marido tan bueno como él, desde luego. Su primer marido sí que era más apropiado para ella.

Huntington se acercó a Merryweather con interés.

—¿De quién habla?

—El difunto señor Seymour. ¿No lo conoce? Deje que les cuente, porque su fama tampoco es muy buena…

16

AQUELLA VEZ LA VISITA fue diferente. En aquella ocasión, lo que había venido a buscar sí que se encontraba dentro de la mansión.

—El señor Maddox se encuentra en casa y la señorita Elton está de visita. ¿Quién pregunta?

La sonrisa que apareció en el rostro de la mujer trajo un escalofrío al mayordomo. Quiso ordenarle que se fuera y cerrar la puerta, pero aquello era potestad de su señor.

La mujer le dio su nombre. El mayordomo solo pudo acudir a la sala donde Maddox se reunía con sus invitadas e informarle de lo que ocurría.

—Mi señor, hay una mujer en la puerta.

Maddox había estado charlando felizmente con Celia y Dawn, con una sonrisa llena de ánimo. Como en muchos momentos de esparcimiento en los últimos días. El ambiente se apagó tan pronto como el mayordomo dijo esas palabras, sacudiendo la paz.

El joven miró de reojo a Celia, quien parecía preocupada por el súbito silencio. Maddox se puso en pie y salió junto al mayordomo de aquella sala.

—¿Le ha dicho su nombre esa mujer? —preguntó cuando ya se encontraban en el pasillo, lejos de sus oídos. El mayordomo respondió y Maddox sintió su vista ensombreciéndose conforme sus peores temores se hacían realidad.

Hizo lo que debía. Descendió por las escaleras hasta encontrarse en la puerta de entrada. Su mano sostenía el pomo con furia, sus ojos estaban tan afilados que podrían haberla apuñalado en ese momento.

—Buenas tardes, señor Maddox.

Edwina Elton le hizo una reverencia. Maddox no correspondió.

—Señora Elton, le pido cortésmente que abandone mi propiedad.

La mujer alzó la cabeza al instante.

—Confiaba en que el prestigioso señor Maddox tendría una mejor educación hacia una dama.

—Mi cortesía, como usted ha dicho, está dirigida a las damas.

Edwina frunció el ceño, pero no dejó de mirarle directamente a los

ojos.

—Señor Maddox, he venido aquí para ver a mi hijastra. No puede mantenerla separada de su familia para siempre.

—La señorita Celia Elton no está aquí y no sé dónde se encuentra —respondió Maddox con firmeza. La respuesta de Edwina fue una sonrisa cruel.

—Debería pactar estos asuntos con su mayordomo antes de mentir.

Maddox apretó el pomo con tanta fuerza que sus nudillos se volvieron blancos.

—Márchese, señora Elton.

—¿Cree que puede hacer todo esto sin recibir una respuesta de mi parte? —insistió—. ¿Llevarse a mi hijastra, difamar sobre mi familia…?

—La difamación exige que lo que se cuenta sea mentira —respondió Maddox, la furia en la voz—. Y usted debería estar agradecida de que no se haya contado toda la verdad sobre lo que le ha hecho a la señorita Celia.

—Señor Maddox, usted es ajeno a mi familia y habla con desconocimiento. Está interviniendo donde no debe.

—Es asunto mío dado que me preocupo por la señorita Celia mucho más que usted. Tenga cuidado con lo que le hace, señora Elton. Su imagen puede empeorar todavía más.

—¿Me está amenazando, señor Maddox?

El joven tenía una respuesta en los labios y furia en el corazón, sin embargo, ninguna de las dos tuvo ocasión de salir. Una voz los interrumpió a ambos, pareció detener el tiempo mismo.

—Señora Elton, le han pedido que se marche.

Maddox, con los ojos muy abiertos, se giró hacia Celia. En la expresión de Edwina también había una sorpresa inconmensurable al escuchar a su hijastra hablar así.

Celia tenía la barbilla alta y las manos cerradas en puños. Todo su cuerpo temblaba, pero se mantenía en pie como un árbol sacudido por el viento.

—Le pido que deje de preocuparse por mí, pues en estos momentos estoy ocupándome de mis propios asuntos.

—¡Insolente…! —comenzó ella. Celia no le dio ocasión de terminar.

—Preocúpese por sus propias hijas, señora Elton —dijo Celia, con una voz que trataba de no romperse—. Lo necesitarán después de la deuda que su padre les dejó.

Aquellas palabras fueron lo bastante potentes como para que Edwina retrocediera un paso, como si la hubiera alcanzado un golpe. La expresión de sorpresa apenas duró un segundo en su rostro, antes de que la crueldad regresara a sus ojos.

—Preocúpate por ti misma, pues —respondió Edwina—. No olvides quién eres, desdichada.

Fue suficiente. Maddox quiso poner fin a esa escena. Hizo caso al impulso que su corazón había sentido desde el principio y cerró la puerta a Edwina. Inmediatamente después dio al mayordomo la orden de asegurarse de que la mujer abandonaba la propiedad.

No pudo preocuparse más de ese asunto, pues al instante su prioridad pasó a ser Celia.

Todas las fuerzas que había reunido para enfrentarse a su madrastra la abandonaron de golpe. Tenía suerte de haber venido con Dawn, pues la joven pudo tomarla en sus brazos cuando las piernas le fallaron. La guio para sentarse en el suelo y deseó tener un abanico a mano.

Maddox fue con ellas, agachándose a su lado. Sintió alivio cuando Celia le miró de reojo y descubrió que al menos estaba consciente.

—Esa víbora es peor de lo que me imaginaba —dijo Dawn para romper el silencio.

—Sin embargo, una serpiente es capaz de luchar cuando alguien contraataca —Maddox tomó con suavidad la mano de Celia—. Después de lo que usted ha hecho hoy, no quiero volver a escucharla decir que no es valiente.

Una débil sonrisa apareció en los labios de Celia.

—¿Puede caminar? —preguntó Dawn—. Creo que estaría más cómoda recostada en el diván.

Ayudó a Celia a levantarse y permitió que caminara apoyada en ella, con Maddox al lado atento a cualquier traspiés. La llevaron a la salita y la tumbaron en el diván, mientras daban instrucciones al servicio para ayudar con su indisposición.

Maddox se aseguró de que Edwina hubiera dejado la propiedad. Sentía un cierto alivio por ese encuentro, porque había venido a su casa y no a la de las Merryweather, donde Celia residía. No la había localizado allí y esa noche podría dormir a salvo.

Pronto, Dawn se preparó para regresar a su hogar junto con su amiga. Pero cuando ya estaban preparadas Celia pidió un momento a solas con Maddox.

Ella permanecía sentada en el diván, en aquella pequeña sala. Maddox se colocó frente a ella.

—¿Cómo se encuentra? —no pudo evitar preguntar—. Sé que ese momento ha sido difícil…

—Lo ha sido —suspiró Celia—. Sin embargo, me ha dejado pensando en una serie de cosas.

Sus dedos jugueteaban con las cintas de su vestido de tarde. Maddox, con un nudo en la garganta, esperó a que ella lo expresara.

—Huí de esa casa tan rápido, escabulléndonos en la noche, después de unos momentos tan angustiosos…

—Lo sé, y lamento mucho que haya sido así.

—Sé que no es un lugar seguro para mí, con la señora Elton ahí —continuó—. No tema por eso, no deseo volver a vivir ahí. Pero…

Maddox la miró mientras esperaba su conclusión.

—Me gustaría tener ocasión de despedirme.

El joven tardó unos segundos en responder. Cuando lo hizo, su voz estuvo llena de compasión.

—Por supuesto. Sabe lo bien que comprendo ese sentimiento, señorita Elton.

La joven levantó la cabeza, con ojos que parecían suplicar.

—¿Puedo volver entonces, aunque solo sea un día?

El corazón de Maddox se encogió, pero quiso que la sensatez venciera.

—Es su decisión. Todo lo que puedo hacer es aconsejarle y decirle que quizá hoy no se encuentra en el mejor estado para resolver algo así. Vaya a casa y descanse, señorita Elton. Y si finalmente quiere ir, juro que la acompañaré.

Le tendió la mano para ayudarle a levantarse del diván. Celia la tomó.

Siguió el consejo de Maddox. Esperó a la mañana, esperó a que pasaran varios días, y con cada amanecer el deseo no había desaparecido de su corazón.

Cuando Celia se lo pidió, Maddox no pudo sino cumplir con su palabra.

Investigó la próxima ocasión en que la casa estaría vacía, pidió un carruaje y marchó con Celia en dirección a aquel viejo hogar, solo ellos dos.

La joven estaba nerviosa, Maddox pudo notarlo. Cuanto más se acercaban a la casa y más familiar se tornaba el paisaje, más presionaban las manos de Celia en sus rodillas.

Maddox le había prometido que la casa estaría vacía, que él entraría primero para asegurarse de que Edwina no estaba presente. Era todo lo que podía ofrecerle para su tranquilidad, y le dolía ser consciente de que no era suficiente.

Cuando al fin llegaron a la propiedad, Celia bajó la cabeza y cerró la cortina. A Maddox le recordó a la forma en que se había comportado en los bailes, intentando ocultar su rostro tras el abanico.

—Regresaré pronto —fue todo lo que pudo decir antes de bajar del carruaje, pidiéndole al cochero que se asegurara de que Celia estuviera bien.

Se dirigió a la puerta de entrada y tocó la campana. Vino a su mente el recuerdo de aquella noche angustiosa en que esa llamada tampoco tuvo respuesta y se esforzó por ignorarlo. Esperó, volvió a llamar, pero nadie acudía. Dio un breve paseo alrededor de la casa, asomándose a la cocina, y no distinguió a nadie.

Confirmando que realmente Edwina y sus hijas habían salido esa tarde, Maddox regresó al carruaje y le tendió su mano a Celia para que bajara. Tuvo que ofrecerle también su brazo cuando comenzaron a caminar por las baldosas del suelo.

Sin llave para entrar, rodearon el edificio para dirigirse al jardín. La mano de Celia presionaba con más fuerza el brazo de Maddox conforme se acercaban. Nunca fue tan fuerte como cuando

escucharon un ruido en el interior.

Hubo unos fuertes pasos y después una puerta abriéndose. Celia se encogió, Maddox se puso en guardia.

Lo siguiente que escucharon fue una voz asustada.

—¡Puedo explicarlo, lo juro! ¡No estaba haciendo nada!

Después, los pasos se detuvieron en seco, así como las palabras. Tardó unos segundos en comprender qué había frente a ella.

—¿Celia? —dijo esa voz familiar, para entonces soltar un jadeo y correr hacia ella.

Antes de que Celia o Maddox comprendieran lo que estaba pasando, Henrietta estaba apretándola en un fuerte abrazo.

—i¿Dónde has estado?! —exclamaba con emoción—. ¡No sabía qué te había pasado! ¡Pensaba que te habías fugado, o que madre te había encerrado en el ático…!

Celia le puso las manos en los hombros y la apartó con suavidad. Maddox había retrocedido un paso.

—Estoy bien, señorita… —comenzó—. Henrietta. He estado en casa de unas amigas.

—Qué suerte, no has tenido que pasar estas últimas semanas aquí.

Una ligera preocupación acudió al rostro de Celia.

—¿Por qué dices eso? ¿Acaso las cosas van mal?

—Sí. Bueno, o como antes. Quizá un poco peor.

Celia la dirigió a uno de los bancos del jardín, una tabla de madera que había junto a la puerta, y le preguntó por los detalles. Maddox quedó unos pasos aparte, lejos de la conversación.

—Bueno, sabes esa época de esplendor que estábamos viviendo últimamente, cuando el señor Maddox nos invitaba a fiestas y eventos, ¿verdad? Pues se ha acabado. La fama es efímera, como suelen decir.

—¿Por… por causa del señor Maddox? —preguntó Celia. Henrietta negó con la cabeza.

—Si fuera solo por él… Ya no nos invitan a nada, ni siquiera a un triste paseo. Y, ¿sabes todos esos caballeros a los que Patrice estaba cortejando después de rendirse con el señor Maddox? Pues ninguno quiere saber nada de ella.

—Lo lamento —murmuró Celia, y Henrietta se encogió de

hombros.

—Y no hablemos de madre. Trata de ocultarlo, pero está muy enfadada y más susceptible de lo normal. Se pasa el día en su despacho haciendo cuentas, recibe visitas de gente extraña, creo que también tienen que ver con el dinero. Y esto es una sensación mía más que otra cosa: me parece que la gente se nos queda mirando cuando estamos por la calle. Ya casi nadie nos saluda, desde luego.

Cuanto más hablaba Henrietta más horrorizada se volvía la expresión de Celia.

—Dios santo… Henrietta, siento tanto vuestra situación… Esto es culpa mía…

—Oh, vamos, no te martirices por ello. Sabía que tarde o temprano esto pasaría.

Celia levantó la cabeza para mirar a su hermanastra.

—Tú no te mereces algo así. ¿Cómo puedes hablar de la caída en deshonra de la familia con esa calma, como si no te afectara…?

Los ojos de Henrietta se movieron, por un instante, revelando algo que quería mantener oculto. Celia siguió su mirada y encontró algo que había dejado junto a la puerta del jardín.

Era una maleta grande y mal cerrada, con varias prendas sobresaliendo de ella.

—Henrietta…

—Sabes, no tienes que preocuparte por mí. Creo que lo tengo bajo control.

Celia sacudió la cabeza, sin que la preocupación la abandonara.

—¿Qué va a ser de ti? De veras que nunca te he deseado la desgracia.

—Lo sé. No te asustes.

Celia apretó las faldas de su vestido. Quería creerla, pero la angustia no dejaba de estar presente en ella. Henrietta le puso una mano en el hombro.

—Mira —explicó—. Tú te has ido de aquí, has escapado de esta casa. Y eso me ha hecho darme cuenta de que yo también puedo hacerlo. Es así de simple.

—No es simple en absoluto. Yo tardé mucho tiempo en atreverme

y necesité del auxilio de otras personas. Henrietta, ¿tienes a alguien que te ayude…?

La sonrisa que apareció en su rostro y el brillo en sus ojos le dijeron a Celia que estaba siendo completamente sincera.

—Sí, la tengo.

Celia quedó callada por unos instantes. Henrietta, por su parte, se puso en pie y fue a recoger la pesada maleta.

—Mira, Celia, tú has tenido al señor Maddox para ayudarte. Te has ido a unas casas más ricas, ¿verdad? Mira ese vestido tan caro que llevas, mira lo sonrojadas que tienes las mejillas. Te está dando más el sol.

Celia se encogió al sentirse tan observada.

—Mi destino es distinto al tuyo —siguió explicando Henrietta—. También tengo a alguien, de la misma forma que tú tienes al señor Maddox. He pensado mucho en esto.

Tras unos instantes, Celia se puso también en pie.

—Dices que tu destino será distinto. ¿Por qué?

—Tú estás viviendo con esos ricos y ganándote a la alta sociedad. Yo me he dado cuenta de que ese no es mi sitio, que nunca lo fue. Ni siquiera me gusta.

—Pero parecías tan emocionada en los bailes, con toda la atención que te estabas llevando.

—Y mira para lo que nos ha servido. No me apetece formar parte de una familia en quiebra y rechazada por la sociedad. Igual madre y Patrice quieren luchar con uñas y dientes por mantener su estatus. Yo no.

Celia quedó unos segundos mirando a su hermanastra, luego a la maleta que pensaba dirigirla a ese destino. Después volvió a mirarla a ella.

—Es un acto muy valiente —dijo Celia—. Mucho más que mi huida.

Henrietta se dirigió de nuevo hacia su maleta. Celia la siguió.

—Sé que no será fácil. Y si en algún momento tú o esa persona necesitáis dinero, un lugar en que refugiaros, compañía, cualquier cosa… sabes dónde podrás encontrarme.

Henrietta le dio una amplia sonrisa a pesar del esfuerzo que suponía cargar con esa maleta, tan pesada por contener toda una

vida.

—Tú puedes encontrarme en la calle comercial, si alguna vez quieres pasarte a saludar —le dijo con dulzura—. Ahora, déjame pasar, porque esto pesa bastante…

Celia le despejó el camino e incluso le abrió la puerta de la valla. Otro cochero había llegado, quien la ayudó a dejar la maleta.

Sabía que había ido a aquella casa a despedirse, pero no imaginaba que fuera a ocurrir así, o que su corazón fuera a doler de esa manera mientras veía a Henrietta entrar en el carruaje. Cuando creía que los caballos iban a empezar a moverse y ella iba a desaparecer, Henrietta volvió a asomar la cabeza.

—Sabes, Celia —comenzó—. Sé que las circunstancias no han sido las mejores, sobre todo para ti. Pero… me ha gustado ser tu hermana. Eres mucho mejor que Patrice.

A pesar del dolor en su corazón, de las lágrimas que amenazaban con salir de sus ojos, una pequeña risa escapó de los labios de Celia. Henrietta la compartió.

Así fue la primera despedida de la tarde. Henrietta se perdió en el horizonte, alejándose para siempre de esa casa. Como Celia tendría que hacer momentos después.

Retrocedió, volviendo a entrar en el jardín, donde Maddox la esperaba. Él le tendió el brazo cuando vio que necesitaba su apoyo.

Con la marcha de Henrietta, el silencio había invadido el lugar. Ya no había presencia alguna en la casa, apenas si se escuchaba el canto de los pájaros o el viento entre las hojas. Todo estaba vacío.

Celia avanzó por el jardín, teniendo claro su destino. Primero contempló el manzano de su padre, luego se dirigió al banco de piedra bajo él.

Maddox quedó a su lado de pie, pensando en sentarse en caso de que ella se lo pidiera. Celia levantó la cabeza, cerró los ojos, y dejó que el suave viento meciera sus cabellos igual que balanceaba las ramas del árbol.

Por un momento, eso fue todo. Celia se olvidó de Maddox, de Henrietta, de Patrice, de Edwina. Se olvidó del interior de la casa, desde su planta baja hasta su ático, de todos los males que había sufrido ahí.

Por unos instantes, solo existió el jardín, ese manzano, las tiernas manos de su padre que lo habían plantado. Unas manos que la habían guiado por el mundo cuando era niña, que le habían dado todo el cariño con el que podía soñar.

Se había despedido de su padre demasiado pronto. Ahora tenía que hacerlo de nuevo, y podía sentir como su corazón se hacía pedazos.

Tenía ese breve instante para despedirse. Igual que había tenido unas pocas horas para decirle adiós por la repentina forma en que se marchó. Cuando su padre murió se había quedado sola, sin guía en el mundo. Ahora, se quedaba sin aquella casa, sin un hogar conocido en el que refugiarse.

Dolía tanto. Pero no luchó contra aquellas corrientes del destino. Ya había luchado suficiente. En aquella ocasión permaneció quieta y calmada bajo el árbol de su padre. Un instante como aquel era todo lo que el destino podía concederle. Un adiós.

Cuando Celia volvió a abrir los ojos nada había cambiado, salvo la luz. El sol se acercaba al horizonte y el crepúsculo les alcanzaba. Ella seguía sobre el banco, el manzano seguía cubriéndola con sus ramas, Maddox seguía de pie a su lado.

El caballero solo se movió cuando vio que ella lo hacía. Le tendió su mano para ayudarla a levantarse y vio sus ojos. Estaban enrojecidos por las ganas de llorar. Aun así, la joven respiró hondo y tomó la mano de Maddox.

—¿Está preparada para marcharse?

—Siento que sí.

Maddox asintió. Aun así, no la hizo ponerse en pie todavía. En su lugar se giró hacia el manzano y se puso de puntillas.

Celia lo contempló, con la mirada todavía borrosa y sin comprender bien lo que estaba haciendo. Vio como Maddox se esforzó por cortar unos pedazos de las ramas, las hojas más jóvenes, donde todavía eran lo bastante débiles como para poder ser partidas con la mano.

Terminó con un pequeño ramo de hojas de manzano, que Celia no dejó de contemplar.

—Tenemos buenos jardineros —dijo Maddox—. Estoy seguro de que en el invernadero podrán crecer hermosos manzanos que

desciendan de este.

A pesar del dolor que encogía su corazón, una sonrisa melancólica fue capaz de asomar al rostro de Celia.

17

La vida siguió. Los encuentros, los eventos, las noches y las tardes en aquella sociedad de la que Celia ahora formaba parte. Pocos días después la joven se encontraba de nuevo tomando el té en casa de una amiga de Merryweather, acompañada por Maddox y por Dawn.

La comida fue agradable, la conversación también. En algunas ocasiones compartía la charla con toda la mesa, en otras se limitaba a susurrar con Dawn o con Maddox.

Pasados unos momentos, la señora Reynolds señaló el piano y preguntó si alguien quería deleitarles con una melodía. Esta sugerencia, por supuesto, iba dirigida a Dawn. La joven se puso en pie con una sonrisa y se dirigió al piano.

—¿Tiene alguna canción en mente? —preguntó el señor Reynolds a su esposa. Dawn, sin embargo, respondió por sí misma.

—Si no les importa, hay una nueva pieza que he estado estudiando y que me gustaría compartir con ustedes.

Se lo permitieron sin dudarlo, y Dawn se sentó al piano para tocar una melodía que enseguida se sintió familiar para todos los presentes.

—Es una alemanda, ¿no es cierto? —comentó Merryweather.

—Querida, ¿te acuerdas de las noches bailando esa música?

—Por supuesto que sí. Éramos tan jóvenes… —de pronto, la mirada de la señora Reynolds se movió hacia Celia, contemplándola con ojos curiosos—. Señorita Elton, no he tenido el gusto de verla en los bailes, pero me han contado que usted es una gran bailarina.

Al principio esos halagos la asustaron. Sus ojos se abrieron mucho y tardó varios segundos en reaccionar. Fue Maddox el que habló en su lugar.

—Lo es. Es una lástima que haga tantos días desde que no celebramos un baile. Señorita Elton, ¿querría bailar una pequeña pieza, o prefiere pasar estos momentos descansando?

Maddox le tendía su mano, tanto para volver a sentarse como para comenzar ese baile. La joven dudó, y él la esperó el tiempo que hiciera falta.

Al final, ambos ocuparon el espacio libre que había junto al piano.

Un pequeño rincón para que una pareja pudiera bailar. Las notas de Dawn parecieron tomar fuerza cuando se tomaron de ambas manos.

Se miraron el uno al otro, compartieron una sonrisa. Y el baile comenzó.

Las miradas de Merryweather y del matrimonio Reynolds estaban sobre ellos, pero cuando la danza comenzó ya no les prestaron la menor atención. Ya no estaban en esa salita para tomar el té de la tarde: se encontraban en la noche, en el esplendoroso salón de la mansión donde se habían conocido. Unas notas y unos pocos pasos entrelazados eran capaz de transportarles de nuevo allí.

Sus brazos se movían en las extrañas posiciones de la danza, uniéndose y separándose con una elegancia que causaba admiración a los presentes. Ellos no lo notaban, pues todo fluía tan natural como un río.

Se dieron cuenta del tiempo que llevaban sin bailar en aquellos días angustiosos que los habían alejado de las fiestas. Y descubrieron también lo mucho que habían añorado a su pareja de baile.

Las notas se fueron haciendo más lentas conforme la pieza terminaba, sus manos seguían acariciándose la una contra la otra y sus ojos seguían buscándose en cada paso.

Cuando la melodía terminó pareció el fin de ese baile, la ocasión para regresar a la mesa y seguir con aquella hora del té. Sin embargo, las manos de Dawn actuaron de forma distinta. No dejaron de tocar, se adentraron en una nueva pieza que inundó la pequeña estancia.

El ritmo de la alemanda les abandonó y comenzó a sonar una nueva música, más lenta y única. Los corazones de los bailarines dieron un vuelco cuando reconocieron aquella melodía, aquel compás de tres cuartos.

Maddox entrelazó su mano izquierda con la diestra de Celia. Ella le puso una mano en el hombro, mientras que la mano de él descendió por su espalda. Y sus pies comenzaron a moverse, en una dirección y otra, dando vueltas, pero jamás separando a los dos bailarines.

Aquella danza no les hacía avanzar y retroceder, separarse y juntarse de nuevo. Tenían que estar unidos como si fueran un solo

ser. Aquella era la esencia del vals.

Celia tenía a Maddox frente a ella durante cada instante, podía mirarle a los ojos, perderse en ellos hasta que el resto de la habitación desapareciera. Era fácil creer que no existía un mundo más allá de aquel baile que compartían, más allá de él.

Era fácil mientras su mano estaba en su espalda y sus dedos la acariciaban, como cada ocasión en que había querido consolarla de los males del mundo. Durante aquel instante no había males de los que protegerse, no había nada que temer. Todo lo que existía era aquel baile, la presencia del otro, el cariño que les acompañaba en cada paso.

Los pies de Celia todavía siguieron moviéndose por un instante cuando la pieza terminó y Dawn dejó de tocar. Como cuando alguien acaba de despertar de un sueño y todavía no distingue bien el mundo onírico del real.

Hubo unos aplausos al otro lado de la salita por parte de su pequeño público. El señor Reynolds hizo un breve comentario sobre lo inapropiados que eran aquellos bailes modernos, pero Merryweather se ocupó de extinguirlo enseguida.

La señora Reynolds, por su parte, se acercó a susurrarle a su amiga:

—¿Está feliz por ellos?

Merryweather sonrió mientras respondía, también en voz baja:

—No se imagina cuánto. Qué suerte han tenido.

Celia y Maddox no notaron los cuchicheos ni las miradas. Por unos momentos más, como si todavía siguieran en el baile, se miraron el uno al otro.

Cuando despertó de ese trance, la primera persona a la que Maddox vio fue a Dawn, con la inmensa sonrisa que tenía en el rostro y la mirada curiosa en los ojos. Fue suficiente como para devolverlo a tierra mientras seguía sosteniendo la mano de Celia en la suya.



Maddox se movió de un lado a otro, con las manos a su espalda y los dedos jugueteando. Así permaneció a la espera hasta que Dawn

abrió la puerta, con una sonrisa cortés en el rostro.

—¿Quería verme, Maddox?

Se sentaron uno frente al otro en la salita. Ella actuaba con absoluta normalidad, como en cualquier otra reunión que habría podido tener con ese viejo amigo. La actitud de Maddox era distinta, sin llegar a mirarla a los ojos.

La joven esperaba en silencio a que él iniciara la conversación, pues estaba claro que algo ocupaba su cabeza.

—Señorita Merryweather. Hay un asunto que nos concierne a ambos y que he estado intentando esquivar. Ha sido desconsiderado por mi parte y siento que le debo unas explicaciones y que hay que tratar el tema más pronto que tarde.

Las dejas de Dawn se levantaron y luego la seriedad llegó a su rostro. Su corazón ya empezó a intuir por dónde iba esa conversación.

—Le escucho, señor Maddox.

—Durante mucho tiempo, diría que desde que fue presentada en sociedad, ha habido una serie de rumores sobre usted y yo. Rumores que hablan de nuestras familias, del futuro, y que nadie ha confirmado, mas tampoco desmentido. Entre la gente se ha dado por hecho que entre nosotros había un proyecto de matrimonio que algún día se confirmaría. Es un asunto que no podemos seguir ignorando.

Entonces calló. No sabía si debía añadir algo más, dejar claras sus intenciones, o esperar a que Dawn diera su opinión en este asunto. Fue ella la que habló.

—Señor Maddox —comenzó—. He escuchado muchos rumores durante años, estar atenta a ellos es imprescindible para vivir en la alta sociedad. Algunos acaban siendo acertados, es cierto. Pero muchos otros terminan en nada, o son descaradamente falsos. Esta experiencia me ha enseñado a confiar solo en lo que ven mis propios ojos.

Maddox se sorprendió por el rumbo que la muchacha estaba marcando. Sin atreverse a interrumpirla, dejó que ella los llevara a la conclusión.

—Y no he visto señal alguna que indique que esos rumores son

ciertos, señor Maddox. Ni por su parte ni por la mía. Sin embargo, mis ojos sí que han visto indicios de un futuro distinto para usted. Uno que nadie esperaba. Y en ese caso le aseguro que lo he visto por ambas partes.

El joven ladeó la cabeza, sintiendo que sus mejillas se teñían de rojo. Eso no era propio de él. Tampoco lo era la pregunta que hizo a continuación.

—¿Por ambas partes? ¿Está usted segura?

—Tan segura como puedo estarlo sin acceso al corazón de ella. Sin embargo, no es a mí a quien debe preguntarme.

Maddox tomó aire, tratando de calmar su corazón acelerado.

—Aun así, debería hablar con usted sobre esto. Siempre contó con la posibilidad de nuestro matrimonio y ahora se quedará sin ella.

Dawn sonrió, la cabeza apoyada en una mano.

—Señor Maddox, creo que sobreestima lo importante que era ese posible matrimonio para mí. No tiene que preocuparse, no significaba mucho más que para usted.

—¿Lo dice de veras?

—Permítame ser sincera —dijo Dawn—: Sé que tengo mucha más suerte que otras mujeres. Tengo fortuna suficiente para mantenerme a mí misma, la herencia de mi madre me pertenece. Por lo tanto, no tengo prisa por casarme. Nunca la he tenido, nunca he amado hasta el punto de desear el matrimonio. No sé si algún día lo haré. Si me casara, solo podría ser con alguien a quien ame tanto como usted ama a Celia.

Maddox bajó la cabeza y suspiró. Era el suspiro de un enamorado rendido.

—Ojalá la situación de ella fuera igual —añadió Dawn.

—Así es. Ojalá —suspiró Maddox—. Trataré de darle lo mejor.

—Confío en ello —sonrió Dawn—. Ahora vaya a hablar con quien corresponde.

Maddox se puso en pie y se inclinó ante ella.

—Permítame decirle, señorita Merryweather, que es la mejor amiga que nadie podría pedir.

La muchacha rio.

—Procuraré seguir siéndolo, tanto para usted como para Celia.

—Sé que esta conversación debería tenerla con los padres de Celia, pero ya sabe cómo es la triste situación. Su madrastra no tiene control sobre ella, y aunque lo tuviera me negaría a darle voz en esto. Sin su padre no me queda nadie a quien preguntar, por eso he pensado que lo mejor es acudir a usted.

Merryweather juntó las manos y miró fijamente a Maddox. Al joven le recordó demasiado a la conversación con Dawn. Decían que la joven se parecía más a su padre, pero aquellas dos mujeres tenían la misma chispa en sus ojos.

—Yo tampoco puedo decidir sobre el futuro de Celia, por supuesto —terminó diciendo la mujer—. Me gustaría charlar con usted de algunos asuntos.

—Por supuesto —dijo Maddox, poniéndose recto como si esperara una lección.

—Supongo que comprenderá que el matrimonio no significa para ella lo mismo que para usted. Que no obtendrá tan solo una familia, sino que de ello depende su dinero, su estabilidad y el tener un nuevo hogar después del que ha perdido.

—Lo sé —respondió Maddox, sus manos presionando sus rodillas —. Lo sé demasiado bien.

—No puede ofrecerle todo esto y luego quitárselo, o hacer imposible que disfrute de ello, como ya le hizo su madrastra. Eso está por encima de sus sentimientos, Maddox.

—Jamás se me ocurriría —dijo, con un cierto horror en los ojos ante la sugerencia.

—Quiero creer su promesa —insistió Merryweather—. Mas sé que el asunto puede ser más difícil de lo que piensa. La señorita Elton no es la clase de esposa que todos esperaban para un hombre como usted.

—Lo tengo claro. Aunque su familia no tenga gran riqueza ni la mejor fama, sigue siendo la hija de un caballero. Somos iguales.

—No me refiero a eso. La señorita Elton es una dama, pero su experiencia en la vida es distinta a la de la mayoría de mujeres, por desgracia. Necesita que la cuide bien, y eso no siempre es fácil.

Maddox hinchó el pecho con una súbita decisión.

—Si quiero casarme con ella, además de las razones más evidentes, es precisamente para eso. Quiero cuidarla como merece, que tenga alguien a su lado.

Una sonrisa apareció en la cara de Merryweather. Maddox se atrevió a pensar que había superado la prueba.

—No le tendrá a usted solo, por supuesto. Debe saber que tanto Dawn como yo estaremos ahí. Y ahora, gracias a su nueva libertad, puede conocer a muchas otras personas. Superará toda esa historia, aunque sé que nunca olvidará de dónde viene. Recuérdelo usted también, señor Maddox —añadió, mirándole de reojo—. Haga el favor de tratar bien al servicio.

Maddox asintió con decisión. Se puso en pie, creyendo que la conversación había concluido. Pero Merryweather llamó su atención.

—Y una cosa más. No despierte falsas ilusiones si no sabe si va a poder cumplirlas. No le diga nada hasta tener el permiso de su padre.

Ahí se encontraba Maddox, en el último paso, muy cerca de completar su misión. Si aquella conversación iba bien, una nueva vida estaría a punto de comenzar. Estaba en sus manos alcanzarla.

Su padre le había dicho que le esperaría en esa salita. Maddox no sabía si intuía de lo que iban a hablar o si el acertado lugar había sido una coincidencia.

Veía a su padre frente a él, y a su espalda, sobre la chimenea, el retrato oval de su madre. Como si hablara con ambos. Como habría sido esa conversación en una familia que no hubiera sufrido esa desgracia.

—¿Richard? —dijo el señor Maddox, llamando su atención. Quizá había pasado demasiado tiempo con la vista en el cuadro.

—Padre —dijo el joven, sentándose—. Hay un asunto grave que desearía que tratáramos.

El hombre le hizo un gesto para que prosiguiera.

—Usted sabe que estoy en esa edad, que… —sacudió la cabeza tratando de centrarse—. Hay una dama. Estoy pensando en pedirle

matrimonio.

El hombre asintió como si sus palabras no le sorprendieran en absoluto.

—Sí, la señorita Merryweather. ¿Por fin se ha decidido a pedírselo?

Maddox apretó los labios y sacudió la cabeza.

—No, no se trata de Dawn Merryweather. Hay… Recientemente he conocido a otra muchacha y es ella con quien deseo casarme.

El padre levantó las cejas con sorpresa.

—Comprendo —respondió—. ¿De qué familia viene esa dama?

—Se llama Celia Elton.

—Elton, Elton… —murmuró el hombre, dándose golpecitos en la barbilla—. No reconozco ese apellido.

Las manos de Maddox se apretaron nerviosas, pero en su voz trató de aparentar tranquilidad.

—Estuvo aquí de visita. Ayer. Con la señorita Merryweather.

—Ah, con que es esa dama —dijo el padre—. Me pareció bonita, aunque un poco delgada.

—Ella es la mujer con la que quiero casarme —insistió Maddox.

—Ya veo. Si es amiga de la señorita Merryweather, debe ser tan buen partido como ella. ¿Habéis hablado de sus propiedades?

Llegaban al asunto más peliagudo. Maddox respiró hondo.

—La señorita Elton es una dama —dijo—. Aunque su fortuna no es tan grande como desearíamos. No tiene un gran nombre ni demasiadas riquezas, y sin duda ganaría por este matrimonio mucho más de lo que daría.

—Pero bueno —le interrumpió su padre—, ¿de dónde viene este interés por esa dama, entonces?

Maddox levantó la cabeza. Su padre le miraba con ojos curiosos, pero también inquisidores. Temía lo que pudiera pasar si le daba una respuesta desacertada.

No se atrevió a mirar ese rostro que no dejaba de juzgar a Celia, pues sentía que le estaba juzgando a él. En su lugar levantó un poco más la cabeza hasta encontrarse con los ojos de su madre, con la expresión tierna inmortalizada en aquella pintura.

—Quizá ella no pueda aportar demasiado en lo material a este matrimonio, mas no se hace a la idea de lo que me ha aportado en

lo espiritual. Lo que ha sido capaz de enseñarme desde que la conozco. Había tantas cosas en esta vida que ignoraba, ella me ha hecho comprender una realidad más dura. Si bien son unas lecciones fáciles, siento que es algo que necesitaba aprender.

Tomó aire y parpadeó varias veces. No bajó la mirada, seguía contemplando los ojos de su madre.

—Llegó a mi vida de pronto, ninguno de los dos lo esperábamos. Cada uno de nosotros tenía un camino que seguir del que no se atrevía a salir. Pero nuestro rumbo ha cambiado. Y… me gustaría caminar de su mano. Ese es mi motivo, el motivo más sincero por el que alguien desearía pasar el resto de su vida junto a otra persona. Porque la amo. Y lo único que me hace falta es su aprobación. Si la tuviera, iría con ella de inmediato y podríamos comenzar nuestra nueva vida.

Cuando sus palabras se extinguieron Maddox bajó la cabeza y parpadeó, como si acabara de despertar de un sueño. Quizá era así. No se atrevía a mirar a su padre, y mientras el cuadro de su madre seguía detrás, contemplándole con ese rostro amable y pidiéndole que tuviera valor.

—Bueno —dijo la voz de su padre, haciéndole enderezarse de pronto—. Parece que te has decidido y que no te convenceré de lo contrario. ¿Cómo decías que era el nombre de la señorita?

—Celia Elton —respondió Maddox, con un nudo en la garganta.

—Celia Maddox… —dijo el hombre. Parecía pensar en voz alta—. Aunque estuvo ayer, supongo que tendremos que invitarla a casa, ¿no es cierto? Y usted tendrá que hacerle una proposición formal.

Era difícil que los nervios que habían estado reuniéndose en su pecho se esfumaran en un solo instante. Todavía con el corazón en un puño, Maddox levantó la cabeza y miró de nuevo el retrato de su madre.

Sonrió. Siempre le habían dicho que su sonrisa era igual que la de ella.

18

El interior del invernadero era tan caluroso como acostumbraba. Sin embargo, Maddox estaba seguro de que ese no era el motivo de que perlas de sudor hubieran empezado a brillar en su frente. Cuando localizó a Celia arrodillada frente a unas plantas, con los guantes quitados para que no se mancharan con tierra, Maddox tampoco pudo culpar al calor del rubor en sus mejillas.

—Señorita Elton, buenas tardes —la llamó. Al instante, la joven levantó la cabeza y le dio una amplia sonrisa.

—Señor Maddox. Mire.

Le mostró un pequeño frasco de cristal lleno de agua. En él estaban las ramas del manzano. Ahora se veían más vivas que nunca con las raíces expandiéndose.

—Es precioso —dijo—. La naturaleza en todo su esplendor.

—Precisamente, y muy pronto podremos plantarlas. Estos manzanos vivirán.

Maddox la contempló mientras sostenía el frasco. Esa delicadeza en sus manos, esa sonrisa plena y esos ojos brillantes, cuánto desearía poder verla así cada día. Parecía la misma imagen que cuando bailaba.

—No sabe cuánto se lo agradezco —dijo Celia en un tono algo más bajo mientras volvía a colocar el tarro en la balda de madera donde había estado, junto al resto de esquejes—. El haber podido traer conmigo un pedazo de mi hogar.

Un tinte de melancolía llenó esas últimas palabras. Ocurrió lo mismo en el corazón de Maddox. Había un banco junto a ellos, el mismo donde se habían sentado en su segundo baile. Maddox tomó asiento y, sin palabras, Celia vino a su lado.

—No hay día en que no lamente su situación, señorita Elton —suspiró Maddox—. Desearía que pudiera regresar a ese lugar que le pertenece por derecho, que no tuviera que deambular entre la casa de las Merryweather y esta. Que tuviera un lugar al que llamar hogar.

Qué amargas se sentían esas palabras para el momento feliz que Maddox deseaba alcanzar. Celia, mientras tanto, miraba de reojo los

esquejes del manzano.

—No hay día en que no piense en esa casa desde que huí. Igual que no hay día que no piense en mi padre desde que se marchó. Sé que no volverá, que apenas me queda su recuerdo. Igual que sé que no puedo regresar a mi hogar mientras Edwina siga ahí.

Maddox apretó las manos sin saber bien qué decir. Escuchaba unas palabras tan sabias y maduras por parte de Celia y se sentía inferior, incapaz de decir nada a su altura.

—La casa sigue siendo en parte suya —se atrevió a decir—. Y no sabemos qué es lo que vendrá. Puede que Edwina termine renunciando a la mansión. Y aunque no lo haga, no vivirá para siempre. Ocurra lo que ocurra, usted sigue teniendo esa parte de la propiedad por ser hija de su padre. Solo el tiempo lo dirá. Y mientras tanto… quizá encuentre otro lugar al que llamar hogar.

¿Eran sus palabras demasiado amargas? ¿Estaba causándole dolor a Celia al hablar de aquel asunto, o quizá estaba curando las heridas? Ella misma le dio la respuesta con una voz tan suave como triste.

—Si puedo encontrar ese hogar en algún lugar, en alguien, sé que será con usted, señor Maddox. Usted me rescató.

La respuesta del hombre fue sacudir la cabeza. No quería que Celia le tratara así, no quería ocupar un pedestal.

—Su bondad y su valor la sacaron de ahí, aunque usted misma no sea capaz de verlos. Yo solo quería ayudar, como sigo queriendo hacerlo ahora.

Los dedos de Maddox se abrieron y cerraron, llenos de dudas y timidez. La mano de Celia reposaba calmada sobre el banco de piedra, y al fin hizo caso a su corazón y la tomó.

Celia no se enderezó, su expresión no cambió. Era como si hubiera estado esperando ese gesto.

Ahora sus dos manos desenguantadas se entrelazaban, su cálida piel rozándose.

—Y nada me haría más feliz que seguir ayudándola, cuidándola, guiándola, si usted me lo permite.

Sentía el corazón latir con fuerza contra su pecho mientras esperaba una respuesta de Celia.

Al principio no hubo palabras. Ella se inclinó un poco más cerca de él, hasta que sus cabellos rozaban su camisa y su cabeza podía quedar apoyada en su hombro.

—Lo ha estado haciendo desde que nos vimos por primera vez en aquel baile. ¿Lo recuerda? Siento que nada más ha traído tanto bien a mi vida.

—Por supuesto que lo recuerdo, no podría olvidarlo jamás. La vi ahí sentada y cubriendo su rostro, sin hablar con nadie. Pensé que era una muchacha tímida, una joven apenas presentada en sociedad. Quise sacarla a bailar, introducirla en ese hermoso mundo —Maddox esbozó una sonrisa amarga—. En ocasiones desearía que fuera así.

La mirada de Celia se llenó de extrañeza ante esas palabras. Maddox continuó desde el fondo de su corazón.

—En ocasiones desearía que usted fuera una dama sin más preocupaciones que el amor, con una familia que la ama y un futuro próspero por delante. Ojalá fuera así. Ojalá no temiera tanto por el hogar donde dormirá en el futuro, ojalá el daño que le hizo su madrastra no siguiera causándole dolor, ojalá fuera tan libre como puede ser una muchacha joven.

—Señor Maddox —dijo la joven con voz triste, pero no pudo continuar. Fue él quien siguió hablando mientras ella le apretaba la mano.

—Ojalá no hubiera tenido que irse de esa casa, de su hogar. Ojalá el matrimonio fuera para usted una forma de encontrar el amor y la familia, y no una huida desesperada. Ojalá no tuviera que perder el apellido de su padre y la propiedad a su nombre.

—Ese sería un mundo hermoso. Sin embargo, esta es mi realidad, y —vaciló por un segundo— no quiero renunciar al matrimonio por ella.

—Por supuesto —suspiró Maddox—. En el fondo de mi corazón desearía que el matrimonio no fuera una necesidad para su protección, que no fuera su única opción, que no dependiera de él. Y entonces mi único papel sería amarla, cuidarla y hacerla feliz, y usted haría lo mismo por mí. Si aceptara casarse conmigo.

En aquella ocasión a Celia sí se le cortó el aliento, una pequeña

muestra de lo que estaba ocurriendo en su corazón. Alzó la cabeza para mirar a Maddox a los ojos. Este, con una mano temblorosa, le acarició la mejilla.

—Señor Maddox… Richard —susurró ella—. Hay algo que necesito compartir.

—Dígalo —susurró, apretando un poco más su mano.

—Hemos hablado tanto de la casa, del manzano, como si allí estuviera mi padre. No obstante, desde que me marché, he comprendido que su recuerdo va mucho más allá. Está en el amor que me dio, en la felicidad que me trajo. Él querría que yo fuera feliz, preferiría eso antes que yo permaneciera bajo el techo de su casa.

Cerró los ojos y tomó aire.

—Él me amó con todo su corazón. Y durante mucho tiempo creí que ese amor que me dio nunca lo encontraría en otra persona, nunca volvería a recibirlo en lo que me quedaba de vida. Así me lo hizo creer Edwina, ella decía que nadie sentiría por mí amor, solo lástima. Al principio creí que eso era lo que usted sentía.

Los labios de Maddox se entreabrieron. Quería decirle que no era así, que no creyera esas palabras envenenadas, pero sabía que no era necesario.

—Ahora sé que no es cierto, Richard. Gracias a todas las personas que me han acompañado, que me han dado su amistad cuando yo no lo creía posible. Gracias, por encima de todos, a ti. A pesar de tantos años en soledad nunca olvidé lo que era amar. Y contigo he recordado lo que es ser amada.

La mano de Maddox sostuvo la de Celia haciéndola ascender, llevándola a su rostro. Sobre su dorso dejó el beso más suave y más tierno que podía dar.

—Celia —susurró, pronunciando su nombre como si fuera una oración—. Si me lo permites, te lo recordaré cada día.

Cada flor del invernadero fue testigo de aquella promesa.

Agradecimientos

La esencia de esta historia, como no podría ser de otra manera, es el amor. Las muchas formas que hay de amar y ser amada. Y también la necesidad de apoyo, de tener a personas que te quieren a tu lado.

Tengo la suerte de haber contado con tantas personas maravillosas para poder llegar hasta aquí, con esta historia entre tus manos. Nunca podré agradecérselo lo suficiente.

Para Marta y Sara, mis patitas, que decidieron hacerme un hueco en su estanque. Gracias por haberle dado una oportunidad a esta historia, por haber trabajado cada pequeño detalle, con cariño y esfuerzo.

Para los que han estado ahí siempre, los primeros lectores de cada obra que he escrito: para mis padres.

Para mi gran familia, por preguntarme por mis libros en cada comida y por darme la enhorabuena cada vez que hay una noticia literaria.

Para mis chicas de la universidad, mis Periolistas. Me ha encantado escribir con vosotras. Para Lola y Paula, por esas tardes de chocolate caliente y buenas noticias.

Para Antolín, por muchas cosas. Pero esta vez, por esa sesión de fotos de autora en la que conseguiste que Castilla-La Mancha se convirtiera en la campiña inglesa.

Para Lunn, espero que esta nueva novela también tenga su espacio en tu estantería. Para Diana y Ángel. Para todas las personas maravillosas que he conocido en redes y con las que he compartido el precioso arte que es la escritura.

Para Àlex, por todo. Tal vez, en otro universo, estemos compartiendo el primer baile de la noche.

Para todas las personas que me han apoyado hasta ahora. Quiero dedicar un pequeño espacio a las que ya no forman parte de mi vida, pero que han marcado mi camino. A profesores, amigos, compañeros, a todos los que llevo en el corazón.

Y a ti, por haber escogido esta novela. Gracias por acompañarme en este baile.

